

Libros del Asteroide

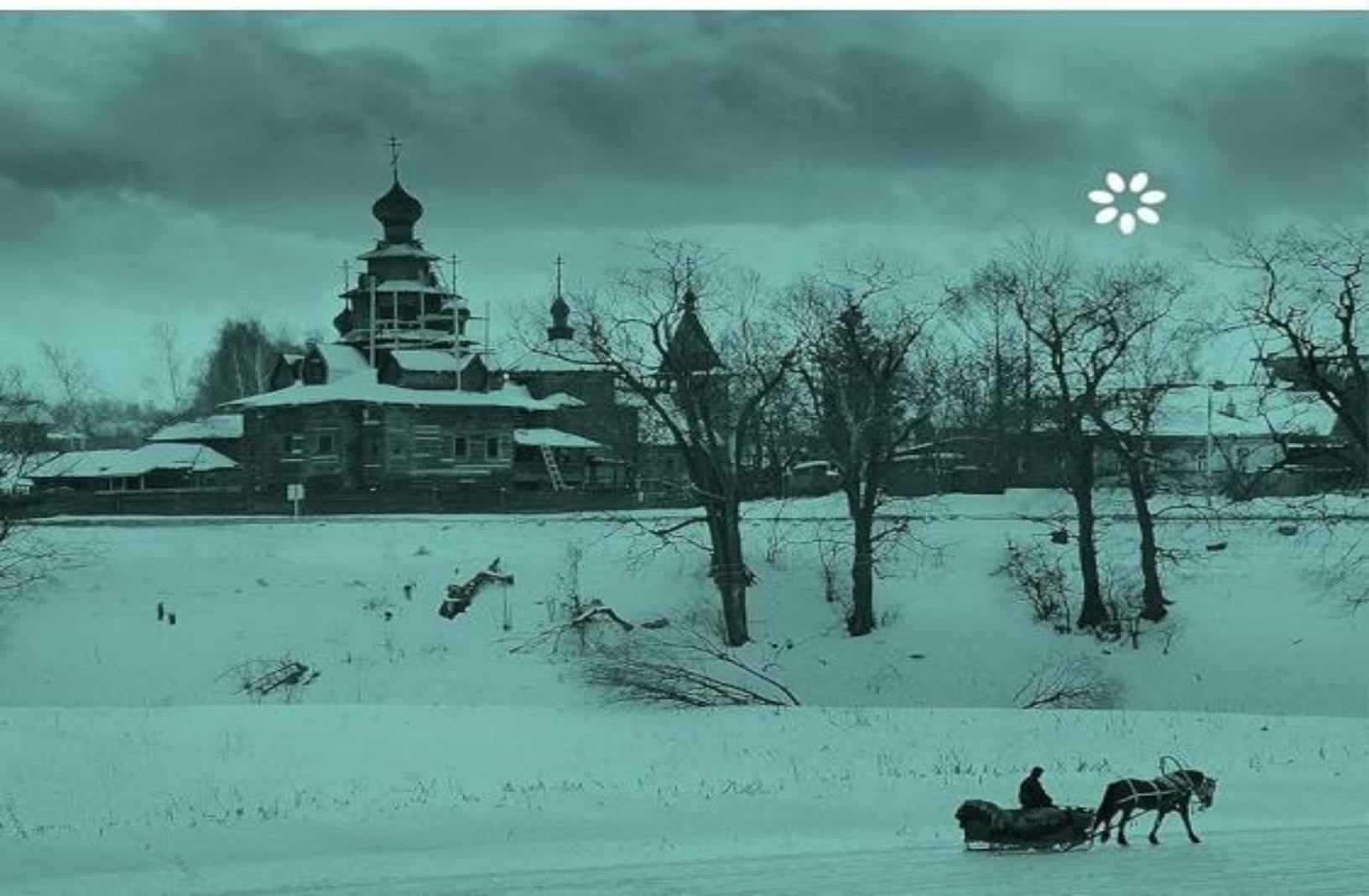


Izraíl Méttér

La quinta esquina

Posfacio de Mercedes Monmany

Traducción de Selma Ancira



Libros del Asteroide 

Izraíl Méter

La quinta esquina

Posfacio de Mercedes Monmany
Traducción de Selma Ancira



Izraíl Mètter

La quinta esquina

Posfacio de Mercedes Monmany

Traducción del ruso de Selma Ancira

Libros del Asteroide 

Primera edición: *Piatyi ugol*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© TEXT, Russian edition, 2009

© Izraíl Metter, Estate, 2009

© de la traducción, Selma Ancira, 2014

© del posfacio, Mercedes Monmany, 1997

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Selma Ancira

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-14-6

Depósito legal: B. 24.364-2014

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

El amigo de mi ya lejana infancia, Sasha Beliavski, murió cerca de Kiev el primer año de la guerra. Pero, desde mucho antes de su muerte, nos veíamos tan rara vez que, cuando nos encontrábamos, ambos experimentábamos un sentimiento extraño: era como si nuestra antigua amistad nos obligara a mantener una familiaridad que, quizá justamente por lo antiguo de la misma, no existía entre nosotros.

Nos unían los recuerdos de la niñez, fijos como en una fotografía de aficionados. Todo cuanto recordábamos se podía contar con los dedos de la mano: la dacha en los alrededores de Járkov, ahora inexistente, la hamaca en la que nos mecíamos, los escarabajos en las cajas de cerillas, una tormenta de granizo, el juego a los indios. Una infancia buena, recóndita, aislada del mundo entero —de este pernicioso torrente de información, como se dice ahora—, no nos daba derecho a una amistad adulta.

Crecimos en familias muy distintas. El padre de Sasha, un judío converso, era un eminente abogado de Járkov. En el pobre patio de la calle Rybnaia, donde estaba mi casa, la actitud hacia las personas como él era poco clara: se las respetaba, pero siempre con un toque de desprecio. El sueño cumplido de todo judío antes de la revolución, la educación superior comprada al precio de la traición, era lo que engendraba esa doble actitud hacia el padre de Sasha. En aquellos tiempos remotos la traición todavía despertaba asombro, y se pagaba por ella un precio mucho mayor que ahora.

A finales de los años veinte, me trasladé de Ucrania a Leningrado y, desde entonces, Sasha y yo nos veíamos muy de tanto en tanto, ya fuera cuando él venía al norte en viaje de trabajo o cuando yo aparecía en casa de mis parientes en Járkov. Cada vez que nos encontrábamos, comenzábamos en el punto donde nos habíamos detenido siendo niños todavía, y no había forma de que avanzáramos.

Yo sabía que Sasha había terminado sus estudios en la Facultad de Filología.

Él sabía que yo no había terminado nada.

Para él había sido más fácil que para mí estudiar en los años veinte; Sasha había podido ingresar en la universidad por pertenecer a la tercera categoría: hijo de intelectual. Eran cinco las categorías sociales: obreros, campesinos, intelectuales, funcionarios, artesanos y otros. Yo estaba inscrito en esta última, la quinta. Para alimentar a su familia, compuesta de seis personas, mi padre utilizaba todos los medios artesanales a su alcance. Fue entonces cuando por primera vez comprendí lo que significa un cuestionario y cómo este no refleja en absoluto la vida del hombre.

Vivíamos pobremente, pero la marca del cuestionario ardía sobre mi frente: hijo de comerciante privado. Desde entonces han pasado cuarenta años y, durante todo este lapso —inmenso para la vida humana—, me he condenado a mí mismo por mis numerosos defectos, menos uno: jamás he pillado en mí ninguna de las mezquindades justamente típicas de un hijo de comerciante privado.

Durante cuatro años seguidos me presenté a los exámenes de ingreso en el Instituto, llevando mis vergonzosos documentos de una comisión de admisión a otra, y ninguna de las cuatro veces encontré mi apellido en las largas listas de quienes sí habían sido aceptados.

No sentía rencor.

Sentía desesperación. Desesperación porque no me hubiera tocado en suerte ser de los afortunados. La revolución había establecido ciertas reglas que yo no ponía en duda. Y de acuerdo con esas reglas, yo pertenecía a la quinta categoría. Esa era mi desgracia, así lo pensaba entonces.

Después, en la vida, me han atormentado otros puntos del cuestionario, y de una manera incomparablemente más profunda, pues estaban en relación con el destino de millones de personas y mi desespero ya no tenía un carácter estrictamente personal.

No tengo idea de en qué siglo se habrá inventado el cuestionario. Puede que tenga su origen en la noche de San Bartolomé, cuando en las puertas de las casas de los hugonotes se trazaba una cruz con tiza.

Desconocía las circunstancias de la muerte de Sasha Beliaevski. Uno de nuestros amigos en común me contó, todavía en aquel triste año de 1941, que Sasha había desaparecido sin dejar rastro cuando nuestros ejércitos abandonaban Kiev. Las lamentables noticias de aquella época se abatían sobre la gente.

Unos tres años después recibí una carta del padre de Sasha. Serguéi Pávlovich me escribía que la búsqueda de su hijo no había conducido a nada. No había testigos de su muerte y, sin embargo, uno de los oficiales de reconocimiento le había comunicado que él había sido el último en ver a Sasha. El traductor militar Alexandr Beliaevski, junto con su regimiento de infantería, había sido cercado; el regimiento trató de romper el cerco. Sasha combatió en las filas, como un soldado raso; solo unos cuantos lograron salir: Sasha no estaba entre ellos.

Esto es casi todo lo que sabía del amigo de mi infancia lejana, recóndita.

No obstante, pasado el tiempo, comencé a recibir algunas cartas de los entonces muchachos de Járkov. Ya estaban jubilados y, al disponer del tiempo necesario para reflexionar sobre sus vidas, reunían a su alrededor el pasado. Arrancados de la penumbra de los tiempos por el fuego de los recuerdos ajenos, ante mis ojos surgían imágenes de mi infancia sencilla. Para una persona ajena eran imprecisos; ni yo habría sido capaz de relatarlos.

En la memoria de un viejo hay cierta mística: a mí no me parece que mi niñez haya terminado para siempre; existió y ha de volver. Compró los libros que devoraba en aquellos remotos años: Mayne Reid, Fenimore Cooper, Louis Jacolliot y, contra toda lógica, estoy convencido de que aún me serán de utilidad. Deseo que mi futura infancia sea más confortable, que no me tome por sorpresa; todo lo necesario debe estar al alcance de la mano: los seductores libros, la pelota de fútbol, la bicicleta. Sufrí mucho por su ausencia en mi infancia pasada. ¿O tal vez sea ahora cuando creo haber sufrido mucho?

¿Y si en realidad volviera? ¿Seré capaz de comportarme como si no supiera cómo terminó todo? La experiencia que tengo ahora se me vendrá encima, me llegará al cuello. Pero es curioso que esa

experiencia no incluirá los logros universales de la ciencia ni de la técnica. En mi infancia futura, como en la precedente, me contentaré con la alfombra voladora, el submarino *Nautilus* y una sencilla espada en la mano de D'Artagnan. Que queden con Dios los reactores atómicos y los cohetes intercontinentales. No son ellos los que han enriquecido mi larga existencia ni los que han pesado sobre ella.

¿Y qué hacer con las ilusiones perdidas? ¿Qué hacer con aquello en lo que yo creía? ¿Qué hacer conmigo mismo, con aquello que quise decir y hacer y no hice ni dije? Y no porque no hubiera tenido tiempo. Lo tuve. Tuve tiempo de reflexionar. Y llegué a conclusiones que me asustaron.

Entre las cartas que he recibido de aquellos muchachitos y muchachitas que ya están jubilados, entre sus fotografías —mi memoria se rebela contra ellas—, comenzaron a llegarme amables mensajes de la lejana Samarcanda.

Me escribía Zinaída Borísova Strúieva.

Por más que rebusqué en mis recuerdos, me fue imposible hallar ese nombre. Ella, en cambio, lo sabía absolutamente todo acerca de mi niñez y de mi juventud. En cada una de sus cartas, Zinaída Borísova evocaba a personas y sucesos con tanta exactitud que me dejaba perplejo. ¿Cómo podía saber lo que había ocurrido en nuestro patio, poblado por personas de la quinta categoría? Para mí mismo eran muy vagos los recuerdos de cómo en un banco del patio le había cortado el pelo a Monka Javkin; tras hacerme con la maquinilla de mi padre, convencí a Monka, mi gangoso vecino de escalera, de que me diera la oportunidad de aprender el arte de la peluquería. La maquinilla penetró en los terroríficos rizos de Monka y quedó suspendida de ellos a unos diez centímetros de la parte inferior de su frente. Los aullidos de mi cliente atrajeron al patio a todos los habitantes de nuestra casa de tres pisos. Mi padre me azotó sin piedad. De eso me hablaba en su carta Zinaída Borísova.

En 1920 tuvimos que reducir el espacio de nuestra vivienda. Cuatro mujeres, obreras de la fábrica de tabaco, se instalaron en nuestro piso. Para ellas nos confiscaron la habitación más grande, el

comedor. Creo que debía de tener unos quince metros. En él había una litera; las obreras instalaron en la parte inferior a un cerdito. Era el cerdo más pacífico y tranquilo que haya visto jamás. En aquella época de estruendo y grosería se comportaba apacible y decorosamente. Como un buen animal. Zinaída Borísova también me escribía al respecto.

En sus cartas evocaba la época en la que me enamoré de Nara Zolotújina. ¿De dónde vendría ese nombre: Nara? ¿Y dónde estarás ahora, Nara? ¿Recuerdas cómo rocé con mis labios inexpertos tu sonrosada mejilla? Estábamos detrás de las bambalinas de la improvisada sala de actos de nuestra Escuela para Trabajadores Número 30.

Acababas de leer en el escenario unos versos de Briúsov: albañil, albañil en camisa blanca, ¿qué construyes allí? Y el albañil respondía: una prisión. Te besé en la mejilla, paralizado por el entusiasmo. Éramos tan inocentes, Nara. Nos importaba un comino que en ese instante el albañil construyera una cárcel. No sabíamos entonces, en 1923, que al cabo de quince años en aquella prisión estarían encerrados nuestros compañeros de escuela: Kolka Chop, Tósik Zunin y Misha Sinkov. Eran nuestros condiscípulos, Nara. Los cuatro te acompañábamos a casa, tú eras la quinta y, de esas cinco personas solo yo, por un milagro, continúo en el mundo, ya que tú tampoco existes.

¿Tal vez siga vivo por ser, precisamente, hijo de un comerciante privado? ¿O porque soy judío? Muchas veces me han dado a entender —mi vida, los periódicos, los libros— que justamente esa quinta categoría tiene un don especial para la supervivencia. No arde en el fuego ni se ahoga en el agua. Dios mío, cuántos han ardido en el fuego. ¡Y cuántos arden en este momento en la lenta hoguera de su conciencia!

El de la calle Rybnaia 28 era un patio fantástico. No lo recuerdo antes de la revolución. Pero ese mismo concepto —la revolución— se coló para quedarse en nuestro patio más de una vez.

En adelante, estudié en los libros de texto aquello de lo que se componía mi vida. Sin embargo, la red por medio de la que los

historiadores intentan atrapar los fenómenos de la realidad es de mallas demasiado grandes: mi patio y toda mi vida se cuelan por entre ellas y yo siempre resulto insignificante, carente de interés para la historia.

La historia explica con facilidad el destino de una clase social entera, pero no puede explicar la vida de un ser humano. Por otro lado, Dios no quiera que eso entre dentro de sus obligaciones. Porque si las leyes históricas de toda una clase cayeran sobre el destino de un solo hombre, este no podría soportar el peso.

Me gustaría que me vieran como una personalidad única e irrepetible. Y estoy listo para corresponder de la misma manera a toda la humanidad.

Hay un sistema para hacerse irrepetible, aunque sea para uno mismo: recordar la propia juventud. Y entonces resulta asombrosa. Cuando uno es joven y vive rodeado de jóvenes, le parece que todos tenemos un destino en común. Pero pasa el tiempo, los destinos serpentean y se enroscan, arden como una mecha lenta, y entonces cada uno de nosotros se apaga o explota a su manera.

En el patio de nuestra casa había una ametralladora. Su cañón estaba dirigido hacia la entrada. Las puertas estaban herméticamente cerradas, y en la única entrada principal todo el día hacía guardia un grupo de «autodefensa». Eran cinco o seis hombres que habían colocado en el rellano inferior de la escalera una mesa de juego, y día y noche jugaban al *préférence*.

Mi padre también formaba parte de ese grupo de «autodefensa»; así lo llamábamos en nuestro patio. Tenía una pasión perversa por las armas de fuego. Coleccionaba revólveres, sin dispararlos jamás.

Cuando uno piensa en sus padres ocurre una extraña aberración de la memoria: siempre son viejos para nosotros. Y, sin embargo, en aquel tiempo, mi viejo padre apenas tenía poco más de cuarenta años. Hoy podría ser mi hijo.

¿En qué año ocurrió aquello, Zinaída Borísovná? Estoy de pie entre las rodillas de mi padre, en la sinagoga. Un murmullo fuerte y triunfal me rodea por todos lados. Los talits de seda a rayas cubren los hombros y las espaldas de quienes rezan. En mi alma no hay fe

alguna. Para mí todo eso es un juego que han inventado los adultos. Y me doy cuenta de que les aburre jugar a ese juego.

En el intervalo entre los servicios religiosos, la gente llena a reventar el patio cuadrado de la sinagoga. Durante la oración, el aburrimiento hace caer sobre sus ojos, como un velo, una expresión soñolienta que luego se desvanece. El ruido, como vapor, se extiende por el patio. No entiendo ni me interesa lo que hablan. Ahora adivino que hablaban de política.

Años más tarde, he visitado mezquitas, iglesias católicas y ortodoxas. ¡Cuánta más santidad, fervor y grandiosidad hay en todos esos templos! No me refiero a la arquitectura, sino a la atmósfera religiosa de una casa de oración.

En mi familia creían en Dios de una manera cotidiana. Me obligaban a rezar. Pero me obligaban a hacerlo de la misma manera que a preparar mis lecciones. La religión en la calle Rybnaia era sinónimo de respetabilidad, de observancia de la decencia.

A los trece años, el día que cumplía la mayoría religiosa, pronuncié el discurso de rigor en presencia de los invitados. Lo había escrito en dos idiomas: en ruso, mi lengua materna, viva, y en hebreo antiguo, una lengua muerta para mí. El discurso comenzaba con las palabras: «¡Queridos padres y respetados invitados!». No recuerdo nada más. Tampoco lo recordaba entonces, mientras lo estaba pronunciando, porque entre los invitados se encontraba sentada a la mesa la deslumbrante Tania Kámenskaia; entre sus cabellos castaños flotaba un lacito de cinta. Hoy en día ella trabaja como bibliotecaria en la ciudad de Járkov. Nos vimos en 1960. Cuando entré en su piso, en la calle Chornoglázovskaia, Tania me susurró precipitadamente en la puerta:

—Por favor, no digas delante de mi marido cuántos años tengo.

Bien podría no haberme hecho esa advertencia: Tania Kámenskaia, para mí, tendrá siempre trece años. Y cuando llegue mi infancia futura —tiene que volver, no es posible que simplemente desaparezca—, me presentaré ante su marido actual y le diré:

—Si es usted un hombre decente, devuélvame a mi Tania. Le doy mi palabra de honor de niño de que no tocaré ni uno solo de sus cabellos.

Nos tomaremos de la mano y bajaremos lentamente la escalera.
Lentamente porque yo tengo el corazón enfermo y Tania tiene los
pies destrozados por la gota.

Allí estará nuestro patio.

Nos sentaremos en el pequeño banco.

Tania se arreglará el lazo.

En primer lugar, echaremos a suertes a quién le toca empezar.

De tin marín,
de do pingüé,
cúcara mácara,
títtere fue.

Siempre me toca a mí. Bien, comenzaré yo.

—Qué hermosa eres —le diré.

—Gracias por el cumplido —contestará Tania—. Antes no me lo
decías.

—No me atrevía.

—Antes me decías que yo era afectada.

—Pero ¿te dabas cuenta de que te amaba?

—¿Qué tiene que ver que me diera cuenta o no? Debías
habérmelo dicho.

—Te amo.

—¿Por qué le compraste entonces un helado a Lidka Kolésnikova?

—Para que tuvieras celos.

—Y cuando ayer jugábamos al juego de las flores, le enviaste una
«orquídea». Después miré tu «orquídea» y vi que estaba escrito:
«Por la mañana debo estar seguro de que la veré durante el día».

—Pero si eso es Pushkin.

—Pero no se lo enviaste de parte de Pushkin. Lo enviaste de tu
parte. Me pasé toda la noche llorando.

—Pero si Lidka es una tonta. No me hace ninguna falta...

Tania y yo estamos sentados en el banco.

Tres años más tarde moriría Lenin.

Veinte años después, los alemanes entrarían en Járkov.

Estas excursiones al propio pasado son agotadoras. Tienes frente a ti el borrador de tu vida —nadie puede vivir en limpio—, pero no tienes derecho a borrar ni una sola línea. Quizá no borraría nada, pero sí añadiría alguna cosa.

La historiadora Néchkina tiene un libro que se titula *El 14 de diciembre de 1825*. Este breve libro relata, hora tras hora, un día de la historia rusa. Los regimientos insurrectos, bajo las órdenes de los oficiales decembristas, se forman en la plaza del Senado. Esperan la señal para entrar en acción. Nicolás I se agita iracundo en el Palacio de Invierno. La balanza se inclina hacia el lado de los decembristas. Esperan. De un momento a otro debe aparecer Trubetskói. Según las condiciones de la conspiración, él está a la cabeza de los insurrectos. Bajo sus órdenes, los regimientos deben lanzarse a la revuelta. Trubetskói se retrasa. Trubetskói no llega. Nicolás logra reunir a su ejército y derrotar a los sublevados.

Después de leer el libro de Néchkina, los estudiantes le preguntan en sus conferencias: ¿y si Trubetskói no se hubiera retrasado? ¿Si hubiera llegado a tiempo?

La académica Néchkina les responde: la historia tiene contraindicadas estas preguntas. No se puede preguntar a la historia ¿y si...? La historia es muy pesada y lo determina todo.

Pero ¿acaso no tengo derecho a preguntarme a mí mismo?

¿Acaso también dentro de los límites de mi minúscula vida todo está determinado?

Cuántas veces hubiera querido actuar de una manera distinta a como lo he hecho. ¿Significa que mi Trubetskói privado también venía con retraso? Él galopaba en alguna parte detrás de mis hombros, y a veces me parecía oír el cansado ronquido de su caballo. Otras, en cambio, solo veía el polvo en el horizonte. Eres un hijo de perra, Excelencia. Y el caballo que está debajo de ti no es un garañón, sino un caballo castrado.

En 1920 hubo un incendio en nuestra casa. Por la noche ardió el hollín de la chimenea. Durante todo el día y en todos los pisos, habían estado horneando los *homntashn*, esos pastelillos triangulares con semillas de amapola que la tradición exige hornear

en la vigilia de la alegre fiesta de Purim. El viejo conducto de la chimenea no resistió ese recalentamiento ritual; el incendio subió verticalmente y redujo a cenizas tres apartamentos.

Estábamos en el patio sentados sobre los atados de ropa blanca. Había, además, directamente sobre la tierra y junto a nosotros, una bandeja con esos estúpidos *homntashn*; nerviosos, masticábamos uno tras otro.

No recuerdo los lamentos de mi madre ni la confusión de mi padre.

A mi padre lo vi confundido y desamparado una sola vez en mi vida: un poco antes de su muerte. Tenía ochenta y dos años. Mi hermano y yo le llevamos en una ambulancia al hospital. Estaba acostado en una camilla, sobre el suelo de la recepción. El médico de guardia le apartó el abrigo con el que iba arropado y le examinó rápidamente el vientre dilatado por la hidropesía y los labios blanquecinos que tragaban presurosos pequeños sorbos de aire para expulsarlos por el borde de la boca; el médico de guardia se puso en cuclillas junto a la camilla para tomar el pulso a mi padre.

—¡Vaya con la historia, doctor! —murmuró mi padre.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el médico de guardia.

Yo respondí.

—Doctor —dijo mi padre lenta, pero inteligiblemente—, en nuestro país los ancianos son respetados en todas partes, lo he oído por la radio...

—Manténgase callado, abuelo —dijo el médico y se dirigió hacia su mesita.

—Hay que sacarle el agua del vientre y ponerle en una cámara de oxígeno —nos informó el médico. Se quitó las gafas de su joven rostro cansado, sopló sobre los cristales y se puso a limpiarlos con el borde de su sucia bata—. Desgraciadamente, no puedo ingresarlo. La edad de su padre... —movió las manos—. Intenten pasar a ver al médico jefe.

Si hubiera hecho con aquel médico lo que tanto quise hacer mientras conversábamos, mi condena a prisión terminaría el año próximo.

Mi padre murió dos días después, justamente la tarde en la que el médico jefe había accedido a tenerlo en una sala repleta.

No aislaron su catre de los demás enfermos, ni siquiera mediante un biombo, ya que los sufrimientos previos a la muerte y la agonía de un anciano no afectan el humor de quienes lo rodean.

Una joven enfermera nos pidió a mi hermano y a mí que trasladáramos a nuestro padre de aquella sala del tercer piso al sótano, donde estaba la morgue del hospital.

Nosotros ignorábamos que tendríamos que transportarlo desnudo. Para mi hermano fue un poco más fácil, ya que sujetaba la parte delantera de la camilla y daba la espalda al cuerpo. Pero frente a mí, durante los tres pisos de una escalera larga como la vida, yacía mi padre, a quien la muerte había vuelto impúdico. Nunca le había visto completamente desnudo; yo sabía que a él, incluso estando muerto, le resultaba humillante mostrarse ante sus hijos de esa manera. Cerrando los ojos todo cuanto me era posible y tropezando en las vueltas de la escalera, llevaba el cuerpo hinchado de mi padre. Las ofensas y la pena que le había causado en vida yacían frente a mí sobre una camilla rota y sucia.

Perdóname, padre.

Te enterramos en el cementerio judío. En una vacía habitación trasera de la sinagoga del cementerio, dos ancianas te lavaron y te vistieron con el traje que durante tantos años, desde que te recuerdo, llevabas en las fiestas. Adormeciéndose y despertando, las ancianas te envolvieron por encima de tu traje en una sábana cosida con un largo hilo sin nudos. Ahora sé para qué se hace eso: en el otro mundo, en el que tú y yo no creíamos, cada quien a su manera, con un solo movimiento arrancaste ese hilo y te presentaste ante el juez soberano, descalzo y vestido con tu mejor traje. Tú tenías cosas que decirle a Yahvé. A fin de cuentas, no hizo tan bien nuestro mundo, como para tener el derecho a llamar a la gente al Juicio Final. ¿Y acaso podía asustarte con algo, después de lo que habías visto en la Tierra? ¿Podía llamar al borracho inspector de policía de Járkov para que te pidiera el permiso de residencia? ¿O acusarte de comer pan ázimo mojado en la sangre de niños cristianos? ¿O llamar

a los partidarios de Hitler al cielo? ¿Montar ante tus ojos el proceso de los médicos-asesinos?

Padre, no sufro por ti en el otro mundo. Allí no hay nada ni nadie a quien temer.

Después del incendio nos mudamos a la calle Chornoglázovskaia. Las ventanas de nuestro piso quedaban al mismo nivel que la acera, y muy pronto aprendí a reconocer a la gente por sus pies.

En la cerca de nuestra casa estaba colgado un modesto letrero:

CLÍNICA PSIQUIÁTRICA
DE LOS MÉDICOS
ZHDÁNOV Y GURÉVICH

Esta clínica se encontraba en un edificio amarillo de una sola planta, uno de cuyos lados daba al jardín. Los enfermos, a quienes en aquellos tiempos llamaban sencillamente «locos», permanecían durante largo tiempo en la clínica. La mayoría de ellos eran dementes inofensivos. Buenos y amables, deambulaban por nuestro patio y por el jardín sin vigilancia. A veces entraban en nuestra casa, en nuestro sótano.

Al principio los evitaba, pero luego me acostumbré a ellos. A mis compañeros y a mí no nos parecían demasiado locos. Los niños, por lo general, son ajenos a las inclinaciones de los adultos, quizá por eso yo no siempre veía en los locos de la calle Chornoglázovskaia desviaciones patentes de la norma.

Vorobéichik acostumbraba a venir a visitarnos a nuestro sótano. Mi madre le servía té con sacarina. Se sentaba a la mesa y ceremoniosamente recogía debajo de la silla sus cortas piernas enfundadas en calzoncillos largos. Creo que padecía un delirio de grandeza, pero yo no me daba cuenta de eso. Desde luego, su grandeza no agobiaba a quienes le rodeaban: para él era tan irrefutable internamente que no necesitaba de ninguna confirmación exterior. En ese sentido la delicada locura del gran Vorobéichik se distinguía con creces de aquella de la gente normal. A veces, mientras me acariciaba con ternura la cabeza, murmuraba discursos dirigidos a la Asamblea Constituyente.

Seguramente cada época crea sus locos: el más complejo delirio de un cerebro enfermo es, en cierta medida, un reflejo de la realidad. El ser humano se vuelve loco por algo que le es contemporáneo.

Detrás de la única ventana enrejada de la clínica de Zhdánov y Gurévich, se agitaba en su camisa de dormir la destrozada Sonia: en su vehemente demencia se imaginaba violada por todo un escuadrón de cosacos del Don.

A la clínica llegaban enfermos de la región del Volga: era gente que se había vuelto loca por el hambre. Me asustaban sus rostros negros y chupados y sus ojos de una indiferencia aterradora. En ese entonces no sospechaba que durante el invierno del año 1941, durante el bloqueo a Leningrado, yo tendría un rostro así.

Por nuestro jardín solía pasear un joven pensativo, en ropa interior y con una gorra de estudiante. Se llamaba George Borman. Con la crueldad característica de los niños, en un principio nos burlábamos de él, pero poco después nos desarmó con su mansedumbre y su notable conocimiento de las matemáticas. En el jardín, sobre la arena, con la punta de un palo cepillado, Georgik Borman, ese hijo ilegítimo de un famoso fabricante de chocolate, que se había vuelto loco a causa de un amor no correspondido, resolvía para nosotros problemas de álgebra.

Ahora, después de cuarenta y tantos años, después de todo lo que he visto y de todo aquello en lo que he participado, me parece que en la calle Chornoglázovskaia había un manicomio asombrosamente pasado de moda. Los locos de ese lugar vivían una existencia aislada, recogida. Acariciaban amorosamente su delirio dentro de sí mismos, sin aspirar a imponérselo al resto de la humanidad.

No se ofenda conmigo, Zinaída Borísovna: no me he olvidado de usted. Y gracias por las fotografías que me ha enviado. También he recibido los versos de juventud de Sasha Beliaovski. ¿Recuerda con qué voz gutural tan elegante los declamaba?

Nos reuníamos en la calle Klochkóvskaja, en el miserable piso de Tósik Zunin. Tenía un montón de hermanitas mocosas que se arrastraban por el suelo; Tósik las iba recogiendo de paso, como si

fueran gatitos, y las distribuía por las esquinas, pero ellas se metían de nuevo entre sus pies.

El jefe de la familia, Ruvim Zunin —un inválido de la primera guerra mundial, enfermo de un cruel reumatismo en los huesos—, se sentaba en un taburete frente a la puerta cochera, envuelto en trapos de algodón, y observaba la vida de la calle. La madre era quien sostenía a la familia. Con agua y sacarina, hacía helados como por arte de magia; y con las cortezas de pan negro, *kvas*. Con esa mercancía salía al amanecer hacia Blagbaz, que era como se llamaba en Járkov el famoso mercado de la Anunciación. Su hijo mayor, el cegato Tósik, orgullo de la Escuela para Trabajadores Número 30, futuro joven profesor de la universidad, el increíblemente erudito joven Tósik —apologeta de la revolución francesa y experto en economía política—, seguía a su madre llevando la heladera en una cubeta. Su mejor amigo, Mishka Sinkov —hijo del comisario popular de Correos y Telégrafos de Ucrania—, se echaba sobre los hombros la cesta de la ropa, llena de botellas de *kvas*.

Descargaban su pesado fardo junto a los arcones del mercado. La madre de Tósik, lanzando asustadizas miradas, abría su puesto. Para llamar la atención del mercado, Mishka abría sus fauces de seminarista y, con una voz de asombrosa belleza, se ponía a cantar:

—¡Ocurrió en la ciudad, en la ciudad de Kazán!

El mercado se estremecía presa de admiración y todas las cabezas se volvían hacia la voz de Misha. Este llenaba de aire al máximo sus pulmones, y cantaba:

—¡El terrible zar festejaba y se divertía!...

Luego se inclinaba cariñosamente hacia la madre de Tósik y decía:

—Quédese tranquila, mamita. Tósik y yo nos vamos...

Y, levantando polvo con los pies, el larguirucho Mishka Sinkov se llevaba a su cegato amigo a su casa. En aquellos años se habían aficionado a *El capital* de Marx.

El más hambriento e inadaptado de nosotros era Mishka. Vivía con su padre en un piso vacío, sin amueblar, que parecía deshabitado: al comisario del pueblo de Correos y Telégrafos lo había abandonado su mujer. Debido a las múltiples ocupaciones del padre y al constante desorden del hijo, se veían poco. Se dejaban notitas y

comida en la cocina. Las notas solían ser breves: «No te olvides de poner sal, papá». O: «Bulba está bajo la almohada».

El hecho de que nuestro amigo fuera hijo de un comisario del pueblo no nos interesaba. Además, nos enteramos de eso mucho después de la época en que nos hicimos amigos suyos. En general, la profesión de los padres nos inquietaba muy poco. Si queríamos a alguien era por lo que era.

¿Dónde ha ido a parar todo eso, Zinaída Borísovná? Imagínese: éramos tantos —ligeros, puros, buenos, no hacíamos daño a nadie, el dinero nos tenía sin cuidado, lo mismo que cómo fuéramos vestidos y qué comiéramos—, ¿por qué no hemos dejado ninguna huella en la Tierra? ¿A partir de qué momento, cuándo comenzamos a torcernos? ¡Cada uno de nosotros tuvo ese minuto fatal!

Examinó mi vida como se examina el trigo, poniéndolo en la palma de la mano para encontrar las semillas malas.

¿Conoce usted el sentimiento de repulsión hacia uno mismo, Zinaída Borísovná? Es un sentimiento particularmente agudo por las mañanas, cuando te espera un largo día junto a tu odiosa persona. En mi generación se ha estropeado el metabolismo moral: ya no absorbemos nada y es poco lo que damos; los recuerdos se pudren en nuestro interior.

Antaño los ancianos tenían una ventaja frente a los jóvenes: les parecía que ellos habían llevado una vida más limpia y correcta. Yo he perdido esa ventaja. Y los jóvenes, al hablar conmigo, me dan a entender que ahora son ellos quienes sienten envidia porque yo me he comido sus uvas. No me he comido tus uvas, joven. En vano te paseas frente a mí con los brazos en jarras...

Sasha Beliavski y yo comenzamos a dar unos cursos de preparación para el ingreso en los centros de educación superior.

Los cursos eran de fabricación casera: Sasha estudiaba ya en el primer curso de la Facultad de Filología, y yo acababa de ser rechazado por primera vez en Medicina. Entre los dos juntamos un grupo de bachilleres poco capaces y, por una pequeña remuneración, les enseñábamos lo indispensable del programa de la escuela secundaria.

A mí me correspondieron las ciencias exactas y a Sasha las humanidades. En aquel entonces, hice para mí un importante descubrimiento pedagógico: si no has comprendido del todo una cosa, ponte a enseñarla. Cuando explicaba a mis alumnos las reglas de las matemáticas y de la física, y también cuando me ponía a resolver con ellos ejemplos y problemas, me agobiaba la pobreza de mis conocimientos. Sin embargo, de pronto tenía una iluminación. Eso ocurría en el instante en el que vislumbraba el meollo del problema. Y mi inocente regocijo por el descubrimiento adquiría una fuerza magnética. Mis alumnos se convertían en mis cómplices. Quizá el salvaje que inventó la rueda haya experimentado esa misma sensación.

Yo estropeaba a mis estudiantes sin detenerme a pensar en las consecuencias, pero ellos ingresaban en los centros de educación superior, asombrando a los examinadores por lo insólito de sus métodos de razonamiento, que rayaban en la ignorancia. En cuanto a mí, cada otoño la secretaría del Instituto de Medicina me devolvía mis documentos.

El camino hacia las constelaciones de la educación superior me estaba vedado. Era necesario cambiar radicalmente la columna de mi situación social. Mi padre me inscribió como aprendiz de electricista en un pequeño taller privado.

Me convertí en trabajador.

El dueño del taller, un *nepman*, recibía encargos de instituciones estatales. Dos electricistas, ayudados por dos aprendices, realizaban aquellos trabajos. De esa manera, extraían de nosotros cuatro la plusvalía. Seguramente esta era muy pequeña, ya que todo el taller del patrón se alojaba en una portería baja y oscura. Apoyada contra la pared había una mesa de trabajo sucia y alargada, tiradas en las esquinas había lámparas rotas, apliques y lámparas de mesa. Cuando se agotaban los encargos, reparábamos aquellos desechos.

Pocas veces veía al patrón. En ocasiones venía al taller y se detenía en el umbral. Vestido de manera afectada, no de acuerdo con su edad, y llevando una gorra del cuerpo de ingenieros (aunque no era ingeniero), el patrón inspeccionaba el taller con sus ojos tristes y saltones. Su cara gorda parecía derretirse sobre el

blanquísimo cuello de la camisa como si fuera una vela. No nos daba instrucciones; permanecía de pie, con las manos metidas en los bolsillos de sus amplios pantalones de tesor.

Una vez estuve en su casa: me había enviado a llevar una nota a su esposa. Descuidadamente semidesnuda, hermosa y de una juventud grosera, se reblandecía los callos, con sus pequeños y robustos pies metidos en una palangana. Después de leer con aire perezoso la nota que había tomado de mis manos, dijo:

—¡Solo esto me faltaba!

Esperé un poco, pero ella no añadió nada más.

El patrón me preguntó:

—¿Qué hacía ella cuando llegaste?

Sentí vergüenza de decir que se estaba lavando los pies.

—Leía —respondí.

—¿Te dio algún recado para mí?

—Le envió saludos —contesté yo. No tenía fantasía suficiente para inventar otra cosa.

—Eres un buen chico —me dijo el patrón, y me dio un millón y medio para un pastel.

Después de trabajar con ese extraño *nepman* durante un año, en otoño, cuando rellené de nuevo el cuestionario del Instituto, me definí como trabajador. Me convocaron a la comisión de admisión.

—Aprendiz de electricista —leyó en voz alta, con un tono despectivo, el presidente de la comisión. Me miró con voluptuosidad—. ¿Eres tú el aprendiz de electricista?

—Yo —murmuré.

—Entonces puedo hacerte la siguiente pregunta: ¿qué es un *Kurzschluss*?

Permanecí en silencio. El electricista con el que yo había trabajado llamaba cortocircuito al cortocircuito. No utilizaba la palabra *Kurzschluss*. Pero eso no le impedía ser un buen electricista.

—Camaradas miembros de la comisión —dijo el presidente—, el cuadro, a mi modo de ver, es claro: tenemos frente a nosotros una falsificación más. Sugiero devolver al chico sus documentos.

Y una vez más me los devolvieron.

Desde entonces, desde mi juventud, detesto mis documentos. Vivo con la sensación de que en ellos siempre hay algo que no está bien. Algo que indefectiblemente falta. Y eso que falta resulta siempre ser lo más importante.

En los cajones de mi escritorio, durante largos años se ha acumulado una gran cantidad de certificados, tarjetas de identidad, pases y carnets. Si se juntara todo eso, si se programara y se introdujeran todos esos datos en una tarjeta perforada, una futura máquina cibernética crearía con esos datos alguien que no sería yo.

Yo permanecería en el interior de la máquina, cegado por sus innumerables impulsos.

Los acontecimientos históricos, o simplemente los hechos que no están coloreados por las emociones, no nos dejan huellas precisas en el recuerdo. La memoria del sentimiento es más fuerte que la memoria de la lógica.

En los periódicos —lo recuerdo con claridad—, comenzó a aparecer el apellido Stalin. No sabíamos de quién se trataba. Recuerdo con gran agudeza el sentimiento de perplejidad que experimentamos entonces.

Desconocíamos el nombre de Stalin, no porque fuéramos ignorantes en asuntos políticos, sino sencillamente porque ese nombre nunca había aparecido junto al de Lenin. Junto a él había nombres muy diferentes. Y muchos.

Incluso diría que esa época, para nosotros, no tenía un nombre de persona. Para nosotros no tenía más que un apellido: Poder soviético.

Y ante nuestros ojos surgió un seudónimo del tiempo: Stalin.

Quizá porque yo no estudié en ninguna parte, y nadie tuvo la oportunidad de inculcarme, desde mis años de inmadurez, su autoritario punto de vista sobre la vida, yo gozaba de libertad de elección y de valoración. Nunca he tenido que exponer, en exámenes ni pruebas, mis ideas acerca de la realidad que nos circunda, ni mi concepción del mundo. Y como no he tenido que exponerlas, esos pensamientos eran míos, me pertenecían orgánicamente; no

esperaba por ellos calificaciones en un sistema de cinco puntos. Tenía derecho a no comprender y también a equivocarme.

Eran los años en los que se acostumbraba a llamar a las personas como yo «pequeñoburguesas». Si el pequeñoburgués dudaba de algo, lo acusaban con desprecio de propagar los chismes del tranvía o los de las colas que se formaban frente a los almacenes. A propósito, tanto en los tranvías como en las colas de los almacenes es donde se encuentra el pueblo.

La persona a quien se acostumbra llamar pequeñoburgués se encuentra en una situación difícil. Siempre está equivocada. Aun si tiene razón. Ya porque juzga las cosas demasiado pronto —antes del decreto correspondiente—, o demasiado tarde, es decir, después del decreto del gobierno, cuando se considera que el asunto se ha resuelto.

Para el pequeñoburgués existe una sola satisfacción, y a título póstumo: que los historiadores lo llamen «pueblo».

La magnitud de la falsificación que se ha generado con el concepto «pueblo» es inmensa. A partir de los años treinta, se comenzó a llamar pueblo a ciertas personas y a excluir del pueblo a otras. En realidad el título de «pueblo» lo poseía una sola persona: Stalin.

La desgracia se abatió sobre Misha Sinkov: su padre salió para el Comisariado del Pueblo y no volvió. Durante tres días Misha se mantuvo sereno —la cantidad de cosas que pueden ocurrir en el trabajo—; al cuarto día apareció en casa.

Aquella noche Tósik Zunin había ido a visitar a Misha. Ambos se encontraban en calzoncillos, jugando al ajedrez, sentados a la mesa del comedor, sobre la que había montones de platos sin lavar.

Se oyó el ruido de la cerradura en el recibidor.

—¡Papá! —gritó Misha.

Se lanzó al recibidor al encuentro de su padre. Este llevaba en las manos un manojo de llaves. Lo acompañaban tres personas.

—Ahora mismo calentaré el samovar —dijo Misha—. ¿Me pongo los pantalones, papá?

—Póntelos —respondió el padre—. Estoy arrestado.

Abrió los cajones de su escritorio, entregó las llaves y se sentó en una silla en una esquina, como si fuera una persona ajena a aquel piso.

Los chicos se pusieron los pantalones. Mientras tuvo lugar el corto registro estuvieron sentados en silencio sobre el diván. Había pocas cosas en la casa.

Uno de los agentes de la policía política, por lo visto el más importante de los tres, una vez registrados los cajones del escritorio, examinó atentamente un papel y se lo extendió a Sinkov, sin soltarlo.

—¿Por qué guarda usted documentos secretos en un lugar que no es la caja fuerte?

Sinkov miró de reojo el papel y contestó:

—No es ningún secreto. Es el testamento de Lenin.

—No seamos infantiles —sonrió el agente—. Usted entiende muy bien de qué le estoy hablando. El agente sacó del cajón un revólver. ¿Por qué no ha entregado su arma?

—Es un regalo —dijo Sinkov brevemente y con tono cansado.

El agente leyó la inscripción en la plaquita plateada, pegada a la empuñadura del revólver. Allí estaba grabado que el Consejo Militar Revolucionario de la República premiaba a Sinkov con un arma para su uso personal.

—Debería haber conservado en casa únicamente la plaquita —dijo el agente.

El agente era aún muy joven. Comenzaba apenas a degustar el sabor almibarado, dulzón y ligeramente salado del poder sobre otro ser humano. Aún tenía miedo de cometer errores en su trabajo, suponiendo estúpidamente que en aquel trabajo podía haber errores. Aún no se había puesto a reflexionar a propósito de cuáles son las preguntas que hay que hacer a un detenido. Aún creía que estaba defendiendo el poder soviético de sus enemigos.

Diez años más tarde, en 1936, ese mismo exagente, que ahora llevaba un rombo en el cuello de la camisa ostentando así su grado de general, interrogaría en su gabinete al joven profesor de la Universidad de Járkov, Anatoli Zunin.

—Siéntese, Anatoli Ruvímovich —dijo el exagente cuando dos guardianes hicieron entrar a Tosik sujetándolo cada uno de un brazo—. ¡Dios mío, en qué le han convertido!

Y miró con severidad a los guardianes. Dos muchachos de aldea ignorantes, que habían vivido hambrientos durante sus primeros veinte años de vida y que ahora, como guardianes, vivían ahítos, bien comidos hasta el hipo y vestidos con pulcritud. Dos soldados engañados desvergonzadamente por sus jefes y convencidos de que la prisión estaba llena de contrarrevolucionarios y de espías. Dos cabezas, amaestradas para odiar al hombre que hoy es un hombre pero al día siguiente será basura de presidio. Los dos disciplinados guardianes conocían muy bien las reglas del juego. Cuando el jefe los miraba con severidad, acostumbraban bajar la vista y preguntar a coro:

—¿Nos permite retirarnos?

Y salían del gabinete, sabiendo perfectamente que podían ser necesarios al cabo de poco.

Ese tiempo necesario para que los guardianes caminaran del escritorio al umbral de la puerta le bastaba al exagente; cuando los soldados cerraban tras de sí la puerta del gabinete, él ya sabía de qué debía acusar al ciudadano Zunin.

No mimaba a los detenidos con diversidad de acusaciones. La fantasía de un instructor tiene sus límites.

No había en el mapa del mundo un solo país en favor del cual no hubieran espiado sus detenidos. Y mientras más gente enviaba a la cárcel, más sencillo le resultaba enviar a los siguientes, ya que cada uno de los arrestados tenía una familia, amigos, y el solo hecho de que tuviera una familia y amigos era motivo suficiente para el arresto siguiente. La monotonía del trabajo llegaba a agobiarlo.

No era particularmente cruel ni demasiado liberal. Hacía su trabajo un día tras otro, compitiendo cuanto podía con sus colegas y, azuzado por esa competencia, ya no se detenía a pensar si la persona que estaba de pie, acostada o sentada frente a él era en realidad culpable.

Ese era su trabajo, el trabajo, el trabajo: actuar de manera que la persona se reconociera culpable lo más deprisa posible, ya que en la

sección en la que colaboraba el exagente había muchas personas que debían reconocerse culpables. Y el instructor se enfurecía desde el fondo de su alma cuando alguno frenaba estúpidamente su trabajo. Estúpidamente porque tarde o temprano el trabajo volvía a su cauce, lo que quería decir que no había sido necesario frenarlo.

En lo que se refiere a las ideas, por cuya vigilancia no escatimaba esfuerzos, ya no tenía que pensar en ellas. Las ideas eran teoría, y él era un trabajador práctico y, como todo trabajador práctico, no podía exaltarse a diario con materias elevadas. En otro tiempo, al comienzo de su carrera, él también había tenido una idea sublime, pero poco a poco esta se había desgastado y ahora era como un pantalón que le resultaba demasiado estrecho para poder caminar. En su lugar se mandó hacer un uniforme, se cubrió la cabeza con una gorra de color frambuesa, se calzó unas botas ligeras y continuó su camino con ligereza.

El antiguo agente se había acostumbrado a observar los métodos mediante los cuales conseguía las confesiones, como cualquier trabajador o artesano observa el conjunto de sus herramientas. El carpintero sabe en qué caso debe coger el cepillo, en cuál el serrucho, en cuál otro el martillo. El exagente también lo sabía.

Y de la misma manera que un carpintero experimentado sabe que cada tipo de madera necesita un esfuerzo diferente para tenerla lista para el trabajo, así el exagente distinguía los tipos de personas que pasaban por sus manos.

Su arte se reducía a hacer que todas esas personas fueran iguales. Con los años eso se había vuelto cada vez más sencillo. El arte se había transformado en oficio. Ya había aprendido a crear en sí mismo, con métodos estrictamente artesanales, el estado anímico que necesitaba para el trabajo. Tanto su ira como su aparente compasión eran cosas del oficio. Lo único verdadero y auténtico en él eran dos sentimientos: el desprecio y el miedo. Desprecio por las personas a las que sometía y rompía durante los interrogatorios, y miedo por su propio destino.

No podía dejar de despreciar a los detenidos. El asombro y el terror que les infundía con su manera de tratarlos los convertía en una insignificancia, los rebajaba al estado en que el hombre pierde

hasta la posibilidad de ser persona. También le tocaban al exagente huesos duros de roer, pero él los despreciaba de la misma manera, porque malbarataban en vano sus fuerzas: ellos lo injuriaban, pero él no se sentía ofendido, ellos gritaban, susurraban, exhalaban las palabras que precedían a la muerte, pero él las consideraba vacías y librescas, ya que aquella gente, detrás de sus palabras, no tenía ningún apoyo confiable: ni un ejército, ni las tropas de los órganos en los que él trabajaba, ni las flotas aérea y marítima, ni las cárceles, ni los campos de concentración; no había un Estado que estuviera a sus espaldas. El Estado estaba de su lado, del lado del exagente. Esos huesos duros de roer no tenían ni siquiera correligionarios que valieran la pena: a sus amigos más cercanos conseguía convertirlos en una masa sanguinolenta que daba asco mirar.

Y, a pesar de todo, sentía miedo.

No temía que su oficio dejara de ser indispensable. Tampoco temía la venganza por parte de las personas que deambulaban en libertad por las calles de ciudades y aldeas (tenía toda clase de serios motivos para despreciarlos también a ellos); estaba poseído por el miedo ante quienes trabajaban junto a él y, especialmente, sus superiores. El temor constante, que le agotaba el cerebro, de que en el gabinete de al lado alguno de sus camaradas pudiera trabajar más rápido y con mayor habilidad que él, que pudiera inventar algo de importancia capital, ese temor atormentaba el alma del exagente y le obligaba a acelerar sus propios tiempos y a perfeccionar sus métodos de trabajo.

Sin embargo, a lo que más temía era a lo que ocurría por encima de él. Precisamente de allí venía el mayor peligro. Era imposible preverlo. Ante sus ojos, siempre de improviso, desaparecían agentes que habían comenzado su carrera al mismo tiempo que él. Desaparecían lentamente, capa por capa, para siempre. En primer lugar, los que recordaban y sabían aquello que no convenía ni recordar ni saber, luego los que recordaban y sabían las causas por las cuales habían desaparecido sus predecesores; y así, capa por capa, dejando tras de sí solo un micelio imposible de extirpar.

Esta amenaza que le acechaba sin cesar envenenaba considerablemente su existencia. En el fondo, el miedo solo lo abandonaba cuando tenía en frente a un detenido, porque entonces el exagente debía deshacerse de su propio miedo.

En sus escasas horas libres vivía una vida común y corriente: iba con su hija al teatro, al circo y al zoológico; el 8 de marzo le regalaba perfumes a su esposa, en los establecimientos destinados al reposo y a la recreación jugaba a las cartas y al voleibol, leía los periódicos con detenimiento.

No tenía amigos íntimos; sabía muy bien lo que costaban los amigos íntimos!

A veces se veía forzado a encontrarse con sus compañeros de trabajo en alguna comida. Eso solía ocurrir después de las fiestas, ya que en fechas como el 1 de mayo y también el 7 de noviembre era cuando su trabajo estaba en el punto álgido. Debían cerrar los patios de paso, revisar las entradas de la canalización, sellar los balcones, distribuir a su gente a lo largo de todo el recorrido por el que se dirigirían al desfile las autoridades más altas de la ciudad; luego, por la tarde, en la sesión solemne en el teatro municipal y en el concierto conmemorativo, debían vigilar lo que ocurría detrás de las bambalinas: que nadie que no tuviera un pase especial pasara a las primeras filas de los balcones, de la platea y a los palcos; en todos estos ajetreos de las fiestas se invertía mucho tiempo y mucho esfuerzo, pagado generosamente por esa gente medio hambrienta que nunca había visto aquellos desfiles, ni aquellas sesiones solemnes, ni aquellos conciertos.

Los compañeros de trabajo conmemoraban las fiestas revolucionarias según su propio calendario, retrasado un par de días en comparación con el normal. Se reunían en grupos no muy numerosos, formados por personas de aproximadamente el mismo rango y graduación. Todo era en ellos casi idéntico: la tela y el forro de los trajes, los sombreros suaves y los zapatos, los calcetines y la ropa interior, los chistes vulgares y las esposas, prematuramente envejecidas e ignorantes.

Bebían mucho y sabían beber. En la mesa jamás hablaban de trabajo.

Todos ellos habían sido en algún momento, mucho tiempo atrás, jóvenes trabajadores, mozos campesinos, estudiantes fracasados; muchos habrían podido convertirse en seres humanos, pero su vida corrupta y desvergonzada, lo monstruoso de su trabajo y el miedo hacían en ellos su minucioso trabajo: dejaban de ser hombres y se convertían en verdugos.

Sasha Beliavski era, con respecto a nosotros, el aristócrata. Se había mudado de la calle Rybnaia a la Sumskaia, la calle principal de la ciudad. Ahora se llamaba calle Karl Liebknecht. Del mismo modo que la plaza Pávlovskaja había sido rebautizada como plaza Rosa Luxemburgo. Para nosotros eso no era un cambio de nombre común y corriente, sino los destellos que anunciaban la revolución universal.

En el piso de sus padres, Sasha disponía de una habitación independiente con dos alfombras, una que cubría el diván y otra que se extendía en el suelo. Sobre su escritorio había un gran cuchillo de marfil; actualmente esos cuchillos ya no existen.

Resultaba muy elegante ver a Sasha colocarse sobre la rodilla un libro abultado y muy nuevo, sin cubiertas, impreso en un papel grueso y de un color más bien grisáceo, con las hojas aún sin cortar, y pasar el cuchillo de marfil por entre las páginas, cortándolas, primero horizontal y luego verticalmente. Las finas virutas de papel caían sobre sus pantalones perfectamente planchados, él las juntaba con esmero en la palma de la mano. Cuando luego leíamos ese libro, teníamos la impresión de que nadie lo había descubierto antes que nosotros.

Los padres de Sasha siempre llamaban a la puerta antes de entrar en la habitación. Sasha gritaba:

—*Entrez!*

O bien:

—*Please!*

Sasha sabía varios idiomas, incluso turco. En Járkov se podía hablar en turco solo con los asirios. Por eso los zapatos de Sasha tenían siempre un brillo siniestro y emanaban un apenas perceptible olor a cera Funk, de primera calidad.

A su madre la llamaba por su nombre: Liuba. Eso me desconcertaba. Su vida era tan diferente de la mía que las raras veces que iba a su casa experimentaba cierta incomodidad.

Serguéi Pávlovich vestía en casa una bata de paño con un largo cinturón que le caía hasta las rodillas. Calzaba unas suaves zapatillas bordadas. Un dogo negro, grande como un potrillo, deambulaba por las alfombras, abriendo majestuosamente las puertas con una pata. Al dogo también le hablaban en inglés.

A mí me parecía que en casa de Sasha había algo que no era auténtico. Yo consideraba que todos ellos fingían un poco: incluso la importancia que se daba al perro me parecía afectada. No me costaba imaginar que cuando en el piso de los Beliavski no había ninguna persona ajena, *Rex*, el dogo negro, se transformaba en un sucio perro callejero y comía los desperdicios en la cocina.

Nuestro grupo iba a casa de Sasha solo de vez en cuando y sin demasiado entusiasmo. Todos eran muy amables y obsequiosos con nosotros, pero había algo que nos incomodaba en aquella casa. Quizá fuera el orden impecable y la limpieza, o tal vez fuera Serguéi Pávlovich, a quien nosotros no comprendíamos y que nos cohibía.

Él guaseaba con nosotros. Por alguna razón le parecía que apreciábamos la ironía más que nada en el mundo. También sus relaciones con Sasha eran antinaturalmente irónicas. Tal vez ambos suponían que esa entonación agobiante subrayaba su amistad igualitaria y estrictamente masculina.

En un principio sentí admiración por esa familiaridad en el trato, pero pronto me di cuenta de que, pese a lo apacible de las discusiones, en los ojos de Serguéi Pávlovich aparecía, cuando miraba a su hijo, un extraño y triste servilismo. Era algo poco común en ese abogado alto, guapo y seguro de sí mismo. Entonces yo ignoraba cuán complicadas eran las relaciones de Sasha con su padre.

Fuera de casa Serguéi Pávlovich llevaba una vida libre y dispendiosa. Las mujeres se consumían por él. Pero no tenía suerte: siempre le descubrían. Él, el experto abogado, caía en situaciones desagradables por culpa de tonterías. Al regresar por la noche a casa, antes de abrir la puerta de su piso, se examinaba

escrupulosamente de pies a cabeza, borraba la expresión satisfecha y ociosa de su rostro reemplazándola hábilmente por otra de cansancio y preocupación. Sin embargo, esto no le ayudaba, ya que desprendía un olor a perfumes ajenos, a maquillaje ajeno, a la cocina más sazonada de un buen restaurante.

En la próspera y feliz casa de los Beliavski se respiraba intranquilidad; yo no me daba cuenta de eso entonces, pero no me gustaba frecuentarla.

Sasha y yo preparábamos a nuestros alumnos en mi sótano. Ellos acudían atraídos por los anuncios que pegaba en las verjas.

«Dos estudiantes —mentía yo— preparan en todas las materias del ingreso a los institutos de educación superior. El pago se fijará de mutuo acuerdo.»

Los alumnos no eran muchos: cinco, o siete tal vez. Para ellos lo más atractivo de nuestra pedagogía era lo económico: cobrábamos cualquier cosa por nuestras lecciones.

Sasha tenía una apariencia más formal que yo, por eso él se encargaba de las primeras conversaciones con los padres de los bachilleres. Iba magníficamente vestido y era bien educado. Yo podía presentarme ante los alumnos una vez que su retirada había adquirido el carácter de imposible. Iba vestido con la ropa que había heredado de mi hermano intermedio, quien a su vez la había heredado de nuestro hermano mayor.

Nuestro padre tenía una sabia fórmula para defenderse de mi madre cuando esta le rogaba que me comprara ropa nueva.

—¿Por qué? ¿Acaso no van a reconocerlo con esos pantalones?

Y era verdad. El hecho es que me reconocían, y desde muy lejos. Por lo pintoresco de mis andrajos.

Lo único que se compraba solo para mí eran unos baratos calcetines blancos de algodón. Mi madre intentaba protestar por el color, pero mi padre se mantenía inconmovible.

—El rabino de Minsk usaba calcetines blancos —decía—. ¿Acaso no van a reconocer con ellos a nuestro desharrapado?

En nuestra familia se había establecido que fuera mi padre quien se encargara de los asuntos domésticos. No sé cómo comenzó eso, pero para cuando yo empecé a comprender el régimen de nuestra

vida, en nuestra casa era mi padre quien lo disponía todo. Incluso compraba los vestidos para mi madre. Hacía mermeladas y preparaba pepinos salados para el invierno. Horneaba el pan. Azogaba y soldaba las ollas. Limpiaba y aceitaba sus revólveres.

Cuando nos sentábamos a la mesa, nadie osaba ocupar el lugar de nuestro padre.

Me golpeó por última vez cuando yo tenía diecisiete años.

No se debe golpear a los niños. Eso es lo que he estudiado. Pero he visto tantas cosas inexplicables en la vida que me han confundido a muerte y no sé a qué conclusión llegar. He conocido familias en las que se educaba a los niños de acuerdo con los más perfectos métodos pedagógicos. Sin embargo, cuando llegaba el momento, ese niño se convertía en un sinvergüenza. He conocido familias en las que los padres eran unos canallas y venían al mundo unos hijos de los que la humanidad entera podía enorgullecerse.

Me parece que nunca se podrá explicar este misterio.

Las condiciones en que yo crecí correspondían poco a cuanto se escribe en los libros de pedagogía infantil. Y no porque los libros estén equivocados, pero en ellos hay una falta común: no toman en cuenta el carácter irreplicable de la personalidad del educador.

Para educar a los niños mediante, digamos, la metodología de Makárenko, hay que ser Antón Semiónovich Makárenko. Un método como el de la influencia espiritual de un hombre sobre otro no puede ser separado de la personalidad del educador. El método ha de estar en él, ha de pertenecerle intrínsecamente. Eso es imposible enseñarlo. Y tampoco se puede repetir lo que hizo Makárenko. En el mejor de los casos se puede copiar. La copia será más o menos parecida al original, pero no se convertirá en algo vivo. Se podría tener éxito si cada educador fuera capaz de hacer el papel de Makárenko. Pero eso es imposible.

Toda madre forma el carácter de su hijo con su método de fabricación casera. Con toda la fuerza de su personalidad irreplicable.

Y ahora ha llegado tu momento, mamá. Que la gente se entere de lo buena que eras. Cuando moriste, dejaron de asustarme los telegramas y las llamadas telefónicas nocturnas: me quedé solo, mamá; tu muerte me quitó la intranquilidad por tu destino. De tus

tres hijos siempre quisiste más al que se encontraba en peor situación. Y nosotros siempre hacíamos cola para estar más cerca de ti, porque irremediablemente a alguno de nosotros siempre le iban mal las cosas. Al recordar a su madre, las personas por lo general se suelen centrar en su infancia. Conmigo no sucede así. Te amo con el amor de un hijo adulto. Recuerdo tu rostro cuando me abrías la puerta. Nadie en el mundo me ha abierto la puerta con tal expresión de felicidad. Desde la calle daba unos golpes en la ventanilla. Había que esperar un poco frente a la puerta, ya que tú venías desde tu cuarto, apoyándote con dificultad en tu bastón. Prefiero no recordar el olor acre a humedad de tu apartamento. Que sea tres veces maldito ese apartamento, en el que tu vecina, la portera, te bautizó, en el año 1949, como «jeta-judía». Nos prohibiste defenderte; temías por nosotros. Y nosotros no te defendimos porque temíamos por ti. Tú tuviste el corazón suficiente para dar de comer al hijo de esta vecina cuando salió de la cárcel. Había sido condenado por asalto en grupo, pero tú nos decías que era un buen chico. Y, sí, en verdad resultó ser un buen chico. La vecina lloró en tu entierro. ¡Uno puede enloquecer, mamá, por las complejidades de la vida! Mientras más vivo en el mundo, más me empantanó en ellas. La única salvación es algo que tú me enseñaste: no dejar de asombrarse nunca de lo que ocurre alrededor. Mientras pueda seguir asombrándome quizá continúe siendo un hombre. En la bajeza humana lo peor no es la bajeza, sino el hecho de habituarse a ella.

Ya no hay nadie a quien le resulte interesante escucharme, mamá. Las mujeres que me han escuchado con interés han hecho lo mismo con otros. Los amigos están ahora preocupados: ellos también buscan al ser que pueda comprender su tristeza. Pero para ti yo era único. Te agradezco que no me hayas educado. Tú sencillamente existías, y eso me basta para todo lo que me resta de vida.

A los diecisiete años me quedé ciego y mudo de amor. Aún tengo que hacer un esfuerzo para convencerme de que logré liberarme. Aquella fiebre me tuvo tiritando durante quince años, hasta el año 1941. El tiempo se había retirado, tenía la impresión de que solo bañaba mis tobillos.

Resulta imposible reconstruir en la memoria las sensaciones exactas de un amor violento, como es imposible recordar un estallido, la sensación de volar durante un sueño, una fiebre alta.

En esos quince años, hiciera yo lo que hiciera, lo hacía ya por ella, o contra ella. Perdí la capacidad de realizar actos neutrales. El amor se convirtió en mi profesión.

Katia Golovánova y yo nos conocimos gracias a uno de los anuncios. En ellos figuraba la dirección de Beliavski, pero Sasha no estaba en casa aquel día a las horas señaladas, y entonces Katia apareció de pronto en mi casa, en la calle Chornoglázovskaia.

Para mi desgracia entró en un momento inoportuno: Vorobéichik estaba de visita. La locura arremetía en él como por oleadas. En aquel momento se encontraba justamente en la cresta. Pese a ser de ordinario tranquilo y delicado, se paseaba nervioso de un lado al otro del comedor, enfundado en sus desgastadas calzas cuyos cordones se arrastraban por el suelo.

El sótano estaba casi a oscuras, por lo que Katia no reparó de inmediato en su triste apariencia.

Yo nunca había visto una muchacha tan hermosa.

Vorobéichik se dirigió directamente a ella, le extendió su pegajosa y sucia mano y se presentó de manera brusca:

—Rodzianko.

Ella respondió con cortesía:

—Katia Golovánova.

En una esquina, yo me consumía de horror sobre el diván.

—Permítame exponerle en una breve y desapasionada disertación —comenzó Vorobéichik su mejor discurso delirante— el espíritu y la tendencia de la idealización contemporánea. El pauperismo, que resulta...

—Solomón Nájmanovich —le interrumpí—, los miembros de la Asamblea Constituyente le ruegan que haga una pausa para rezar.

Esta frase era sagrada para él. Se retiró hasta la pared situada al este y, cubriéndose la cabeza con una mano, comenzó a murmurar las palabras de las plegarias del sábado.

Solo en ese momento pude levantarme del diván y acercarme a Katia. Me enfurecía que ella hubiera sido testigo de mi vergüenza. Al

saber que necesitaba a dos estudiantes, como ponía el anuncio, dije groseramente:

—Es una mentira.

Ella metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un papel.

—Aquí está la dirección. Me parece que la he copiado correctamente.

—La dirección es correcta —respondí—, pero el anuncio es una mentira. No soy estudiante.

—Pero ¿da clases? —preguntó de nuevo con cortesía.

—Sí.

—Necesito un profesor de física. He suspendido esa materia. —Me tendió su mano—. Me llamo Katia. ¿Puedo sentarme?

Se sentó; yo estaba de pie delante de ella, con mis calcetines blancos. Vorobéichik rezaba vuelto hacia el este, y su voz unas veces se hacía grito y otras se recogía en un apasionado susurro.

—¿Está enfermo? —preguntó Katia en voz baja.

—Un poco —respondí yo.

—No se preocupe —dijo Katia—. Mi padre es médico. Estoy acostumbrada. En realidad, papá es bacteriólogo, pero a casa vienen toda clase de médicos. ¿A usted le gusta la medicina?

—No mucho.

—Por favor, no se niegue —dijo Katia—. Seré una alumna aplicada. Si usted se niega, mi madre encontrará algún viejo cretino y yo odiaré la física para el resto de mi vida.

—¿Dónde estudia?

—En el Instituto de Medicina. Estoy en primer año.

Yo no debía aceptar esas clases. El suspenso de Katia en física superaba con mucho mis conocimientos de la materia. Cuando supo que eso era lo que me preocupaba, sacudió la cabeza con terquedad.

—Tonterías. De todas maneras, usted sabe más que yo. Y, además, para algo están los libros.

Me dejó su dirección.

Al día siguiente fui a su casa por primera vez.

Katia vivía en el edificio de la Sociedad Médica de Járkov. Mientras subía a su piso me extravié en la amplia escalera principal. Gruesos

espejos de pared repetían mi imagen: a mi derecha y a mi izquierda subía desvergonzadamente por aquellos escalones de mármol un joven delgado y orejudo que vestía un blusón remendado, como los que usaba Tolstói, ancho y largo hasta las rodillas. Me daba miedo mirarlo. Pero me sentía orgulloso de las circunstancias que lo habían conducido hasta esa escalera.

Era después de los horarios de trabajo; los amplios y sonoros pasillos me confundieron. Un fuerte olor fétido golpeaba la nariz: allí se preparaba suero para toda Ucrania. Desde detrás de las altas puertas llegaban a veces extraños y penetrantes gritos y chillidos: eran los monos que gritaban y las cobayas que se quejaban de su destino.

Finalmente llegué a una puerta que tenía colgada una plaquita de cobre.

PROFESOR FIÓDOR IVÁNOVICH GOLOVÁNOV

La madre de Katia me recibió sin amabilidad: yo no podía gustarle. Y no porque fuera vestido de andrajos, sino porque mi persona no correspondía para nada a los gustos de la esposa de un profesor de San Petersburgo. Ana Gavrílovna sufría y se sentía humillada en nuestra ciudad, porque Fiódor Ivánovich había dejado la Academia Médico-Militar y había aceptado el puesto de director del Instituto Sanitario-Bacteriológico de Járkov.

Todo le disgustaba: el riachuelo Lopan en lugar del imperial Nevá, la pronunciación ucraniana, los adoquines mellados en lugar de los dados de madera de la perspectiva Nevski, y nuestra terrible arquitectura de comerciantes, en lugar de Rastrelli, Rossi y Voronijin. Y para coronar todo aquello, ese jovenzuelo judío que su alocada hija había traído a su casa como preceptor.

Ana Gavrílovna no fue nada ceremoniosa conmigo. Inmediatamente me dio a entender que yo era una insignificancia. Su gélida mirada reveló que yo no sabía estar de pie, ni sentarme, ni moverme por la habitación. Que hacía ruido al beber el té. Que en la mesa sujetaba el tenedor como si fuera un asesino. Yo tenía una manera de pronunciar las palabras que hacía que Ana Gavrílovna se estremeciera. Hay que reconocer, en su honor, que no disimulaba la

repugnancia que yo le causaba. Incluso durante mucho tiempo fue incapaz de pronunciar mi nombre, Boria, sin duda demasiado largo, y en su lugar me llamaba brevemente «jovencito».

Es curioso, pero yo no me ofendía con ella. La animadversión, expresada de una manera tan abierta, me divertía. Quien se enfadaba era Katia. Cuando Ana Gavrílovna se encarnizaba con especial furia contra mí, Katia gritaba:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Déjalo!

Nuestras clases de física marchaban espléndidamente. El programa del Instituto me ponía a menudo en un callejón sin salida, pero entre los dos superábamos con facilidad mi ignorancia. El dinero que me daba Ana Gavrílovna por las clases con una ceremoniosidad insultante, Katia y yo lo gastábamos en cualquier tontería. Me resultaba desagradable recibir un pago por la felicidad de estar cerca de Katia. Quise renunciar al dinero, pero ella se indignó:

—¡Usted se ha vuelto loco! ¡Es su trabajo! ¿Por qué tendría que hacerlo gratis?

No recuerdo cuando le declaré por primera vez mi amor. Durante quince años lo hice tantas veces que todas las declaraciones se funden en una sola.

Aquello ocurrió en las colinas del Parque Tecnológico —toda la ciudad se oscurecía allí abajo, envuelta en el crepúsculo—, y cuando pronuncié mis palabras, Járkov se encendió a nuestros pies, como si literalmente yo la hubiera hecho arder con la fuerza de mi sentimiento. Aquello ocurrió también en la plaza Rosa Luxemburgo, y en la calle Karl Liebknecht, en pestilentes callejones retorcidos, en puertas cocheras y en entradas de honor, en tranvías llenos hasta el tope, en los estribos de los trenes suburbanos. Aquello ocurrió en invierno, en otoño, en verano y en primavera. Bajo el sol, bajo la nieve y bajo la lluvia helada. Aquello ocurrió también el día en que se casó con Boleslav Tyszkiewicz, el agente plenipotenciario de la OGPU.¹ Y también el día en que se divorció de él. Y en el minuto en que supe que tenía un segundo marido. Y cuando yo me casé. Y siempre, cada vez que ella y yo estábamos juntos en la cama.

De todos los sentimientos humanos, quizá el más difícil de analizar sea el amor. Descompuesto en sus elementos más pequeños, muere; desmembrado, no vuelve a juntarse en un todo.

Me resulta complicado hablar de Katia, porque las peculiaridades de su carácter no dan una idea del milagro que ella era para mí. Eso no quiere decir que yo la hubiera idealizado. Yo era incluso desapasionado respecto a ella: cuando me señalaban sus defectos, yo no los negaba. Solo repetía obstinadamente:

—Eso no cambia nada, usted no la conoce.

Sin duda, quería decir que la mujer amada no se reduce a las peculiaridades de su carácter. Entre esas peculiaridades hay ciertos mundos inexplorados que solo el enamorado puede ver.

Así vivía yo, como si caminara por un túnel desesperadamente largo, al final del cual brillaba Katia. Y cuando la vida se me hizo insoportable, me trasladé a vivir en Leningrado. Corría el año 1929 desde el nacimiento de Cristo, y el año veinte desde mi nacimiento.

Mi madre me puso en la maleta dos sábanas, tres mudas de ropa blanca, un pantalón y una *tolstovka* limpia.

La víspera de mi partida fui a ver a Katia. Ella no sabía que me marcharía. Yo guardé esa noticia hasta el último instante, sin ninguna esperanza de que cambiara en lo más mínimo mi destino. ¿Con qué podía contar yo? Tan solo quería ver el horror reflejado en los ojos de Katia cuando ella oyera que al día siguiente yo ya no estaría allí.

Salimos de su casa y caminamos, como siempre, sin un rumbo definido, sin ver qué camino seguíamos.

... Treinta años más tarde llegué a Járkov sin un motivo preciso. Generalmente el encuentro con tu juventud suele ser conmovedor. Las casas y los patios parecen más pequeños. Todo se ve de una manera diferente a como se veía antes.

En mi no ocurrió así.

Vagabundeando por la ciudad intenté invocar, como si fueran espíritus, los antiguos recuerdos. Pero las calles y las casas estaban

mudas. Incluso los olores y los sonidos —esos sostenes de la memoria humana— habían perdido su vigor.

Caminaba por una capital de provincia común y corriente; la capital de mi biografía había desaparecido. Tal vez eso se explique porque en ese entonces yo estaba a tal punto cubierto de ruinas y de vestigios que no lograba emerger de entre ellos para ir al encuentro del pasado. Me di cuenta de que no había madurado, no había crecido, no había envejecido: era otro. Mi juventud no hacía juego con la continuación, pertenecía a otra persona. Me parece que muchos de los actuales ancianos experimentan el mismo sentimiento. Su vida también es un conjunto disparejo. Los pantalones no hacen juego con la chaqueta: su color y su corte son distintos.

Katia y yo caminamos hasta muy tarde y, solo al despedirnos, en el umbral de su casa, le dije:

—Mañana me marchó a Leningrado.

—¿Por qué? —preguntó Katia.

—Porque sí.

—¿Y cuándo volverá?

—Nunca.

—No diga tonterías —dijo Katia—. No puede marcharse.

—Y, sin embargo...

—No se atreverá a dejarme. Sin usted estoy perdida.

—Nada de eso —dije yo—. No se perderá en absoluto.

—Usted ha mentido cuando ha dicho que me amaba.

—En lo más mínimo.

—En lo más mínimo, ¿qué?

—No he mentido en lo más mínimo.

Ella se echó a llorar.

—Si usted se marcha mañana, haré algo horrible.

Yo estaba feliz de que ella llorara. Seguramente eso se notaba en la expresión de mi rostro.

—¡Es usted un cerdo sin sentimientos! —dijo Katia—. A nadie quiero más que a usted.

Me marché al día siguiente después de enviarle, desde la estación, un telegrama de despedida. Mientras la telegrafista contaba las

palabras, me puse delante de la ventanilla de tal forma que no se me viera la cara.

—¿No ha cometido un error? —preguntó la telegrafista—. Hay repeticiones. Se puede hacer más breve.

—No hace falta.

Me ocurría constantemente: los empleados de telégrafos siempre querían redactar mis telegramas a Katia. Tenían razón: lo que yo le escribía los distraía de su trabajo.

Iré sin falta a Samarcanda a verla, querida Zinaída Borísovna; una vez más, gracias por la invitación. Recibí la carta de Serguéi Pávlovich y le respondí de inmediato. Me escribe que le ha enviado a usted los diarios que Sasha escribió en el frente. Por favor, consérvelos hasta mi llegada.

Por lo que respecta a aquello que usted me solicita, Zinaída Borísovna, confieso no tener las fuerzas necesarias para cumplirlo. Si para usted fuera indispensable, dé por sentado que escribiré a todos los amigos de mi infancia que usted menciona en su última carta. Pero tengo la sensación de que a usted le parece indispensable para mí. Yo no siento que sea así.

Es tarde para trabar nuevas amistades y para restablecer las antiguas. En uno u en otro caso me vería obligado de nuevo a descubrirme y a evaluar lo que se abre frente a mí. A mi edad uno se pega a los amigos que ya conocen la manera de actuar y de pensar que uno tiene; las decepciones hacen envejecer prematuramente a las personas.

No, Zinaída Borísovna, una amistad de juventud, una vez interrumpida, raramente renace. Incluso más raramente de lo que puede formarse una nueva. Aunque solo sea porque de una antigua amistad se espera más de lo que esta puede dar.

El año pasado fui a Rostov. El auditorio del instituto en donde impartí mi conferencia estaba medio vacío. El calor de julio en el Don es agotador y el fresco del edificio había atraído a algunas personas que pasaban por allí. Mi conferencia, por lo visto, les interesaba poco. Los oyentes lograron transmitirme su estado de ánimo y

terminé de prisa y de una manera floja. Nadie me hizo ni una sola pregunta.

Sin embargo, cuando me dirigía hacia la salida, vi que en la puerta me estaba esperando una ancianita. Cuando llegué a donde estaba, me preguntó en voz muy baja:

—¿Es usted de Járkov?

Sin darme cuenta de lo que decía, debido al calor y a la fatiga, respondí:

—De Leningrado.

Me miró confundida y sonrió con tristeza. Así sonreía Valia Sneguiriova, mi exesposa, cuando yo le mentía. Valia y yo vivimos juntos poco menos de un año, hace ya casi cuarenta.

Entonces, junto a la puerta, estaba frente a mí una mujer de edad avanzada, sin formas, con una bolsa para las compras en la mano. Yo comprendía que ante ella también se encontraba un viejo raído y sudoroso debido al cansancio. El sentimiento de culpa que siempre he tenido en relación con ella me traspasó el corazón. Tomé su mano y comencé a murmurar incoherencias. Le aseguré que no había cambiado en lo más mínimo.

—De nuevo te estás justificando —se echó a reír Valia.

Salimos al bulevar que estaba muy caliente; hasta el cielo azul ardía de calor.

—Invítame a tu casa a tomar el té —le pedí.

—No puedo —dijo Valia—. Mi marido se ha tomado el día libre.

Al ver mi cara de sorpresa, ella añadió tímidamente:

—No soporta que se pronuncie tu nombre.

—Válechka —le dije—. Valiusha. Han pasado ya cuarenta años...

—¿Y qué? He hablado demasiado de ti.

Dios mío, icuántas cosas podía haberle contado de mí! Me casé con ella a los veintidós años, por no dejarla. Ella lo sabía. Vivimos juntos diez meses y cada uno de los días fue para ella un martirio. Con fanática crueldad la torturaba con mi amor por Katia. Por alguna razón me parecía que era lo más honesto. Me di cuenta demasiado tarde de lo que eso le costaba.

En aquel momento el camino nos llevó al bulevar de Rostov, bajo las acacias. Apacibles jubilados pasaban sus últimos días allí,

sentados en los bancos. Nos miraban con indiferencia y nosotros los mirábamos incapaces de imaginar qué pasiones se enzarzaban a espaldas de cada uno de nosotros. Y por las alamedas paseaban los jóvenes de los que nosotros pensábamos a la ligera y con cierto desprecio que su destino era más sencillo y más ligero.

—¿Cómo has vivido? —pregunté a Valia.

—He vivido —respondió—. Sería muy largo de contar.

—¿Tienes hijos?

—Dos. Ambos están casados. También ellos saben de ti...

—¿Y tampoco ellos pueden soportar que se pronuncie mi nombre?

—Al contrario. Para ellos sería muy interesante conocerte. —Rio con aire culpable—. No consiguen imaginar que su madre haya podido amar a alguien que no fuera su padre.

—Y si me vieran, ¿se lo imaginarían?

Ella asintió, sin detenerse a reflexionar.

—Tú has sido mi perdición —constató Valia.

Me había juntado con ella estando borracho, en una fiesta, en una ocasión en que había ido a Járkov a pasar las vacaciones en casa de mis padres. Abrumado por mis desencuentros con Katia, intentaba curar aquella herida de la que se escapaba mi amor. Me parecía que había que cerrarla rápidamente, de cualquier manera. Allí mismo, antes del amanecer, les anuncié a mis compañeros que me casaría con Valia. Tósik Zunin me llevó aparte y me dijo como disculpándose:

—Me parece que eres un canalla.

—Habló el talmudista —dije—. Ella está enterada.

Tósik se paró de puntillas, me cogió por los hombros con sus débiles manos y me acercó hasta él.

—¿Por qué lo haces?

—Quiero comenzar una vida nueva, Tósik. ¿Acaso no tengo derecho?

—Límpiate —dijo Tósik con repugnancia—. Tienes la jeta llena de lápiz de labios.

Cuando supo que me iba a casar, mi madre invitó a Valia a comer. Mi padre estaba de viaje. Mis hermanos se habían marchado a Leningrado hacía ya dos años. Para la comida, mi madre había

preparado el plato más succulento: tripas de ternera rellenas de harina y grasa. Los tres estábamos sentados alrededor de la amplia mesa y mi madre ponía en el plato de Valia los trozos más rosados.

—Gracias a Dios ha salido bien —dijo mamá—. No siempre se encuentran en el mercado. —Me miró—. Y ahora tú vas por un cubo de agua de la fuente y nosotras, a solas, conversamos un poquito.

Me demoré en la cocina y escuché cómo mi madre se dirigía con ternura a mi novia.

—Escúcheme, Válechka, no debe casarse con él. Conozco a mi hijo: la abandonará.

—¿Acaso es una mala persona?

—No, es muy bueno —respondió mamá—. Pero le ocurre algo verdaderamente trágico. Me incomoda revelar su secreto...

—Lo sé —dijo Valia—. Pero todo eso ya forma parte del pasado.

—¿Es él quien ha dicho eso?

—No, él no me lo ha dicho, pero yo lo siento...

—¿Y tu madre? —me preguntó Valia en el bulevar Rostov.

—Murió.

En Leningrado me instalé en el callejón Sapiorny, en el piso de un periodista retirado que había trabajado para las *Novedades de la Bolsa* de San Petersburgo.

Cuando me alquiló la oscura habitación de la servidumbre, junto a la cocina, lo primero que hizo el periodista fue invitarme al cuarto de baño para mostrarme cómo había que soltar el agua en el retrete.

—Le ruego que lo repita en mi presencia —dijo el dueño.

Su bigotuda esposa me advirtió que no debía utilizar ni la puerta principal ni la bañera.

—Lo que no quiere decir —añadió— que no deba usted hacer uso de los baños públicos.

El piso era silencioso como una bodega. De las habitaciones de los dueños no salía el menor sonido. Los esposos, calzados con zapatillas de fieltro, deambulaban silenciosos por el piso y aparecían, inevitablemente, a mi espalda.

Yo encendía la luz en la cocina, ellos la apagaban.

Yo abría el grifo del lavabo, ellos lo cerraban.

Yo aumentaba la llama del reverbero, ellos la reducían.

Antes de dormir, me llegaba el rechinar de los cerrojos, el tintineo de las cadenas y los polifónicos chasquidos de las cerraduras. Los dueños se encerraban en su piso a pasar la noche aislados del mundo y también de mí. Aparentemente, no se aburrían de vivir en esa cruel soledad: la sospecha y la desconfianza hacia otras personas quitan mucho tiempo y mucha energía. Custodiado por esos sentimientos, uno se mantiene ocupado durante días enteros. Una persona confiada lo pasa menos bien: la soledad se hace insoportable para ella.

Durante los primeros tres meses no vi Leningrado.

Después de guardar el dinero que había traído de Járkov en diversas cajas de cigarrillos vacías, me puse a prepararme febrilmente para los exámenes de ingreso en el Instituto. Todo el miserable dinero en efectivo que tenía lo había cambiado en los almacenes por noventa porciones iguales: a razón de un rublo por día. ¡Cómo me tentaban aquellos billetes doblados cuidadosamente! Para resistir, limité mis paseos a tristes rutas: la calle Baséinaia, aburrida como una chimenea, los trozos de callejones que se encontraban cerca del mío y la impersonal calle Známenskaia —eso era todo lo que me permitía.

Presenté mis documentos en el Instituto de Medicina Número 2.

En esta ocasión mi vergonzosa procedencia social no desempeñó ningún papel fatal para mí. Me suspendieron en el primer examen de literatura. *El torrente de hierro* de Serafimóvich —el tema que me tocó— fue mi perdición. Escribí que era una novela aburrida y mala en que ni uno solo de los personajes merecía ser recordado. Arañado por mi propia libertad de pensamiento, me dediqué ingenuamente a mordisquear con mis dientes de leche una obra que en aquellos años pasaba por ser un clásico. El suspendido que me pusieron en la composición me impedía obtener el promedio que, de acuerdo con mi categoría, necesitaba para aprobar.

La despreocupación de la juventud es una bendición: genera actos intrépidos que más tarde suelen ser calificados de inevitables. Y es

que, en realidad, son actos que poseen la santa inevitabilidad de la despreocupación.

Mi dinero se agotaba. La última caja de cigarrillos contenía ocho billetes de un rublo: ocho días de existencia. Los cambié por monedas en los quioscos e hice pilas de cincuenta kopeks, duplicando así mi capital.

Ni siquiera se me ocurría que podía volver a casa, a Járkov. Me encontraba en ese estado de inquebrantable imprudencia fisiológica que enfurece a las personas de edad.

—¿En qué confía? —le pregunta el anciano al adolescente.

El adolescente no puede responder, ya que no confía en nada y al mismo tiempo confía en todo. En que de pronto encontrará una billetera en la calle, en que, de repente, se abrirá la puerta de su habitación y entrará un hombre respirando con dificultad que le dirá: tenemos un magnífico trabajo para usted, le rogamos encarecidamente que no lo rechace. En los cálculos del joven entran el sol de la mañana, el mediodía, la tarde y la noche. Y la propia inmortalidad.

Cuando recogí los documentos del Instituto, sentí alivio. Durante cuatro años seguidos había hecho todo lo que había podido. Basta, me dije, ya es suficiente. ¡La gente también vive sin educación superior!

De pronto tuve mucho tiempo libre. Podía, por fin, ver Leningrado. En varias ocasiones me habían dicho que la visita de la ciudad debía comenzar por el mirador de la catedral de San Isaac.

Cuando llegué a la parte alta del mirador no me puse a pensar, como Rastignac sobre las alturas de París, que a mis pies se extendía una ciudad que yo debía conquistar. No, simplemente pensé que, en aquel panorama indiferente, también para mí habría un pequeño lugar.

¡No podía no haberlo!

—Charlemos —le dije con emoción—. ¿No me reconoces?

—Usted me recuerda a alguien —respondió él, mirándome sin fijarse.

—Mírame con más atención.

—Su voz me resulta familiar —dijo él—. La he oído en algún lugar.

—¿Y la cara?

—No logro recordarla.

—No importa. Al diablo con ella. Seguramente he cambiado mucho. ¿Ves esta cicatriz que tengo aquí, debajo de la mandíbula?

—La veo.

—Tú tienes una igual.

—Puede llegar a ocurrir —dijo él.

—¿Por qué tienes esa cicatriz? Espera. Te lo voy a decir yo. Cuando tenías cuatro años, se te inflamó una amígdala de tanto comer los helados de Iarotski, los de la calle Rybnaia. Tu padre...

—¿Conocía usted a mis padres? —preguntó él rápidamente.

—Yo era su hijo.

—No invente historias —dijo él—. Nunca he tenido un tercer hermano.

—Ni yo.

—Pues entonces... —dijo con impaciencia—. ¿Necesita algo de mí?

—Sí.

—¿Qué?

—Que hables conmigo. Necesito comprender quién eres. Lo sé todo acerca de ti, pero no todo lo entiendo. Y puedo serte útil.

—Si se refiere usted a consejos, tengo más que suficientes.

—¡Comprende, yo sé cómo terminará todo esto!

—¿En qué sentido? —preguntó con desgana.

—Sé por todo lo que tendrás que pasar. Se te pondría la piel de gallina si te lo contara.

Sonrió.

—No sé por qué a los ancianos les encanta asustar a los jóvenes. Seguramente también me dirá que todo me lo encontré ya listo y que en su época se vivía mejor.

—¡Mi época... es tu época! —exclamé con voz desesperada—. Por favor, cree en el milagro: ¡yo soy tú!

Por primera vez me miró con atención.

—¿Qué edad tienes?

—Sesenta años.

—No está mal —dijo él—. Quiere decir que aún tengo cuarenta años por delante.

—¡Estúpido! —grité—. ¡No tendrás tiempo ni de mirar atrás cuando estos ya habrán volado!

—Esto sí que es una banalidad —dijo él—. Yo ni siquiera a los sesenta años quisiera decir cosas semejantes.

—Tienes razón —asentí—. Perdóname... Es horrible que tú y yo no podamos entendernos. ¿Acaso no te preocupa tu futuro?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Asentí con la cabeza.

—¿Está usted casado?

—Sí.

—¿Con Katia?

—No.

Perdió todo interés por mí.

—¿Y eso es todo? —Me asombré—. ¡Nos separan cuatro décadas! Pregúntame algo más.

Me di cuenta de que lo había aburrido. Yo sabía que le urgía ir al club Vladímir, donde —por primera vez en su vida— iba a apostar sus últimos tres rublos a la ruleta, «al rojo».

—¿Volaremos a la Luna? —preguntó por cortesía.

—Volaremos... ¡Pero antes de eso habrá una guerra!

Dios mío, cuán banal resultaba todo lo que yo decía.

—Y la ganaremos —dijo con convicción.

Me repugnaba mirarlo. Un mocoso que apenas había terminado la escuela, un vago incapaz de ganarse el pan, un psicópata sexual que no veía nada a su alrededor aparte de a su chica, para quien él no valía más que un comino...

—Vete —le dije—. Vete, arrapiezo de Járkov. ¡Ya tendrás tiempo de bañarte en lágrimas de sangre!...

Y se marchó.

Como escribirían hoy los periódicos: no conseguimos entablar una buena conversación.

Yo malcomía, acabándome algunas provisiones que me habían enviado mis padres.

Mis anuncios seguían colgados en tableros especiales, rodeados de otros gritos hambrientos de preceptores como yo.

Mis últimos tres rublos los derroché en el club Vladímir, en la casa de juego de los malversadores y de los hombres de la NEP. Eso ocurrió a una velocidad tan absolutamente vertiginosa que ni siquiera tuve tiempo de resentir la amargura de la pérdida.

El crupier gritó con voz ronca: «Hagan sus apuestas». Furtivamente, como si fuera un ladrón, pasando los brazos por detrás de los cuerpos de quienes rodeaban la ruleta, coloqué los tres papeles de un rublo en un extremo de la mesa; luego, en medio del silencio cargado de perfume, sudor e inquietud, oí una especie de zumbido; y todo acabó.

Ni siquiera pude ver la cara de los jugadores: la espesa empalizada de sus espaldas y de sus nuca, recorrida a intervalos regulares por un estremecimiento de inquietud, me ocultaba la mesa.

Me puse de puntillas y vi, antes de irme, el peinado laqueado del crupier, flotando en medio del humo de tabaco. Estaba sentado en una tarima. La gran sala se hallaba en penumbra y solo la cabeza de aquel estafador estaba rodeada de un nimbo de luz eléctrica.

La sala de la ruleta estaba situada al final del club. Cuando me dirigía hacia la salida, pasé por varias salas igualmente sofocantes y oscuras. Solo estaban iluminadas las largas mesas, cubiertas de paño verde. Allí se jugaban juegos de comerciantes: el bacará y el *chemin de fer*. Personas desconocidas entre sí —hombres y mujeres— estaban sentadas alrededor de las mesas. Jugaban en silencio, como fantasmas. Todavía conservo la sensación de irrealidad de lo que allí ocurría. Yo mismo me sentía irreal aquella noche.

No me quedaba dinero para el tranvía. Caminé por la perspectiva Nevski, de la estación de Vladímir a la de Moscú. Al haber salido de la casa de juego, la perspectiva Nevski se me presentaba bajo otra luz, a través de la niebla de las pasiones y del vicio.

A las puertas de los restaurantes los cocheros hacían guardia, sentados en los pescantes. Los caballos, cubiertos de redes azules, bellos como de bronce, movían sus nerviosas patas.

Las prostitutas, en las que antes no había realmente reparado, me hablaban, como si adivinaran que a un jugador podían serle necesarias. Paseaban en las esquinas y delante de los aparadores iluminados de los almacenes, vestidas con su ropa de batalla y pintadas como pieles rojas. Cuanto más me acercaba a la estación de Moscú, más harapientas y desvergonzadas me parecían. Junto a la calle Pushkin, no lejos de los baños, eran ya ramera no muy jóvenes, con las jetas muy rojas y que a una versta de distancia apestaban a vodka, a tabaco y a pequeñas escobillas de baño.

Aquella noche me parecía que toda la perspectiva Nevski había perdido, se vendía y se compraba.

A la mañana siguiente fui a la bolsa de trabajo.

Más de una vez había estado allí, pero siempre había salido con el corazón afligido: la muchedumbre se desparramaba junto a la entrada. La sala de la Bolsa estaba rodeada de rejas detrás de las que se encontraban sentados los empleados. Un murmullo se levantaba desde diversas filas de desempleados. Cuanto más se alejaba uno del objetivo, más se engrosaban aquellas filas; al final se fundían en una desordenada mezcolanza que salía a la avenida Krónverskaia.

Aquella mañana, me sentía lleno de decisión. Lo primero que había que hacer era darse de alta en una ventanilla. Justamente aquello que nunca había podido hacer, ya que no sabía quién era. Cada ventanilla se encargaba de determinada profesión. Yo me consideraba un trabajador intelectual, pero en mis manos no tenía sino un papel que certificaba que en algún momento efectivamente había nacido, y que aún existía.

Allí, en la sala, tuve que hacerme a la idea de otro oficio. Para mi fortuna aquel día había llegado una petición del mercado de San Nicolás: el almacén de medicinas que se encontraba en el mercado pedía cargadores.

Durante casi un mes cargué sacos en ese almacén: había que llevarlos desde el sótano —por una tabla vacilante, empinada a través de una abertura— hasta el segundo piso. Yo no sabía de qué estaban llenos aquellos malditos sacos, pero eran enormes y apestaban a medicamentos.

Después de haber respirado aquel olor durante todo el día, no conseguía comer. Debilitado por el ayuno, no conseguía cargarlos por la tabla. Se convirtió en un círculo vicioso: para vivir tenía que trabajar en el almacén, pero trabajando en el almacén no podía vivir.

Subir por la vacilante tabla empinada con un inmenso saco sobre la espalda se hacía cada vez más difícil. Los últimos dos o tres pasos ya me resultaban especialmente intolerables.

El peso me aplastaba.

Me detenía extenuado.

Estrellas verdes y rojas lanzaban destellos ante mis ojos.

—¡Eh, intelectual! ¿Te has quedado pensativo? —me gritaba sin maldad el almacenero desde abajo.

Y entonces me acordaba de Katia.

Ella aparecía frente a mí en la abertura de la escotilla.

—Usted lo puede todo —me decía—. Lo espero aquí arriba.

Me dirigía hacia ella con mis piernas vacilantes.

La religión de mi amor por ella me salvó más de una vez.

—Usted lo puede todo —escuchaba yo su voz cuando no podía más.

—Usted no teme nada —decía Katia, cuando estaba terriblemente asustado.

—Lo amo —me llegaba su susurro en el instante en el que se abatía sobre mí la soledad.

¿Por qué recordamos, de una manera más tierna y viva una juventud que fue difícil antes que una juventud sin dificultades? ¿Quizá porque tuvimos las fuerzas suficientes para no desmoralizarnos?

Una pequeña fechoría me ayudó a levantarme. Mi hermano se apiadó de mí y me dio su certificado para la bolsa de trabajo. Teníamos las mismas «viniciales», como decía la registradora de la bolsa de trabajo. Ese documento certificaba que su portador era profesor de matemáticas en los cursillos de perfeccionamiento para cocineros. Aquellos cursillos ya no existían, de manera que yo podía darme de alta en la bolsa de trabajo.

¡Y pensar que mi vida dependía de una casualidad tan insignificante!

Cuando uno se acuerda de su pasado remoto, lo más complicado no es reconstruir en la memoria los hechos, ya que estos acuden involuntariamente y se acumulan; los pensamientos de aquella época y la actitud que entonces se tenía hacia la realidad circundante no dejan de atormentarnos.

Lo más difícil, al recordar la juventud, es limpiarse los pies en su umbral, y entrar en ella desnudo, desprovisto de la experiencia y de los pensamientos actuales.

Cuando me impongo ese esfuerzo sobrehumano, a través de mis ojos se abre un mundo que ignora la ley de la gravedad. Aquel joven desnudo, en aquel lejano planeta, tenía el andar ligero de un semidiós: con un movimiento fugaz de inmediato se separaba de la tierra. Caminaba sobre la tierra con pies alegres. Y tomaba las decisiones de las que quizá dependía su destino ulterior sin detenerse a pensar.

Si algo le resultaba incomprensible, lo consideraba inexistente.

La infalibilidad de sus juicios abría ante él un sendero liso como una pista de aterrizaje.

Ignoro hasta qué punto ese joven es típico de aquel tiempo. ¿Y acaso importa saberlo?

¿En qué pensaba yo en aquellos años? ¿De qué vivía?

De la complicidad con todo lo que sucedía en el mundo. Para mi juventud no existían las distancias: todo lo que me inquietaba ocurría a mi lado.

A mi lado se declaraban en huelga los mineros de Inglaterra, del otro lado de la pared se extendía Granada, a la vuelta de la esquina construían Magnitka y Dnieprogués, bajo mis ventanas paseaban Maiakovski y Bábel, Pasternak y Bagritski.

En mi juventud no había juegos. El fútbol y el hockey aún no habían sido inventados para nosotros. Incluso el ajedrez no existía en nuestro mundo.

Cuando nos reuníamos, no jugábamos a nada. Conversábamos.

Yo me entrometía en el curso de los acontecimientos y en el destino de las personas. Todo lo que sucedía alrededor dependía también de mí. Los problemas mundiales esperaban ansiosos mi

participación. Yo era generoso: mi persona bastaba para el globo terráqueo.

Mis juicios se basaban en una premisa fantástica: las personas desean la justicia y detestan la opresión. La bajeza humana era para mí una categoría de clase social.

Creía en lo que decía. Y decía lo que creía.

En esta ocasión, la sección de trabajadores intelectuales de la bolsa de trabajo me nombró profesor en una escuela del FZU que se encontraba en el monasterio de Alexandr Nevski, en el edificio en el que antiguamente vivían los monjes.

Dos veces al día debía atravesar el famoso cementerio, caminando frente a las tumbas.

Al hacerlo no experimentaba ningún estremecimiento.

Todo lo relacionado con la antigua estructura de la vida y de la muerte me parecía enterrado para siempre en los libros de texto. Vivía en una apresurada y hambrienta curiosidad por el día siguiente: al llegar la noche se borraba lo que había sucedido por la mañana. No comprendía aún que un hombre sin pasado es como el insecto que vive un solo día.

Mi escuela, la escuela Timiriázev del FZU, formaba mecánicos de automóviles. Los «conejillos de la fábrica» (así llamaban entonces a los aprendices) tenían una formación tan diversa que me veía obligado a desmenuzar las matemáticas en fragmentos minúsculos para que pudieran tragarlos sin masticar.

En aquellos años se inventó un término especial para designar ese método: propedéutico. Me daba vergüenza preguntar qué significaba esa palabra, y hasta ahora no he encontrado el tiempo para aclarar su verdadero significado.

Sin embargo, su esencia consistía en transmitir un pensamiento que exigía una demostración científica de una manera casi circense.

Para la lección de geometría, me presentaba ante mis «conejillos» cargado de retazos de madera. Los colgaba en la pared, junto al pizarrón, y tiraba de un cordel, como si fuera un prestidigitador, y entonces resultaba que un gran cuadrado de madera, apoyado sobre

la hipotenusa, se descomponía en dos cuadrados pequeños, que se apoyaban sobre los catetos.

Lo hacía con increíble ligereza, pero al comienzo me parecía que en un rincón de mi clase sollozaba en silencio el viejo griego Pitágoras.

¡Cuántas veces, ya mucho más tarde, trataron de inculcarme, mediante el mismo método «propedéutico», verdades incomparablemente más discutibles que el inmortal teorema de Pitágoras!

Trabajé poco tiempo en la escuela del FZU. Difícilmente alguno de mis alumnos me recordará: a nadie fui capaz de enseñarle nada que valiera la pena.

Pero ellos, esos chicos y chicas sin hogar y sin preocupaciones, me enseñaron una cosa: el deseo de ser comprendido. Cuando entras en un aula, en donde detrás de los pupitres hay sentados jóvenes ignorantes pero ávidos de saber, abriendo frente a ti sus ruidosos picos de chova, no te puedes permitir el canallesco lujo de no ser comprendido.

Fue en esta escuela donde me pagaron mi primer sueldo: trescientos rublos. Aquello era diez veces más de lo que, hasta ese entonces, yo gastaba cada mes.

El viejo chófer que enseñaba a conducir a los chicos de mis grupos se encontraba detrás de mí, en la cola frente a la caja, para recibir su sueldo. Al ver la cara de tonto que puse mientras repartía los billetes en mis bolsillos, me dijo:

—Tengo algo que decirle, camarada profesor.

Lo esperé a la salida, suponiendo que la conversación se referiría a nuestros alumnos: ya había ocurrido que él y yo nos ayudáramos mutuamente.

Los chicos querían al viejo; él había conducido los primeros coches que aparecieron en Rusia, había participado en alguna carrera, había trabajado como chófer para un gran duque. Entre aquel gran duque y él había surgido un malentendido. Tras haber bebido con el zar en el Palacio de Invierno, el gran duque quiso sentarse al volante del coche. Stepán Ivánovich no cedió a semejante capricho. Al comienzo

intentó disuadir al noble de buena manera pero luego, sin poder contenerse, le cubrió de palabras soeces. El gran duque se disgustó, también él perdió la paciencia, y entre ellos tuvo lugar una riña irreparable.

—Y dejó de existir ese respeto que nos habíamos tenido —contaba Stepán Ivánovich—. Pedí que me liquidaran lo que me debían. Y justamente en ese momento tuvo lugar la revolución de febrero.

—¿Y nunca más volvió a verlo? —preguntaban los chicos.

—No les voy a mentir, no volví a verlo nunca más.

Al mirar a Stepán Ivánovich, yo no podía dudar de la veracidad de su relato. Era un hombre autónomo; nuestro pueblo utiliza esa expresión. En lo que se refiere al gran duque, el diablo sabrá lo que pasó con él. Había toda clase de grandes duques. Uno de ellos escribió «El pobre murió en un hospital militar», lo que tampoco es característico de la familia Románov.

Cuando me encontré con Stepán Ivánovich a la salida, atravesé con él el monasterio, hasta salir a la perspectiva Staro-Nevski.

—Tomémonos una cervecita —propuso el viejo.

Entramos en la llamada Cervecería Cultural. El viejo pidió un par de cervezas; allí las servían con guisantes salados y rosquillas saladísimas.

A mí no me gustaba la cerveza, pero por respeto a Stepán Ivánovich la bebí lentamente, a pequeños sorbos.

—La de tonterías que pueden verse —dijo el viejo de pronto—. ¿Por qué ha de llamarse precisamente Cervecería Cultural? Si aquí me emborracho a muerte, cultural o no, ¿qué acabaré siendo?.. El mismo cerdo. ¿Sabe quién inventó eso de lo «cultural»? Un muzhik de aldea. Llegó a la ciudad y quiso deshacerse de su ignorancia. Por eso comenzó a llamar a las cosas de una manera nueva: peluquería cultural, retrete cultural. Juntó una palabra seria con una porquería y tan contento.

Yo contesté algo en el sentido de que la aspiración a la cultura era un fenómeno positivo. Stepán Ivánovich asentía cortésmente, pero escuchaba sin ningún interés. De pronto, en medio de una frase, me interrumpió:

—Como todavía no se ha casado, debería encargarse un traje.

Involuntariamente miré mi ya gastada *tolstovka*.

—Si lo desea —dijo Stepán Ivánovich—, podemos ir a ver a un sastre que conozco. Antes cosía fracs. Ahora trabaja en un taller especializado. Cose tanto para los jorobados como para los funcionarios importantes.

No era fácil ser recibido en ese taller, pero el viejo chófer me ayudó. Me hice con una orden y el famoso sastre fue advertido de mi existencia. Por lo que pude comprender, Stepán Ivánovich era su amigo desde hacía mucho tiempo. Fui aceptado en el taller y no me importaba en calidad de qué: como jorobado o como funcionario especial.

Recuerdo muy bien a ese sastre, no porque me hubiera cosido mi primer traje, sino porque de alguna manera asombró mi imaginación.

La primera vez que entré en el taller, Jacob Zajárovich se encontraba tomando té.

Un tanto alejados de él, sentados alrededor de anchas mesas y con las piernas cruzadas, estaban los operarios que cosían pantalones.

Sentado a una pequeña mesa separada de las demás, Jacob Zajárovich bebía su té con limón. Canoso, esbelto y elegante, con un pañuelo de color en el bolsillo superior de una chaqueta de terciopelo excelentemente cortada, se levantó a recibirme. Tomó con descuido la orden que yo llevaba en la mano y la colocó sobre la mesa sin siquiera mirarla.

—Con su permiso, terminaré de beber el té —dijo Jacob Zajárovich.

Me alargó una revista de modas.

—Mírela —dijo Jacob Zajárovich—. Me sentiré muy triste si elige alguna cosa de aquí.

A los veinte años yo no tenía una idea muy precisa de las modas y por eso hojeaba la revista sin ningún entusiasmo. La posibilidad de no elegir nada me parecía satisfactoria.

—Manos a la obra —dijo Jacob Zajárovich levantándose y desentumeciendo sus largos dedos, como un músico frente al piano—. Le ruego que camine hasta la ventana y luego vuelva hacia mí.

Como hechizado llegué hasta la ventana.

—Compórtese con más soltura —pidió suavemente Jacob Zajárovich.

Me acerqué a él, tal como me lo había ordenado.

Me colocó sus manos ligeras sobre los hombros, y con una apenas perceptible presión de los dedos, pareció extraer de mi figura la melodía, audible solo para él, de mi futura chaqueta.

No era charlatanería. Tenía frente a mí a un artista. En pocos minutos, yo era su tema favorito.

—Lidia Nikoláievna —llamó Jacob Zajárovich—, le ruego que anote las medidas.

Y cuidadosamente, recorriendo mi cuerpo con sus dedos, dictaba en voz baja, no de corrido, sino haciendo pausas, durante las que ciertas sombras de inquietud y algunas ideas le atravesaban el rostro.

—Hombro derecho: dieciocho centímetros —dictaba Jacob Zajárovich—. Izquierdo: diecisiete. El omóplato derecho está medio centímetro más arriba que el izquierdo.

Seguramente se percató de mi confusión, porque dijo:

—No se asuste: cada persona está hecha a su manera. Y solo un verdadero maestro es capaz de descifrar ese secreto.

Nunca en mi vida he tenido un traje mejor cortado que el que me hizo Jacob Zajárovich. Incluso doce años más tarde, cuando en el invierno de 1941, durante el sitio a Leningrado, tuve que venderlo, obtuve por él, en el mercado Kuznetski, un precio fabuloso: tres kilos de orujo.

Pero, de cualquier forma, no fue por eso por lo que Jacob Zajárovich me llegó al alma, sino por haber sido el primero en dirigirse a mí como a una persona «hecha a su manera», como a una persona que no se parece a ninguna otra.

Apenas había logrado restablecerme cuando todo se derrumbó de golpe. El profesor Golovánov y su familia regresaron de Járkov a Leningrado.

Katia y yo no nos habíamos visto en más de un año. Durante ese tiempo yo había recibido de ella dos cartas que traducían sus

sentimientos, pero que no decían nada de su quehacer. Yo mismo le había escrito cartas semejantes: fuera del tiempo.

Por una de sus cartas, comprendí que se había separado del agente del OGPU Tyszkiewicz y que se había casado con el actor Astájov. Katia lo mencionaba de pasada, como si se tratara de un hecho que se sobrentendía.

Se había unido a Boleslav Tyszkiewicz en la época en que yo aún vivía en Járkov.

Ese rubio misterioso, con un rostro inalterablemente noble de intelectual asceta, era unos diez años mayor que nosotros. Incluso al mirarlo, imaginaba a qué podía parecerse. Un hombre, cuya profesión era la lucha diaria contra la contrarrevolución, no podía corresponder, para mí, a una apariencia exterior determinada. Su rostro, aun cuando yo lo miraba, estaba socavado por la leyenda.

Katia disparó contra ese rostro con un revólver.

Ella y yo habíamos estado paseando y, sorprendidos por la lluvia, llamamos a la puerta de Tyszkiewicz, que vivía cerca del jardín de la universidad. Al vernos empapados, nos dio algo de su ropa. A mí me tocó la gabardina y Katia se puso los pantalones de montar, la guerrera y las botas altas. Los dos, Tyszkiewicz y yo, la mirábamos con ojos enamorados.

Ella caminaba por la habitación, haciendo resonar las botas que le quedaban demasiado grandes.

En la mesita de noche, junto al diván, había un revólver con las balas desparramadas alrededor. Katia lo cogió y, frunciendo el ceño, apuntó a Tyszkiewicz.

—¿Tiene miedo? —preguntó ella.

—En absoluto. El revólver no está cargado.

—Pero dicen que no hay que bromear con las armas —dijo Katia.

—Eso dicen —contestó Tyszkiewicz.

—¿Y usted no tiene ni siquiera un poquito de miedo?

Él se encogió de hombros, sin apartar de ella su mirada fascinada.

—Está bien —dijo Katia—. Yo solo daré la orden, como en los libros.

Y ella dio la orden:

—Contra los enemigos de la revolución: ¡fuego!

La habitación pareció estallar por el disparo. Tyszkiewicz cayó. Pero de inmediato, poniéndose de rodillas y sosteniendo su rostro ensangrentado, dijo:

—Recuérdelo: yo estaba limpiando el revólver... Colóquelo cerca de mí...

La ambulancia se llevó a Tyszkiewicz diez minutos más tarde. La bala le había atravesado la mejilla sin tocar el hueso. En el acta se escribió que la herida había sido el resultado de un manejo descuidado del arma por parte de su propietario.

Ese disparo fue definitivo en el destino de sus relaciones. Katia cuidaba a Tyszkiewicz mientras este estaba enfermo. Ella se sentía terriblemente culpable y al mismo tiempo sentía una inmensa admiración por la valentía de Tyszkiewicz. No quedaba nada más que recompensar a Boleslav con lo más precioso que poseía: ella misma.

Su matrimonio provocó horror en los padres de Katia. Ana Gavrílovna no podía soportar que un chequista se sentara junto al samovar, a la mesa del té, en la casa de un profesor de San Petersburgo. Ella habría maldecido a su hija, si no hubiera sabido que a Katia la tenían sin cuidado sus maldiciones. Fiódor Ivánovich se horrorizó tanto como su esposa —todo, excepto el trabajo, lo hacía como su esposa—, pero la lucha contra las enfermedades infecciosas le interesaba más profundamente que lo que ocurría en su casa alrededor del samovar.

—Exijo que hables con ella, Fiódor —lo machacaba Ana Gavrílovna.

—Sin falta —asentía él.

—Kátienka —detenía a su hija en el pasillo del Instituto de Medicina—, tú y yo tendríamos que hablar de...

Poniéndose de puntillas, ella le besaba en la mejilla.

—He estado en tu conferencia. ¡Eres un encanto, papá!

—¿De verdad te ha gustado?

—¡Inmensamente! ¡Y a todas las chicas también!

Fiódor Ivánovich recordaba de pronto su pesado deber de padre y murmuraba:

—El caso es que...

—El caso es que mamá te ha pedido que hables conmigo. A ella no le convence Tyszkiewicz. Y a mí no me convence que a ella no le convenza. Puedo perfectamente no ir a vuestra casa. Pero tú vendrás a verme en secreto, ¿verdad, papá?

Confundido, él respondía:

—Está bien.

En casa, Ana Gavrílovna le preguntaba:

—¿Has hablado con ella?

—Sí, he hablado con ella.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Ha prometido reflexionar.

Ese matrimonio estaba condenado al fracaso desde el primer día. Tenía su base en el entusiasmo de Katia. Cuando ese entusiasmo se desgastó hasta casi consumirse en los recodos de la convivencia cotidiana, de pronto resultó que Tyszkiewicz era una persona absolutamente ordinaria. Su significativo silencio se explicaba por el hecho de que no tenía nada que decir.

Para todos nosotros existía en aquel entonces un sistema seguro con ayuda del cual estimábamos el valor de una persona: la poesía. Ninguno de nosotros, excepto Sasha Beliavski, escribía versos, pero la pasión por la poesía era, para nosotros, un axioma.

Cuando aullábamos Blok y Gumiliov, Maiakovski y Pasternak, a Boleslav Tyszkiewicz se le borraban las facciones del rostro. Nos miraba con ojos amables y muertos. Y Katia no podía perdonarle eso.

Comprendo perfectamente hasta qué punto era superficial juzgar a las personas según ese principio. Pero qué hacer, si aún ahora continúa pareciéndome que la persona que florece con los versos —«al descubrir un motín a bordo, del cinturón sale la pistola, de forma que el oro se desparrama desde los encajes de los rosados puños de Brabante»— intuye algo que yo también intuyo. Es como una especie de santo y seña para volver atrás, a mi generación.

Y yo quiero volver; ha desaparecido en mí toda curiosidad por el futuro.

Devolvedme el Járkov de mi pasado. Con la desgarrada pelliza de oveja que yo usaba durante el invierno. Con los calcetines blancos.

Con el desayuno más apetitoso del mundo: pan con pepinillos salados y té con sacarina. Con el ligero tufo de la chimenea cerrada prematuramente. Con el sótano en el que daba el sol. Con aquellos melones de agua, que en Leningrado llaman tontamente sandías. Con el olor a estiércol de caballo. Con el jardín de la universidad, donde yo atrapaba con una redcilla las mariposas macaón. Con el Járkov detenido, repleto de sirenas de barcos, el día de la muerte de Lenin. Mi madre. Maiakovski en persona, en el escenario del teatro. El cinema Apolo en la calle Moskóvskaia. Un puente encorvado sobre el río Lopan: en él planeé mi suicidio. La mesa pascual en la calle Chernoglázovskaia. Un trocito de pan ázimo, simplemente así, para el sabor. Eso no me convertirá en nacionalista. El profeta Elías lanzando un rayo. La palabra «camarada», que oí allí por primera vez.

La verdad que yo conocía. La fe en la que creía.

El azar quiso que en aquella enorme ciudad, Katia se convirtiera en mi vecina: los Golovánov se instalaron en el callejón Oziorni. ¡Y yo que durante todo un año había pasado frente a ese callejón, ingenuo, sin sospechar siquiera el significado que adquiriría para mí cuando Katia se estableciera en la casa de la esquina!

Todas las calles cercanas —la calle Známenskaia, hasta entonces impersonal, la calle Baséinaia, triste como una chimenea—, todas las rutas de tranvía iban ahora a dar al callejón Oziorni, deteniéndose junto a la casa de la esquina.

Aquella casa de la esquina agonizó durante mucho tiempo para mí, poco a poco y por partes. Primero se secaron y se cayeron las ventanas, luego la gangrena alcanzó la entrada principal y solo el balcón se mantenía sobre los desvencijados soportes de mis recuerdos. Incluso hoy, ese balcon descascarillado y vacío para siempre sigue colgando sobre la calle como si nada hubiera pasado.

Yo no conocía al nuevo marido de Katia, el actor Astájov. Pero seguramente ella le había contado algo de mí, ya que me recibió como a un antiguo y buen conocido.

Pequeño, rápido, redondo, sin dos dientes en la parte delantera de la boca, Ígor Arkádievich Astájov no parecía un actor. Le costaba

tanto trabajo como a Tyszkiewicz acostumbrarse a vivir en casa de los Golovánov. Además, Astájov no ganaba casi nada. Había algo que no funcionaba en su trabajo artístico, que siempre era ocasional: unas veces formaba parte de la compañía de un teatro temporal y otras de otro, pero esas interrupciones no le descorazonaban. Él estaba entregado a ciertas nuevas ideas teatrales, de las que yo no entendía nada.

Astájov estaba lleno de sentimientos amistosos hacia mí. Incluso parecía que yo era merecedor de su especial confianza justamente porque amaba a su esposa. En ocasiones tenía la impresión de que Astájov buscaba atarme las manos con su confianza. Enredado por él, me sentía un canalla. Cuando se peleaban, yo por lo regular tomaba el partido de Astájov. En ello no había ninguna lógica, salvo la de que ambos amábamos desmedidamente a Katia.

Creo que ella nunca comprendió cuánto me hacía sufrir la cercanía de su familia. Desgarrado por los celos, buscaba defectos en Astájov pero no los encontraba. Trataba de hallar consuelo en el monstruoso carácter de Katia, examinando con esmero sus defectos, murmurándolos en voz alta para convencerme mejor, pero todo desaparecía al menor contacto con ella.

Cuando la situación me resultaba insoportable, me esfumaba. Pero ella no lo permitía. Venía Astájov.

—¿Dónde se había metido? —preguntaba.

—Tengo mucho trabajo.

—Tonterías —reía Astájov—. No se haga el tonto. Venga a tomar el té. Katia le está esperando.

—No puedo, tengo... que corregir cuadernos.

Se sentaba junto a mí en la cama, sin quitarse el abrigo. Su rostro redondo y bondadoso se iluminaba de comprensión.

—¿Acaso Katia lo ha ofendido?

—No.

—Soy de confianza —decía Astájov, mirándome a los ojos—. A mí puede contarme las cosas.

—Pero si no hay nada que contar. Sencillamente estoy ocupado: debo revisar treinta exámenes.

Astájov suspiraba.

—Los dos me tienen harto. Ella, allá, llora porque usted no va a verla, y usted, aquí, refunfuña que tiene cuadernos que corregir. ¡Y lo más gracioso es que soy yo quien debe poner orden en sus relaciones! Levántese. ¡Vamos!

Y yo me levantaba e iba. Durante el camino, mientras me sujetaba por el codo, Astájov me pedía:

—No se enfade con ella. Katia está en la mejor disposición hacia usted.

Katia se alegraba tanto cuando yo llegaba que me quedaba paralizado de felicidad. Tomaba el té con ellos, deteniendo el tiempo: nada que no fuera aquella mesa a la cual ella estaba sentada en ese momento me hacía falta. Ni siquiera la presencia de Astájov me oprimía demasiado. Había aprendido a persuadirme con palabras de Katia:

—¡Cuándo comprenderá, por fin, que usted es especial! ¿Le parece poco?

Lo decía con tal vehemencia, con un poder tal de convicción, que yo me ablandaba y me rendía. Pero en cuanto me separaba de ella, turbias oleadas de celos me azotaban contra los muros de los edificios. Aquella misma mesa para tomar el té, donde acababa de ser tan feliz, aquel mismo Astájov, de cuyas amables bromas me había reído hacía apenas unos instantes, y Katia, la misma Katia, siempre la misma Katia que pertenecía a otro, me desgarraban. Daba vueltas por el callejón Oziorni, ocultándome a la sombra de los edificios; se iluminaban para el mundo entero las tres ventanas de la esquina, la puerta de la entrada principal golpeaba, impulsada por un fuerte resorte, la gente entraba y salía de esa casa sin enterarse de en qué casa entraban ni de dónde salían, y allá, en el cielo, seguía colgado el balcón señalado por mi tortura. Era el único que había de un lado al otro del horizonte. Se apagaba una ventana, luego otra: eso aún se podía soportar. Pero la tercera ventana, la del dormitorio, retumbaba dentro de mí con su luz y, cuando la luz se debilitaba, yo, como muerto, me levantaba de la tierra y me arrastraba hasta mi callejón Sapiorni.

Arrestaron al profesor Golovánov el año 1930. A ninguna de las personas que conocía de cerca a Fiódor Ivánovich podía habersele ocurrido que fuera culpable de algo.

Mucho más tarde, seis o siete años después, los parientes y los amigos de los arrestados aprendieron un arte terrible: el de adivinar por qué razón habían desaparecido el padre o la madre, el marido o la esposa, el hermano o la hermana.

En el desesperado deseo de justificar para sí mismo lo ocurrido, de justificarlo, no para sobrevivir sino para vivir: para ir al trabajo, educar a los hijos, comer, beber y dormir; para sonreír, amar, mirarse a los ojos, para tener esa posibilidad y el derecho a tenerla, el hombre se volvía endemoniadamente inventivo: buscaba las causas del arresto y las encontraba.

Las personas llegaban incluso a creer sinceramente en la legitimidad de la demencia que reinaba: el fanatismo es siempre más asequible que una actitud racional respecto a la realidad. Quien cree a ciegas comienza por no exigir explicaciones, y termina por no soportarlas.

La verdad de aquellos años trágicos ahora se ve desplazada. El antiguo fanático dice con orgullo: sí, me equivoqué, pero me equivoqué no en solitario sino con todos, con los mejores representantes del pueblo. En cambio, quien se arriesga a sostener que él, ya en ese entonces, comprendía todo el horror de lo que estaba ocurriendo es visto con sospecha: en el fondo, resulta culpable de no haberse equivocado. No se le puede creer: otra vez podría no equivocarse con todos los demás. Nos ciega la magia de la razón constante y eterna que posee la mayoría. Pero la historia conoce no pocos casos en los que la minoría tenía la razón.

El arresto de Fiódor Ivánovich el año 1930 fue para todos aquellos que le conocían de cerca un malentendido que muy pronto habría de resolverse.

Ana Gavrílovna no se separaba del teléfono; esperaba que en cualquier momento llamaran y le comunicaran que su marido había sido puesto en libertad. Katia corría a abrir la puerta: le parecía que su padre llegaría de repente.

La familia no llevó a cabo ninguna gestión particular: en aquella época aún no habíamos aprendido la insensatez de las peticiones dirigidas al más alto nombre; teníamos fe en la justicia. Esa fe fue reemplazada después por una fórmula inhumana: cuando se tala el bosque, vuelan las astillas. Pero cuando incluso esta resultó insuficiente, vino a sustituirla otra: el fin justifica los medios.

Esas fórmulas no llegaban de arriba, no se pronunciaban desde las tribunas; eran las personas quienes, a fuerza de sufrimiento, las extraían de sí mismas para poder explicar lo inexplicable, para conservar —aunque solo fuera para sí mismos— la fe en una vida no vivida en vano.

Ana Gavrílovna llevaba paquetes con provisiones, pero no se los aceptaban: Golovánov estaba siendo investigado. Sus colegas del Instituto no se rindieron y continuaron visitando a Ana Gavrílovna hasta que corrió la voz de que en Kiev y en Moscú habían arrestado a dos importantes bacteriólogos más. Según los rumores, se preparaba un proceso colectivo.

El amigo más fiel de la familia resultó ser un hombre a quien no querían en casa de Golovánov, y que había estado allí solo por Pascua y por Navidad.

Ana Gavrílovna no quería a Vólkov, un especialista en anatomía patológica, por su rudeza, su inclinación al alcoholismo y su apariencia siempre descuidada. Era de todos sabido que en sus conferencias el profesor Vólkov, no siempre sobrio, hacía preguntas de doble sentido a las estudiantes, haciéndoles evocar especialmente aquellas partes del organismo humano de las que más se avergonzaban las chicas. Todos sabían que el profesor bebía alcohol con el portero de la sección de anatomía.

Vólkov había enterrado a su esposa diez años antes; había muerto de tifus. Desde entonces vivía solo, de una manera sombría y descuidada. Sus pantalones estaban deshilachados, llevaba los tacones de los zapatos eternamente torcidos, y en las solapas de su chaqueta había manchas parduscas: testimonio de lo que había caído de la boca del profesor mientras comía. En su piso vivían dos viejos gatos, herencia de su mujer, que se habían vuelto salvajes, y cuya lana llevaba siempre en la ropa.

Vólkov no era un excéntrico. Simplemente vivía de acuerdo con reglas distintas a las del resto de la humanidad. El contacto durante largos años con los cadáveres en la sala de disección le había enseñado el desprecio por la vanidad humana. Las autoridades del Instituto le temían: podía ser, de golpe, de una insolencia descomunal.

En cierta ocasión, un nuevo vicedirector —mal informado respecto a Vólkov— lo llamó a su despacho y, entre otras cosas, de manera muy amable, le pidió que prestara mayor atención a su apariencia.

—Lo tomaré en cuenta —dijo Vólkov, y asintió con su cabeza despeinada. Luego observó despacio a aquel vicedirector de mejillas carmesíes, de aspecto juvenil y prematuramente obeso y dijo:

—Apariencia... De los dos, seguramente será más desagradable hacerle la autopsia a usted que a mí: con tanta grasa se ensucia uno por todos lados...

Vólkov iba a visitar a Ana Gavrílovna con aire confuso, como si fuera culpable de lo sucedido. No pronunciaba nunca ninguna frase de compasión, se quedaba poco tiempo, y tosía en voz baja. A veces decía sin que viniera a cuento:

—Ayer, en la isla Krestovski, cantaba un ruiseñor. Me gustaría investigar cómo está hecha su garganta.

Al principio, Ana Gavrílovna se sorprendía de sus visitas regulares, pero luego se acostumbró a él e incluso se inquietaba si durante uno o dos días Vólkov no aparecía.

—Sería necesario consultarlo con Antón Ignátievich —decía ella, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que pedir consejos a Vólkov.

Completamente deshecha por su pena, Ana Gavrílovna deambulaba por el piso, sacando de los escritorios, los armarios y las maletas viejas fotografías de Fiódor Ivánovich, sus cartas, los libros escritos por él, las tarjetas y los telegramas de felicitación enviados del mundo entero con motivo de su sexagésimo aniversario. Lo extendía todo a su alrededor como si fuera un solitario que solo ella conocía, en espera de que llegara algún personaje importante que lo viera, se indignara y diera inmediatamente la orden de poner en libertad a su marido.

Pero ese personaje importante no llegaba, y cada vez era más grande el número de amigos atemorizados; solo ante Vólkov era posible desplegar una y otra vez la vida complicada y útil de Fiódor Ivánovich.

—Este es Fedia durante la peste. Y aquí cuando el cólera. Este es él con la toga de la Universidad de Cambridge.

Resoplando y tosiendo, Vólkov examinaba las fotografías. A veces farfullaba:

—Canallas.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué? —le preguntaba Ana Gavrílovna—. No comprendo nada, querido Antón Ignátievich. Tal vez tendríamos que ir a algún sitio, decir algo a alguien...

—¡Mamá, basta! —la interrumpía Katia—. Papá no es culpable de nada. Ha sido una equivocación y ya la corregirán. Ya verás cómo incluso nos pedirán perdón.

—¿Puedo beber un poco de vodka? —preguntaba de pronto Vólkov.

Se levantaba, se dirigía al recibidor, sacaba del bolsillo de su abrigo de piel un frasco de farmacia con alcohol; luego iba a la cocina y después de vaciar el contenido del frasco en una taza de té, le añadía una tercera parte de agua del grifo. Vólkov era ya uno más de la casa en ese hogar destruido. Después de beber un trago, Vólkov aspiraba ruidosamente el olor de una corteza de pan y luego la masticaba. Una taza de alcohol no era suficiente para emborracharlo.

Un día, al salir de casa de los Golovánov, Vólkov hizo una seña a Katia invitándola a salir a la escalera.

—No he dicho nada a su madre, pero me siento obligado a decírselo a usted. Propuse a esos canallas del Instituto que escribieran una protesta. Se negaron. No he vuelto a darles la mano... —Vólkov sopló para quitar las hebras de tabaco encendidas que habían caído sobre el cuello de su abrigo de piel—. Su padre ha enfermado en la prisión. Uremia. Se había declarado en huelga de hambre.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Katia.

—Lo dijo Dzhanelidze. Ha operado esta mañana a Fiódor Ivánovich. Ha salido mal.

Al día siguiente, el juez de instrucción llamó a Ana Gavrílovna por teléfono para comunicarle que su marido se encontraba en la sección de cirugía de la clínica de la Academia de Medicina Militar y que, si lo deseaba, podía visitarlo.

Katia acompañó a su madre.

Golovánov se encontraba en una habitación individual. Estaba inconsciente. Su rostro lívido, de barba blanca, reposaba sobre una almohada también blanca. Ana Gavrílovna no lograba comprender que no la escuchaba.

—Mamá, comprende... —la detenía Katia, que se encontraba de pie a los pies de su padre, para que en cuanto este despertara viera primero a su hija y no la pared del hospital.

—Déjame en paz —se la quitaba de encima Ana Gavrílovna—. Lo comprende todo perfectamente... Imagínate, Fedia, ¿sabes de quién nos hemos hecho amigos? ¡De Vólkov! Yo pensaba que era un zopenco, pero no, ha resultado una persona encantadora. Todos, todos, te envían miles de saludos...

Entró el profesor Dzhanelidze, tomó la reducida mano de Golovánov, se inclinó sobre él, levantó uno de sus párpados y, sin incorporarse, dijo a Ana Gavrílovna:

—Su marido ha muerto.

El sepelio de Golovánov fue inesperadamente tumultuoso. Como si su muerte hubiera roto el pasmado miedo. Asistieron sus excolegas de la Academia, los médicos de toda la ciudad, que habían estudiado con los libros de Fiódor Ivánovich, y también los estudiantes. Había una tristeza doble en ese entierro: había muerto un preso que no había sido puesto en libertad.

Cuando bajaron del catafalco el ataúd con el cuerpo y se preparaban para llevarlo a la tumba, cavada en la tierra dura como el hierro a causa de la helada, Vólkov se acercó al jefe de cátedra de bacteriología, con un movimiento del hombro lo apartó del ataúd y le dijo en voz baja pero muy claramente:

—Golovánov me lo perdonará. Lárguese de aquí. Si no lo hace, le partiré la cabeza.

Una semana más tarde, me instalé en el callejón Oziorni; me lo pidió Ana Gavrílovna, que temía que les quitaran el espacio habitable que se había liberado en la vivienda.

La vida con los Golovánov me resultó muy pesada. La desgracia que nos había unido adquirió con el tiempo una forma cotidiana en la que yo me sentía de más.

La pena de Ana Gavrílovna se convirtió en la razón de su existencia: vivía para recordar a Fiódor Ivánovich y para cultivar su recuerdo siempre con nuevos detalles. No había pose en su actitud, pero su pena hacía una selección muy estricta: solo mantenía cerca a las personas que se mostraban cómplices y que podían serle útiles. Esas personas eran necesarias para la pena como el combustible para el fuego. Todo lo que no tenía que ver con la pérdida se volvía para Ana Gavrílovna ofensivo e inconveniente.

Ese régimen de triste viudez se hizo tan despótico que ni siquiera Katia lo soportaba. Sufría profundamente por su padre, pero quería seguir viviendo, sin detener su vida en el momento en que él había muerto.

Astájov y yo nos sentíamos culpables en aquella casa. Pero Ígor Arkádievich tenía una razón para estar allí: él podía amar abiertamente a Katia y Ana Gavrílovna no se ofendía por ello. En lo que se refería a mí, mi presencia la protegía de las impertinencias del administrador del edificio, pero al mismo tiempo yo era un recordatorio de lo profundamente que su vida había cambiado.

Yo habría tenido la paciencia y la fuerza suficientes para resistir esa situación —Ana Gavrílovna me daba lástima—, pero lo que acababa conmigo era vivir al lado de Katia sin tener ningún derecho sobre ella.

Ante mis ojos, Astájov hacía con Katia, todos los días y a cada instante, lo que debía hacer yo. Me expoliaba, me despojaba.

Pasábamos juntos las veladas. Yo tenía mi lugar en su mesa. Tenía todo en esa casa: mi toalla colgaba en el baño, mi abrigo en el perchero del recibidor, mis pantuflas estaban debajo de mi cama. Pero, al mismo tiempo, nada en aquella casa me pertenecía. Mi única propiedad era un dolor que no me abandonaba.

Por las noches, acostado en mi cama, escuchaba atentamente el silencio de los demás. Del otro lado de la pared me llegaban los ronquidos de Astájov: él se atrevía a roncar junto a Katia. Él se atrevía a todo, acostado junto a Katia. Cuando de pronto los ronquidos se interrumpían, la vida se detenía en mí. Me cubría la cabeza con la almohada y, conmocionado por el silencio, me dedicaba a farfullar fórmulas algebraicas. Pero, a pesar de las plumas de la almohada, a pesar de la elegancia de las deducciones, mi imaginación enfermiza me hacía volver a la superficie.

Los domingos por la mañana desayunábamos juntos. Katia preguntaba:

—¿Con quién habla por las noches?

—Con nadie.

—No mienta, señor maestro. —Astájov me guiñaba un ojo—. Anoche escuchamos cómo hablaba y hablaba desarrollando algún tema.

—Ocurre en sueños —dijo Katia—. ¿Qué soñaba?

—Alguna lección, probablemente.

—Tenía una voz extraña —dijo Katia—. Quise incluso golpearle la pared, pero Ígor no me lo permitió.

—Era una voz como cualquier otra —replicó Astájov—. ¿Por qué te metes con él?

No podía seguir viviendo así. Víctima del insomnio, iba a impartir mis lecciones en la escuela y allí, en el aula, ante la vista de los chicos, volvía en mí. La sensación de ser indispensable me hacía recuperarme. Esa característica del trabajo pedagógico ha acudido en mi ayuda más de una vez. El aula, los pupitres, los rostros de los alumnos dirigidos hacia mí, la limitación de los cuarenta y cinco minutos, el involuntario sentimiento de autoestima, suscitado por la necesidad inmediata de realizar una acción importante, todo eso me sujetaba, literalmente, del cuello y me sacudía con estruendo. Daba mi clase.

A mis espaldas, codo con codo, se encontraban algunos buenos preceptores, probados durante siglos: Sháposhnikov, Váltsev, Kiseliov y Rybkin. Al lado de la precisión de las verdades que ellos habían predicado, mi dolor se convertía en algo aproximado. Sentía

vergüenza ante Sháposhnikov y Váltsev, Kiseliov y Rybkin. En esencia, yo era aún un jovenzuelo semianalfabeto: la hazaña de los autores de los manuales despertaba en mí un respeto sin medida.

Las pobres matemáticas que yo sabía continúan suscitando mi admiración. Los mundos se destruyen, pueblos enteros se sumen en la barbarie, las diferentes épocas se traicionan a sí mismas, pero las líneas paralelas se cortan solo en el infinito.

De acuerdo, volad a la Luna, sintetizad la proteína, pero, por favor, dejad en paz a mis líneas paralelas. Un hombre viejo y cansado debe tener al menos una verdad sobre la que pueda descansar su alma.

Y así, me encontré en los Urales, en la ciudad de Sverdlovsk, que en el año 1931 aún se recordaba a sí misma como Ekaterimburgo.

Todo ocurrió repentinamente.

En el tablón de anuncios que se encontraba en el pasillo de la escuela Timiriázev, alguien colgó el aviso de que el comité regional del sindicato de maestros reclutaba voluntarios para trabajar en los centros de enseñanza de los Urales.

A mí me daba absolutamente igual a dónde ir y a quién enseñar. Debía desaparecer. En ese entonces aún no me había dado cuenta de que el hombre está privado de esa posibilidad: vaya a donde vaya, el peso principal de su vida le sigue a velocidad moderada.

Esta vez yo sabía que Katia no lloraría mi partida. No estaba para eso. El periodo de exámenes, las constantes riñas con su madre y la precaria situación de Astájov la alejaban de mí.

Al saber que me había ofrecido de voluntario, dijo:

—Bueno, quizá tenga usted razón.

El enfado me hizo responder:

—Los detalles por carta.

—¡Dios mío, qué tipo más repugnante es usted! ¿Por qué se enfada?

—No me haga caso. Es puro nerviosismo. Debido a una larga abstinencia. Se pasará en Sverdlovsk, me esforzaré por conseguirlo.

—No se atreverá —dijo Katia.

—Me atreveré. Ahora ya sé cómo se hace. He aprendido mucho acostado al otro lado de su pared.

—Lo odio —dijo Katia.

—No tiene demasiada importancia —contesté yo.

El tren salía a las seis de la tarde. Desde temprano por la mañana, cuando todo el mundo dormía, yo había estado intentando hacer mi equipaje.

Una gran cesta se encontraba colocada sobre dos sillas y, a su alrededor, en el suelo, en la cama, sobre los alféizares de las ventanas, por todos lados estaban desparramadas mis cosas. Intenté guardarlas una detrás de otra, sin orden ni concierto, pero cuando la cesta quedó completamente llena, en la habitación todavía estaban dispersos la mitad de mis harapos. Me habría gustado dejarlo todo e irme con lo que traía puesto. Esa casa estaba acabando conmigo.

—Caballero de Grioux —me dije a mí mismo—. ¡Vaya mierda!

La cesta no cerraba. Me senté sobre su crujiente tapa y a duras penas pude atar las cuerdas.

El departamento municipal de instrucción pública de Sverdlovsk me destinó a la universidad comunista (*komvuz*) de los Urales-Siberia. Comencé a llamarme asistente de la cátedra de matemáticas. Mis clases, desde ese momento, pasaron a llamarse conferencias.

Nombres tan formales —universidad, cátedra, conferencia— consolaban mi vanidad de nuevo en ciernes; creo que, con toda seriedad, me consideraba un trabajador científico.

Aquel estado de entusiasmo pedagógico me golpeó. Ese entusiasmo se veía favorecido por el hecho de que en la universidad comunista yo podía derrochar todo lo que sabía. El trabajo se tragaba cualquier tipo de informaciones que yo hubiera extraído de la vida. No eran muchas y cuando regresaba a mi casa, en la ciudad universitaria, después de mis clases en la plaza de la Venganza Popular me sentía vacío y desfallecido.

El nivel de conocimientos de los estudiantes de la universidad comunista era tan bajo que incluso mi formación autodidacta estaba cubierta para ellos por las nieves eternas de una cumbre difícil de alcanzar. Frente a mí, en una villa que había pertenecido al millonario Demíдов, se sentaban secretarios de comités regionales

del partido, células de granjas y fábricas del partido, presidentes de soviets rurales y de comités ejecutivos de la región; se trataba de personas ya no muy jóvenes que procuraban no perder ni una sola palabra de aquella escasa reserva de conocimientos que yo compartía pródigamente con ellos.

La infancia de mis estudiantes había transcurrido en aldeas y casas de labor. Habían aprendido a leer y a escribir con los diáconos de aldea, en las escuelas que dependían de las iglesias, en las escuelas de tres cursos de las pequeñas ciudades. Era inconcebible que se pudiera llenar el abismo sin fondo que se abría entre su experiencia vital y su incultura. La universidad comunista lanzaba a través de ese abismo endebles puentes, contruidos apresuradamente, con cualquier cosa que hubiera a mano. Solo con un buen sentido de equilibrio se podía caminar por ellos.

A mí me resultaba más sencillo que a los otros profesores. Yo no tenía que acucillarme ante mis estudiantes, me quedaba de pie cuan alto era. La veneración que sentían hacia las matemáticas no me parecía ingenua. Comprender el principio de la división de fracciones decimales los llenaba de una admiración que yo compartía con ellos. Para mí era un milagro poder enseñarles algo.

Yo mismo había inventado mi sistema de enseñanza. Los estudiantes de la universidad comunista no eran receptivos a las categorías abstractas. Y yo quería ser comprendido a cualquier precio. Desplegando una destreza sobrehumana, intentaba encontrar una aplicación en la vida cotidiana para cualquier concepto matemático.

—¿Dónde se aplica esto en la vida, en la práctica? —me preguntaban cada día los estudiantes.

Esa pregunta no me molestaba. En aquel entonces, la consideraba completamente natural. Me parecía indiscutible que incluso los acontecimientos políticos pudieran ser vistos desde un punto de vista matemático. Ideaba problemas sobre los temas relativos a la producción, a la defensa y a la agricultura colectiva. Había inventado incluso problemas que abordaban el «sabotaje» y las «desviaciones en el interior del partido».

Estaba convencido de que las matemáticas eran una ciencia de clase. Ese punto de vista estaba muy extendido en aquel entonces y yo lo compartía sinceramente y lo profesaba. Los ojos de mis estudiantes se encendían con una llama enfermiza cuando les contaba que existían las matemáticas de los *kulak* y las matemáticas de los obreros unidos a los campesinos pobres.

En el *Anti-Dühring* y en la *Dialéctica de la naturaleza*, encontré tres o cuatro ejemplos que me servían para fundamentar mi posición, aunque Friedrich Engels no tenía nada que ver con todo aquello.

Ahora, cuando me vuelvo hacia aquella época, quisiera poner un cuidado especial en no modificar la concepción del mundo, imperturbable, que tenía entonces. Sin embargo, me resulta muy difícil no darme cuenta hoy de que justamente en aquellos años maduraba en la gente la disposición a cegarse por medio de la fe. Todo el asunto consiste, me parece, en lo siguiente: la fe, dirigida como un faro hacia el sendero que uno sigue, ilumina solo un minúsculo trozo de nuestro largo camino; pero la fe que proyecta su luz sobre nuestros ojos nos ciega. Los faros de aquella época nos golpeaban en la cara, de frente.

Por lo menos en mi caso ocurrió así. Algunas de mis confusiones alcanzaron su punto álgido durante el año 1931. Eso no quiere decir que más adelante fuera capaz de discernir con facilidad entre lo que está bien y lo que está mal. Solo comencé a permitirme el lujo de perderme. Por cierto, así todo es más amargo al recobrar la vista.

La ciudad universitaria se construía a unos cinco kilómetros de Sverdlovsk.

Allí, en pleno campo, en plena estepa, colocaron de prisa y corriendo unos burdos edificios. No había calles entre ellos y parecía que en aquel lugar, bajo el inmenso cielo, se hubiera extendido un pétreo campamento de gitanos. Las tiendas de seis pisos parecían remiendos multicolores; la parte baja estaba hecha de ladrillo rojo y para la de arriba se usaba lo que estuviera al alcance de la mano: piedras grises, blancas o amarillas.

Las ventanas y las puertas no tenían goznes ni picaportes, los marcos quedaban fijos para siempre con cientos de clavos, las puertas colgaban de retazos de cuero sin llegar a tocar el suelo; el suelo estaba revestido de tablas hechas de pinos recién cortados que, al secarse, gemían y rezongaban. Los indómitos vientos de los Urales se colaban silbando por debajo de los antepechos de las ventanas y tiraban el estucado al suelo. El aire iba y venía por el largo pasillo semioscuro, que se iluminaba solo gracias a dos ventanas, una a cada extremo.

Los estudiantes llegaban a instalarse en los edificios aún no concluidos de la ciudad universitaria, en medio del polvo, el estruendo y la locura de la construcción. Encima de sus cabezas se edificaban nuevos pisos, debajo de sus pies se extendía el suelo; el agua herrumbrosa de las tuberías solo llegaba hasta la tercera planta. A lo largo de los estrechos cuartos de baño se alineaban tinajas de hierro y sobre ellas estaban suspendidos los lavamanos de los que colgaba un trozo de cañería. El fuerte olor a amoníaco hacía que los ojos lloraran y producía picazón en la garganta.

Yo era feliz. Me habían dado una habitación en el quinto piso del edificio reservado para la universidad comunista. Una ventana, tan larga como la pared, hecha de pequeños cristales que deformaban la luz, daba al lejano lago Shartash. La niebla procedente del Shartash rezumaba por las hendiduras, depositándose durante la noche sobre mi manta de paño, semejante a las de los orfanatos.

Yo era feliz. Tenía una ocupación que no me dejaba tiempo para volver sobre mí mismo. A mi alrededor vivía gente a la que yo le era indispensable. Y agradecido, yo les quería.

Según la concepción del mundo que yo tenía en aquel entonces, aquellas personas poseían algo de lo que yo no conseguía tener una idea clara. En mi opinión, sus esfuerzos, su voluntad y su intelecto eran propiedad del Estado. Para mí ellos eran ascetas que sacrificaban su bienestar en aras del pueblo.

Rociados por las malignas lluvias de los Urales, cubiertos por la nieve, con el barro hasta los tobillos, con las piernas metidas hasta las rodillas en los montones de nieve, cubiertos por el fino polvo de las estepas, caminaban todas las mañanas cinco kilómetros, desde

nuestro edificio hasta la plaza de la Venganza Popular, a la universidad comunista. La oscuridad se cernía sobre la tierra cuando, por el mismo camino, regresaban a la ciudad universitaria. Una insignificante beca les permitía alimentarse sin saciar el hambre, siempre de pie y con prisa.

No había nada en las tiendas de la ciudad. Latas de conserva vacías se apilaban detrás de los vendedores embrutecidos en aquella soledad. Con esas mismas latas se levantaban torres de castillos en los escaparates. Y colgaban carteles que advertían: IMITACIÓN.

En los diarios escribían que la soja y la margarina son mejores para la salud que la mantequilla y que la carne. Pero no había a la venta ni soja ni margarina. Los sabios demostraban, en las ratas, que una alimentación demasiado abundante es perjudicial, en tanto que la continencia en la comida es sana. Aquel año la ciudad de Sverdlovsk vivió de una manera sana.

A ninguno de nosotros, en el edificio de la residencia estudiantil de la universidad comunista, se le ocurría siquiera que se pudiera vivir de otra manera. Comíamos nuestra escasa sopa de col en el comedor estudiantil, bebíamos un té tibio y turbio —sin azúcar— y, con la cabeza en alto, recostada sobre las nubes, respirábamos el aire enrarecido del futuro.

No recuerdo haber tenido nunca, como entonces, esa sensación tan grande de ser poseedor de la razón. La utilidad inmediata de mi trabajo como profesor duplicaba mi fervor: los estudiantes de la universidad comunista empezaban de cero, y por eso el nivel de sus conocimientos se elevaba a ojos vistas.

Solo mucho más tarde se me hizo evidente un rasgo común de su mentalidad. Cuando las personas, a los treinta o cuarenta años, se enteran de cosas que deben saber los niños y que estos recuerdan con facilidad, sin invertir en ello las fuerzas decisivas de su conciencia, en esas personas, que ya no son tan jóvenes, lastradas por la experiencia que les ha dado la vida, se produce un fenómeno dramático: el conocimiento retrasado de nociones elementales se fija firmemente en su cerebro de adultos, haciéndolos torpes y poco receptivos a conocimientos ulteriores, de nivel más alto. Renuncian con dificultad a lo que han conseguido con un esfuerzo infernal. Y,

por lo tanto, mantienen una actitud demasiado respetuosa hacia aquellos conocimientos banales y simplificados que asimilaron a una edad avanzada y poco propicia.

Incluso muchos años después —incluso ahora— de vez en cuando reconozco entre mis interlocutores casuales a antiguos estudiantes de la universidad comunista. Los reconozco precisamente por esos rasgos característicos de su manera de pensar. Los más dotados e influyentes de entre ellos iban a parar, a veces, al Instituto de Formación de Profesores de Marxismo-leninismo, o a las academias industriales; conseguían altos puestos, muchas veces eran buenos trabajadores; sin embargo, muchos de ellos continuaban llevando el mismo sello común: para ellos el mundo era blanco o negro, la variedad de sus colores no era percibida por su lógica. Su manera de abordar los complejos problemas de la ciencia, del arte e incluso de la vida era simplista, y a veces de un elemental tremendo.

Durante mucho tiempo yo también viví distinguiendo solo dos colores: el blanco y el negro.

La habitación de la residencia estudiantil que me asignaron era para dos personas; la compartía con un profesor de matemáticas, Arseni Grigórievich Posmysh.

Posmysh era tonto. Poseía una desagradable manera de escribir en el aire con un dedo, como si lo hiciera en una pizarra: cuando hablaba movía el dedo corazón de la mano derecha frente a la cara de su interlocutor. De esta manera Posmysh sugería sus lamentables pensamientos de forma escrita y oral a la vez. Seguir la punta de su dedo me mareaba.

Pese a todo esto, su rostro delicado, hermoso y expresivo ostentaba unos labios irónicos. ¿De dónde, por qué injusta combinación de genes habían llegado hasta Posmysh aquel rostro delicado y aquellos labios irónicos e inteligentes de escéptico? Con ese aspecto que le había dado el azar podría haber hecho desdichado a un sabio que se hubiera pasado la vida atormentado por la fisonomía entusiastamente tonta de Posmysh, tan ajena a él.

Ya sé que no me comportaba bien con él. Ahora tengo remordimientos por mis duros juicios de entonces. Posmysh

enseñaba las matemáticas mejor que yo. Él las amaba y las conocía a la perfección. Pero la convivencia con él y su insaciable sed de comunicación eran para mí un auténtico martirio.

Posmysh llevaba un diario en un grueso cuaderno con cubiertas de hule. En su diario no tocaba las insignificancias de la vida cotidiana. Anotaba pensamientos. Las citas de libros de grandes escritores, desnudas como cables de alta tensión, producían cortocircuitos en el cerebro de Posmysh y se consumían sin haber iluminado su conciencia. Lo golpeaban con su descarga y después se perdían en la tierra.

Los amplios márgenes de aquel cuaderno estaban sembrados de anotaciones de Posmysh: «¡Nota bene!», «Completamente de acuerdo», «Discutible», «Poner en práctica», «Reflexionar en los momentos de ocio».

Durante tres meses compartí con él la misma habitación. Su prudencia, su pedantería e incluso su benevolencia me exasperaban.

Por las mañanas me decía:

—Confío en que tu sueño haya sido reparador.

Y antes de dormir escribía en el aire con su largo dedo medio:

—Permíteme desearte sueños agradables.

Tenía un sueño insultantemente profundo para mí y se despertaba siempre sonriente.

Supongo que yo envidiaba su tranquilidad espiritual. A veces tenía deseos de hacerlo enfadar, pero nunca lo conseguí. En respuesta a mi grosería, él contestaba:

—Júpiter, estás enfadado; eso significa que no tienes razón.

Me parece que sentía compasión por mí. Me parece que compadecía sinceramente a quienes no se parecían a él. Era la piedad de la incompreensión.

Le gustaba decirme:

—Si yo estuviera en tu lugar...

—¡Tú no estarás nunca en mi lugar! —gruñía yo.

Posmysh me llevaba diez años. Y yo sabía con certeza que él no podría estar en mi lugar... Por otro lado, no era un lugar muy envidiable.

Cuando Valia Sneguiriova vino desde Járkov, Arseni se puso su traje de calle. Estaba más nervioso que yo. Un mes antes de la llegada de Valia, le conté que me había casado.

—Te felicito con toda el alma —dijo Posmysh—. Y confío en que las cadenas de Himeneo no impedirán nuestra íntima amistad.

Sin que yo se lo hubiera pedido, fue a ver al administrador de la residencia y le pidió un lugar en otra habitación.

—Si necesitas dinero para proveerte de lo necesario —me ofreció Posmysh—, mi cartera está a tu disposición.

Nervioso, vino a vernos la primera noche; sin cruzar el umbral de la puerta, le tendió a Valia un ramo de flores.

—Le deseo a usted y a su marido —dijo Posmysh— una felicidad completa en su vida privada y éxitos creativos en el trabajo.

En aquellos tiempos aún no se había inventado esa poderosa forma de felicitación. Pero Posmysh poseía el asombroso don de adivinar incluso las vulgaridades venideras.

Él era amable conmigo. Y, en especial, con Valia. Sin advertir que ella tenía los ojos hinchados por las lágrimas, Posmysh admiraba todo lo que ella hacía: el té muy cargado, las cortinas en las ventanas, el armario que había comprado. Iba con Valia al cine y cuando la acompañaba de vuelta a casa, me decía en tono juguetón:

—Espero que no estés celoso.

Le leía en voz alta fragmentos de su querido cuaderno con tapas de hule.

Como continuaba maravillándose ante nuestro hogar, no veía la creciente soledad de Valia, ni la mía.

Sasha Beliavski le dijo la verdad, Zinaída Borísova: yo actué de una forma indecorosa con Valia.

Es lo que pienso ahora. En aquella época no pensaba así.

Entonces creía que los matrimonios no se celebraban en el cielo sino en la cama. Ahora yo, al igual que usted seguramente, digo a los jóvenes que la pasión inicial es reemplazada por algo incomparablemente mayor: la amistad, la afinidad espiritual y la responsabilidad mutua. Pero ojalá Dios me concediera, Zinaída Borísova, experimentar de nuevo —aunque solo fuera una vez—

aquella furia de enemistad, aquella irresponsabilidad total que pone al rojo vivo el amor joven. Ojalá Dios me concediera retorcerme de nuevo en esa llama.

Valia terminó en Sverdlovsk sus estudios en la escuela técnica musical; se había marchado de Járkov para cursar allí el último curso. Cuando acabó, fue enviada a trabajar en un orfanato. Su trabajo como educadora musical no le interesaba. Dado el giro que habían tomado las relaciones entre nosotros, difícilmente hubiera podido entusiasmarle ningún trabajo.

No nos peleábamos. Pienso que era atento con ella. Unos días antes de su llegada, había encontrado con dificultad a una mujer que se comprometió a traernos leche tres veces a la semana. En aquellos tiempos eso costaba mucho dinero. La leche llegaba puntualmente. Ahogándose por las lágrimas, Valia bebía esa maldita leche. Mientras más culpable me sentía ante Valia, más me esforzaba por ocuparme de ella. También existe esa forma de bajeza.

Por la noche, cuando nos metíamos en la cama, Valia tenía siempre los pies fríos. En las claras noches de verano, yo veía que ella dormía con la boca entreabierta. Si la hubiera amado, todo aquello me habría parecido enternecedor. ¡De qué minucias vergonzosas está hecho el alejamiento que se siente hacia la persona con la que uno duerme!

No nos peleábamos. El pleito solo es posible si la causa se puede pronunciar en voz alta. Nosotros no teníamos esa posibilidad.

Yo vivía ebrio de trabajo y tambaleándome debido a mi régimen cotidiano de diez a doce horas de clases. Enseñar en grupos paralelos me frustraba: cuatro veces al día machacaba yo con lo mismo. Por la noche, los rostros de mis estudiantes perdían sus contornos, se confundían unos con otros debido al cansancio, y tenía la sensación de haber estado allí desde la mañana, explicando una misma cosa a una misma persona. En el camino de regreso a casa, a la ciudad universitaria, continuaba llevando a cabo mecánicamente en mi cerebro acciones habituales: sumaba y multiplicaba los números de los tranvías y de las casas. Y me alegraba si obtenía un número redondo.

En otoño, las aulas de la universidad comunista de pronto se vaciaban: los estudiantes, como a señal de alarma, eran barridos hacia las expediciones de almacenaje de trigo. Al regresar, necesitaban mucho tiempo para volver en sí; en sus ojos cansados se disolvía lentamente la neblina de la irritación.

En el tiempo que me quedaba libre de las conferencias, me dedicaba a redactar un libro de problemas para la universidad comunista. Ese trabajo me había sido encomendado por la sección de trabajadores científicos de la universidad. Me sentía orgulloso del encargo. Estaba convencido del éxito y esperaba ovaciones del claustro. Sobre las olas tempestuosas de mi vanidad, yo navegaba tan lejos que ya soñaba con ser promovido a un grado académico.

En la reunión de nuestro cátedro, en la que debía aprobarse mi libro, por casualidad estuvo presente el rector. Hasta entonces yo no había coincidido con él. Según los rumores que corrían por la universidad comunista, sabía que aquel viejo bolchevique había incurrido en no sé qué desviación y había caído en desgracia; de Moscú lo habían enviado a Sverdlovsk.

Los profesores se sentaron alrededor de la larga mesa. Entre ellos, situado en diagonal respecto a mí, se perdía la figura delgada del rector. Recuerdo que me sorprendió su gran cabeza desgredada. Estaba sentado con la cabeza inclinada sobre la mesa.

Yo relataba animadamente a los presentes el principio según el cual estaría construido mi libro de problemas. Todo el material estaba empapado de actualidad. El crecimiento de la conciencia política de los estudiantes adquiriría una sólida base matemática. Como ejemplo, expuse dos o tres problemas sobre los temas más actuales. Uno de ellos era la oposición Syrtsov-Lominadze.

El rector dijo con voz tranquila:

—Todo esto es asombrosamente vulgar y ramplón.

En medio de la confusión reinante, yo pregunté con insolencia:

—¿Significa que para usted las matemáticas deben estar aisladas de la realidad?

—Es una pregunta estúpida —dijo el rector.

Algo se quebró en mí por la ofensa y la humillación. Me dejé caer en la silla, lanzando miradas desamparadas a mis compañeros de

trabajo. Ellos callaban, sin mirarme. Y solo Posmysh me envió a través de la mesa una nota apresurada: «¡Moralmente estoy contigo!».

Esa misma noche escribí una solicitud a la jefe de cátedra pidiendo ser liberado de mi trabajo. Después de leerla, suspiró.

—El rector cometió una falta de tacto.

—Una grosería —dije yo—. Una insolencia.

—Usted no debería reaccionar de una manera tan enfermiza —dijo la jefe de cátedra—. El rector tiene grandes problemas, está muy nervioso... Me quedaré con su solicitud, pero usted recapacite.

Pasaron los años, en el transcurso de los cuales fui incapaz de recapacitar. Durante mucho tiempo llevé en mi alma la ofensa que me había infligido el rector. Mucho tiempo después se apoderó de mí la compasión por aquel viejo y una inmensa vergüenza de mí mismo.

En 1965 me encontré por casualidad en una casa de descanso con la viuda de Lominadze. Cuando me presentaron a esa mujer de edad que, como resultado de los interrogatorios, movía con enorme dificultad la cabeza, recordé mi libro de problemas, compuesto hacía treinta y cinco años. Con ayuda de unas cuantas cifras en aquel libro se demostraba que Lominadze era un enemigo del pueblo.

Yo, lo demostré; a él, le fusilaron.

La sed de confesarse es insaciable.

Martirizados por esta sed, nos desgarramos unos a otros con desvergonzados detalles de nuestra culpa general. Nos arrepentimos como ante la muerte, pero seguimos viviendo, volviéndonos a mirar, con asombro, el muñón de nuestro pasado.

Sé que no soy justo con respecto a ese pasado. En mi memoria la óptica se ha deformado: lo pasado se fija de una manera falseada.

Camino difícilmente hacia atrás, poniendo mis pies sobre mis propias huellas, tacón sobre tacón. Y a la mitad del camino me encuentro conmigo mismo, yendo hacia adelante.

Ahora nos reconocemos de inmediato.

—La vez pasada —me dice él—, usted quería prevenirme de algo.

—Es inútil. No podrás cambiar nada.

—¿Incluso si lo sé de antemano?

—Incluso.

—Tonterías —dice él—. Armado con el conocimiento exacto del futuro, yo sabría cómo comportarme.

—Lo sabrías y te comportarías de la misma manera que aquellos que no saben nada. Solo que para ti sería mucho más difícil.

—¡Pero eso contradice a la ciencia! —se irrita él.

—Es posible.

Pasa delante de mí. Comienzo a sentir compasión por él y grito a sus espaldas:

—¡Te salvarás!

Las cartas de Katia llegaban a Sverdlovsk a mi domicilio. Eran pocas. Le escribí que me había casado, pero Katia me informó como de pasada que consideraba nulo mi matrimonio.

Ella nunca me escribía sosegada. El temblor de sus cartas me llegaba en cuanto tomaba en mis manos el sobre que había recibido. No tenía paciencia para abrirlo con cuidado. Nunca pude abarcar el contenido de su carta con la primera lectura. Atragantándome con sus palabras, como un hombre hambriento se atraganta con el pan, las ingería a grandes bocados, diferenciando al principio solo su sonido aproximado. Esas palabras resonaban dentro de mí con la voz de Katia.

... En el invierno del año 1942, estando Leningrado bloqueada, sus cartas me llegaban desde Tashkent. Tardaban mucho tiempo en llegar, meses enteros. Los camiones con el correo se hundían bajo el hielo del lago Ladoga. El agua borraba la tinta. Algunas palabras aisladas me alcanzaban como un grito. A veces en el reverso del sobre se salvaba una frase: «¡Camaradas trabajadores de correos! ¡Camaradas censores militares! Por favor hagan que esta carta llegue a mi marido: no puedo vivir sin él».

Yo era el culpable.

La había sacado de Leningrado la primera noche de la guerra.

Mi agravio, porque ella había accedido a marcharse, y su agravio, porque yo no me marchaba con ella, se cruzaron aquella noche en la estación de trenes. Aún no comprendíamos la dimensión de la desgracia que se abatía sobre nosotros. Nadie la comprendía aún. Cada sufrimiento individual era como un narcótico, no permitía discernir su universalidad.

La estación, llena de gente, estaba silenciosa como en un entierro. Salía el último *Flecha roja*. Ese primer día de guerra, todo se volvió de repente lo último.

La última Katia estaba de pie en la escalerilla del vagón...

Cuánto tiempo pasó hasta que logré arrancarla definitivamente de mi corazón.

Ya no regresaremos al balneario de Batilimán...

Dije al director del sanatorio que éramos marido y mujer, y que necesitábamos una habitación aparte.

—Es una cochina —se enfadó Katia—. Ahora mismo iré a verle y le diré que usted ha mentado.

El director había salido, no regresó hasta la tarde. Luego comenzó a oscurecer y la pequeña casita en la que nos habían dado la habitación se hundió en medio de las nubes que bajaban de la montaña.

Toda la noche la pasé sentado, sin desvestirme, en un sillón de mimbre; la maleta sin deshacer estaba en una esquina. En la habitación había dos catres de tijera; en uno de ellos dormía Katia; de vez en cuando despertaba y farfullaba:

—Se lo tiene bien merecido... No debía haber mentido.

Las cosas continuaron así durante siete días.

Por la mañana bajábamos hasta el mar, a una bahía desierta. Todo eso ya había sucedido alguna vez. Yo ya había descendido por aquella rugosa peña, me había aferrado con las uñas a aquel matorral seco... Ya entonces el mundo entero no me importaba: el mar y las peñas eran demasiado eternos e inconmensurables para que yo pudiera concebir insignificancias a escala de un solo milenio.

Quemados por el sol, yacíamos sobre las piedras ardientes y planas; la sal marina se asentaba sobre nuestra piel en forma de salpicaduras blancas. Nosotros habíamos creado esa tierra y aún no habíamos tenido tiempo de poblarla de seres humanos.

La octava noche Katia me llamó a su cama. El tiempo estalló y dejó de existir. Desapareció el espacio, excepto aquel que yo tenía bajo los brazos. Todo el sentido de mi vida cabía en un estrecho catre de hospital. Nada había existido antes de eso y nada existiría después. Solo existía eso. Ensordecido, sin aliento, allí moría y volvía a nacer.

En un comienzo en la habitación reinaba una niebla cálida, impregnada de un olor a ajeno todavía caliente. Lo habían esparcido por el suelo contra las pulgas. Caminábamos sobre él con los pies descalzos, bebíamos el agua directamente de la jarra, regándola a chorros sobre nuestros pechos. La jarra estaba en el alféizar de la ventana, y cuando nos acercábamos, las cigarras nos llamaban con sus voces soñolientas. Luego, el amanecer se aferró a la ventana abierta, empujado hacia la habitación por una ligera brisa matinal. La niebla, como si fuera humo, se elevó hasta el techo, se arremolinó en los rincones y desapareció de repente. Hasta entonces yo había vivido sin conocer ese momento del día, sin sentir su olor, sin distinguir su color; parecía que aquella hora tenía incluso un sonido propio, fino, apenas perceptible.

—Ahora estoy perdida —dijo Katia.

—Dios quiera —dije yo—. Piérdete definitivamente.

—Siempre supe que terminaría así. ¿Y tú?

—Yo no sabía nada. ¿Acaso me atrevía a saber? Si lo hubiera sabido con exactitud, no habría resistido durante tantos años.

—¡Tres años!... —dijo Katia—. Si se ama de verdad, se puede esperar la vida entera.

—¿Y luego? —pregunté.

La habitación ya estaba iluminada por la luz del día. Después de haber pasado la noche sin dormir, nos sentíamos asombrosamente ligeros. Un gran mosquito de patas largas y desnudas, como una bailarina, se posó sobre la mano de Katia.

—No lo mates —me pidió Katia—. ¿Sabes algo curioso? Todo lo que me parecía importante ahora me parece insignificante. Y las pequeñeces en las que antes no reparaba de pronto se han vuelto enormes. ¿Te ocurre lo mismo?

—Por supuesto —dije—. Me he descubierto una segunda vista y un segundo oído.

—Es gracioso que me enseñaras física. Hasta el día de hoy recuerdo la ley de Gay-Lussac.

—Era un buen chico ese Gay-Lussac —dije.

—¡Cómo! ¿Acaso no son dos? —preguntó Katia—. Yo pensaba que había un Gay y un Lussac.

—Te confundes con Boyle y Mariotte.

—¿Estaban casados? —preguntó Katia.

—Boyle amaba a la esposa de Mariotte. Había perdido la cabeza por ella. En realidad, la famosa ley la descubrió Mariotte solo. A Boyle lo añadió por compasión.

—Te lo acabas de inventar —dijo Katia—. Inventa algo más, mientras yo sigo acostada, con los ojos cerrados.

Ella cerró los ojos y yo seguí inventando:

—Quedémonos aquí para siempre.

—¿En Batilimán? —preguntó Katia con voz soñolienta.

—Encontraré un trabajo aquí como organizador de fiestas colectivas. Y en invierno, cuando todos se marchen, trabajaré como fogonero.

—Aquí no hay estufas —objetó Katia.

—Las construiré. No puedes imaginarte lo que soy capaz de hacer.

—¿Y la leña?

—Plantaré un bosque.

—¿De pinos?

—De lo que tú quieras.

Veinte días más tarde, cuando terminó el plazo de nuestras vacaciones, ella se marchó a Kiev a ver a su marido: Astájov malvivía en una gira por aquellas tierras.

Acompañé a Katia hasta Járkov. Yo debía continuar mi viaje hasta Sverdlovsk, pero ya no me quedaba dinero para el billete. No quería pedirselo a mi padre. En el Instituto de Transfusión Sanguínea me dijeron que por quinientos gramos de sangre daban al donante trescientos rublos. En aquella época aún no se sabía conservar la sangre como es debido y por eso se hacía la transfusión directamente, de persona a persona.

Para mi fortuna, ese día algún loco había roto un cristal con el puño, en la dacha Sabúrova, y se había cortado una vena. Nos colocaron en la sala de operaciones, en mesas contiguas. Mi medio litro de sangre, rebosante de la locura de Batilimán, fue a parar a ese loco. Me pagaron trescientos rublos y me dieron una ración de donante: medio kilo de azúcar y un kilo de grano.

¿Estás vivo aún, mi querido loco? Me hiciste un gran favor. Y perdóname por ese turbio líquido que te pasaron de mis venas.

Compré el billete a Sverdlovsk, pero por el camino, en Moscú, bajé del tren. Una vez en la calle Sújarevka, abrí la maleta y me puse junto a los vendedores del mercado de viejo. Después de haber vendido todo lo que llevaba en la maleta, compré un billete para Kiev.

—¿Para qué ha venido? —me preguntó Katia—. Ígor lo sabe todo y me ha perdonado.

Estábamos en la colina Vladímirskaia, en un estrecho puentecillo sobre una quebrada. Muy lejos, abajo, al borde mismo del Dniéper, Astájov caminaba de un lado a otro, de espaldas a nosotros. Yo podía distinguir su corto y de pronto para mí odioso cuerpo.

—Imagino —dije— cómo se habrá arrastrado a sus pies, implorando perdón.

—Lo amo —dijo Katia.

—Entonces ¿por qué diablos se acostó conmigo en Batilimán?

—No me atormente —suplicó Katia—. A veces ocurre la desgracia de amar a dos personas a la vez.

—Ocurre —grité yo—. ¡A las ramera, maldita sea, les ocurre todo! Cuando me lancé a toda velocidad hacia abajo desde aquel puentecillo, ella no corrió detrás de mí, no me llamó, no lloró a gritos.

Volví la vista y vi que bajaba lentamente hacia el Dniéper. Astájov caminaba a su encuentro; una felicidad insegura y mísera le alteraba el rostro.

Sofia Lvovna, la profesora de ruso de la escuela en la que yo estudiaba, llamó a mi madre.

—Dígame, por favor —preguntó Sofia Lvovna—, ¿su hijo vive en casa en condiciones normales?

—Pienso que sí —contestó mi madre.

—¿No ha observado en él ninguna rareza?

—Nada verdaderamente especial —dijo mamá—. No le gusta mucho lavarse los pies antes de dormir, pero le obligo.

—¿Le pega?

—En sentido literal, no. A veces, por supuesto, hay que darle algún pellizco... ¿Ha hecho algo malo en la escuela?

—Verá usted —dijo Sofia Lvovna—, su hijo escribe redacciones muy tristes. La última vez la clase tenía por tema: «Cómo pasé el verano»...

—Pasamos el verano en Pokatílovka —dijo mamá—. Había algunos problemas con los productos alimenticios.

—No se queja de la alimentación —dijo Sofia Lvovna—. En general no se queja de nada. Es un chico alegre... Pero sus redacciones tienen un tono triste, poco frecuente en esa edad.

Mamá trató de ayudarme. Dijo:

—¿Quizá tenga lombrices? Trataré de observarlo.

Yo no tenía lombrices. Ignoro por qué llenaba mis cuadernos estudiantiles con invenciones tristes. Por otra parte, mucho más tarde me di cuenta de que en Rusia solo las personas sombrías escriben obras alegres.

Algo debía comenzar entonces, a continuación; siempre me lo ha parecido así. Nunca he tenido la sensación de que lo que estoy

viviendo en un tiempo determinado vaya a prolongarse demasiado. Incluso ahora, a los sesenta años, no siento tener un lugar permanente sobre la tierra.

Todo puede desarrollarse aún de una forma distinta a como lo ha hecho. Ignoro si mucha gente considera su destino algo fortuito. ¿Quizá eso sea característico de la época en que vivimos? Por más caprichosa que sea la forma adquirida por el destino de cada hombre, tal vez exista algo común en la manera como se mira el propio pasado...

Cuando intento determinar la medida de mi participación en la realidad que me circunda, llego a resultados insignificantes. Mejor dicho, me resulta desconocida la escala que hay que seguir para hacer el cálculo. Me resulta desconocida la unidad de medida. Para mí no hay nada conocido, incluso cuando voy hacia atrás. No consigo aprehender los encadenamientos lógicos: pudo ser así o pudo ser de otra manera.

Como todos, tuve muchas oportunidades de morir, pero no he muerto. En esto no hay ni culpa ni mérito por mi parte. Nada ha dependido nunca de mí: esa es la conclusión principal a la que llego.

¿Quiénes somos los de mi generación?

En los momentos más críticos de la época, el concepto de generación se acorta cada vez más. El reemplazo, como en el combate, llega cada vez con más frecuencia. Los reclutas que aún no han pasado el bautismo de fuego miran con ironía a los veteranos. En el frente no ocurre así.

Una generación mutilada por el insomnio.

Nuestras mejores acciones las realizamos al amanecer, acostados en la cama, con los ojos abiertos. Intrépidos y desinteresados, perdiendo la cabeza, nos arrojamos en la boca del lobo, en pro de la justicia. Las banderas desplegadas de nuestra conciencia ondean en el viento de la verdad. Dando vueltas en las sudadas sábanas, en la profunda oscuridad de la noche, pronunciamos discursos acusadores. ¡Cuántos de esos discursos nocturnos he pronunciado bajo el estruendo de los latidos de mi corazón! Las puertas de las más importantes antesalas se abrían ante mí de par en par. Las tribunas de los oradores se desalojaban para mí de inmediato. Yo no

pedía nada para mí. La sencillez de mi lógica nocturna se reducía a que el hombre honesto se sintiera bien y el malvado, mal. Yo liberaba a la gente de las cárceles, entregaba a la justicia a los calumniadores, privaba de su ración alimenticia a los ineptos hipócritas y a los cínicos. La verdad, pura como el alcohol, me emborrachaba por las noches. Yo la bebía hasta el embrutecimiento.

¿Quiénes somos los de mi generación?

Los soñadores de los años veinte, diezmados y torturados en los treinta, segados en los cuarenta, agotados por la fe ciega y sin haber reunido fuerzas al recobrar la vista, erramos en soledad. Somos elementos difíciles de combinar. Cuando nos miramos los unos a los otros, como en un espejo, nos asombramos de nuestra propia fealdad.

Nosotros, que queríamos lo mejor.

Los recuerdos son incontrolables. Hasta un determinado momento, viven parejos, amontonados y sin orden en el ser humano, y de pronto se derrumban sobre él, al margen de toda lógica y de su relación con lo que en ese momento le rodea...

Un alto uzbeko caminaba delante de mí. Andaba ligero, a grandes pasos, pese a mi oneroso equipaje: llevaba sobre su fuerte cabeza afeitada un bulto blando con las cosas de Katia, y la larga y pesada maleta se la pasaba de una mano a otra a lo largo del camino.

El uzbeko se volvía a mirarme, sonriendo con todo su gran rostro. Ya en el andén le había dado la dirección —calle Engels 15—, y él me conducía con paso seguro por las cálidas calles de Tashkent.

A esa hora de la noche ya hacía menos calor en la ciudad. A través del acre hedor que salía de los puntos de evacuación, de los refugios y de las estaciones de tren, y que tenazmente me llenaba la nariz, se abría paso un ligero y volátil aroma a plantas en reposo.

Tenía la impresión de que no estaba caminando, sino nadando en esa repentina tranquilidad. No se requería ningún esfuerzo de mi fatigado cuerpo, este no experimentaba la resistencia hostil del medio. Yo avanzaba, atontado por el silencio, por el ingenuo cielo oscuro en el que refulgían alegres estrellas desconocidas para mí.

Tras despedir al uzbeko frente a la casa número 15, me senté en el porche para enrollar de nuevo los trapos con que llevaba envueltos los pies hinchados. Iba calzado con amplias botas de fieltro, amarradas con una cuerda.

La casa dormía.

En su fachada de una sola planta, se alineaban cinco ventanas oscuras.

Traté de adivinar cuál sería la ventana de Katia. Extrañamente, no me sentía asediado por la prisa. Podía continuar sentado en ese porche, rodeado por una dulce irrealidad. El hambre vivida durante el asedio había desarraigado en mí la impaciencia; había evaporado de mis venas todas las pasiones, menos el deseo de sobrevivir.

Llamé a la puerta; abrió Lusia. Esa chica regordeta se llamaba Lusia. Katia me había hablado de ella en sus cartas.

Lusia dijo:

—¡Oh, ya ha llegado! Katia ha salido a cenar.

Algo se agitó en su rostro regordete y soñoliento. Metimos mi equipaje en la casa.

Lusia no encendió la luz de la habitación en la que entramos, pero por el olor comprendí que se trataba de la habitación de Katia. Todo lo que ocurría aquella noche me llegaba despacio, encallándose y disolviéndose en el camino. Quizá era la manera de defenderse que tenía mi cuerpo agotado: escoger únicamente las emociones que podía aceptar.

El farol de la calle apenas iluminaba la habitación; la examiné con detenimiento. Me saltaban a la vista objetos sueltos de Katia: un vestido colgado de un clavo, unas gastadas zapatillas, un abrigado pañuelo a cuadros. Pero al igual que suele existir una tierra de nadie, era una habitación de nadie.

Junto a la cama cuidadosamente hecha, sobre la mesita de noche, había una fotografía enmarcada. La regordeta Lusia la cubría con su asustado trasero.

Yo estaba sentado sobre un estrecho diván, con el abrigo puesto.

—Quizá quiera lavarse después del viaje; yo le verteré el agua — me dijo.

Me quité el abrigo y le pedí que lo sacara al patio, ya que podía haber cogido piojos en los trenes.

Era la fotografía de un hombre, tomada de la cintura para arriba, vestido con una camisa blanca y limpia y una corbata. En los labios llevaba no un cigarrillo hecho por él, sino un verdadero cigarrillo ruso de fábrica.

Yo me lavaba en el zaguán, sobre una palangana; Lusía me echaba agua de una jarra. Ella miraba aquel líquido negro que chorreaba de mis manos y de mi rostro. Yo quería lavarme hasta la cintura, pero sabía que la camiseta interior se había pegado a los furúnculos que se me habían reventado en la espalda: había que remojarla primero en agua tibia.

Katia seguía sin llegar.

Yo no sentía ninguna intranquilidad al respecto; era Lusía quien se angustiaba. Y esa inquietud, para mí incomprensible, la hacía hablar sin detenerse. Yo no prestaba demasiada atención al sentido de lo que decía. Cuando regresamos del zaguán a la habitación, sobre la mesita de noche ya no estaba la fotografía: sin duda, Lusía había encontrado un momento para quitarla.

También eso me era indiferente. Yo no ahondaba en ningún pensamiento. Pensar con profundidad puede provocar la muerte. No se puede pensar hacia atrás, ni tampoco hacia adelante: eso es lo que me había enseñado a mí mismo durante el asedio de Leningrado.

Y Katia seguía sin llegar. En la habitación contigua, de cuando en cuando un reloj de pared daba la hora.

—¡Oh —dijo Lusía—, ya son las doce! Voy a buscar a Katia.

Fuimos los dos, ya que yo me había pegado a Lusía. Tengo la impresión de que ella no quería ir conmigo, pero a mí me daba igual.

Encontramos a Katia en el camino, cuando se dirigía a casa. Lusía fue la primera en verla. Al distinguirla, salió corriendo a su encuentro y enseguida le murmuró algo que yo no pude entender, aunque tampoco lo había intentado. Aún tenía la sensación de haberme quedado en Leningrado y de que era otro el que caminaba por esa calle de Tashkent, una persona con la que yo no tenía ningún asunto pendiente. Me sentía tranquilo por él: el metrónomo no sonaba, las

granadas no explotaban y dos horas antes había comido ávidamente en el vagón una barra de pan.

Katia se detuvo un instante para acabar de oír lo que su amiga le decía. Yo seguía caminando. Me acerqué a ella, erguido en toda mi estatura, sin agachar la cabeza.

—Buenas noches —dije cuando llegué hasta ellas.

—¿Quién es usted? —preguntó Katia.

—Te has vuelto loca —dijo la gorda—. Es Boria.

—No sé quién es Boria —dijo Katia.

Caminamos uno al lado del otro.

«Se acabó —pensé con indolencia—. Resulta que no es tan complicado.»

La enormidad de lo que acababa de ocurrir era superior a mí. Se había desplomado junto a mí, yo había visto cómo se había derrumbado, pero justamente porque había caído de manera absurda y sin sentido, no sentí conmoción alguna.

Sin embargo, me golpeó con fuerza; no recuerdo cómo llegamos a casa.

Lusia desapareció. Katia conectó la resistencia eléctrica, colocó sobre ella un cacharro con agua, pero cuando el agua hirvió, no bebimos té.

Le pregunté:

—¿Se trata del hombre de la fotografía que estaba en su mesita de noche?

—Sí —dijo Katia.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Medio año.

—¿Por qué no me lo ha escrito?

—Me resistí a hacerlo —dijo Katia—. Pensaba que pasaría.

—Pues se ha apoderado de usted: ni siquiera me ha reconocido.

—No es por eso —dijo Katia—. He fumado demasiado hachís. Él se marchó para siempre hace una semana. A Varsovia. Es polaco... Dios mío, si usted supiera qué mal me siento. No sé vivir sola...

—Nadie sabe —dije yo.

—Estaba completamente sola. Estaba tan sola...

—¿Y él se compadeció de usted?

—Se compadeció enormemente de mí.

Yo pregunté:

—¿Cuántas veces por noche se compadecía de usted?

... Dejé Sverdlovsk de improviso. A esa edad yo lo hacía todo bruscamente. La distancia entre el deseo y la acción era insignificante. Entonces yo solo conocía una manera de librarme de las circunstancias tristes de la existencia: la huida. Había que abandonarlo todo. Mandarlo todo al diablo. Comenzar de cero. Me parecía que, en circunstancias nuevas, yo mismo me volvería distinto.

En la juventud nos vemos más originales de lo que somos. No somos capaces de percibir lo que tenemos en común con los demás. Nos parece que no pertenecemos a ningún tipo determinado. Hiperbolizamos nuestra independencia y nuestra libertad. ¡Y cuán triste es el hecho de perder esto con los años! Con los años el yugo de lo típico nos fricciona la cerviz hasta hacernos sangrar. Y las moscas verdes de lo cotidiano revolotean sobre nuestras llagas.

¿Tú, qué? ¿Necesitas más que los demás?

No necesito más que los demás.

Y he aquí que de nuevo deambulo por Leningrado. No tengo habitación ni dinero; tengo veinticinco años.

Deambulo por las calles, leyendo con atención los anuncios de los centros de enseñanza. Era una época extraña, que aún no había absorbido el veneno de la vigilancia. Aún no habían asesinado a Kírov. «En la puerta misma» me toman como profesor de matemáticas de la academia militar.

En la residencia para oficiales, me dan una habitación para mí solo.

Me entregan una diagonal de lana azul marino para los pantalones bombachos, una sarga verde para la guerrera, tela para un capote y material para las botas. Dos pares de calzones de algodón completan mi uniforme.

No soy un oficial. Soy un trabajador libremente contratado. Me llaman «camarada profesor», pero debo saludar de manera militar. Cuando aparezco en el umbral de la clase, retumban las gigantescas

botas de los estudiantes: con un solo gesto el grupo se pone de pie detrás de las mesas, el encargado hace su reporte, petrificado en su posición de «firmes».

Me gusta jugar a los soldaditos. Los ojales de mi uniforme están vacíos, sin distinciones. Compré en el almacén de artículos militares dos rectángulos y, fijándolos en los dos ojales de mi guerrera, me fui al teatro. Sentía cierto temor de salir al *foyer* pero, superando el miedo, di dos o tres vueltas entre la multitud. Tenía la impresión de que el ocioso público civil admiraba al esbelto oficial.

En el pequeño cinema Rampa me sorprendió con esa apariencia belicosa el jefe del Estado Mayor de la academia, el comandante de división (*komdiv*) Lvov. Me topé con él frente a frente; retrocedí y me llevé la mano a la garganta, para ocultar al comandante los rectángulos comprados que lucían mis ojales. Después de recorrer sombríamente con la mirada mi persona petrificada, el comandante pasó de largo.

Hoy día, me lo encuentro —envejecido, delgado y tieso como un clavo— en las librerías. Apartando mucho de sus severos ojos la mano con el libro, lo hojea largamente junto a los estantes. He observado que por lo regular es poesía.

En la academia le temían y respetaban por su carácter misántropo e irascible. El sentimiento de timidez y respeto por él se ha conservado en mí hasta ahora.

Camarada jefe de Estado Mayor, comandante de división Lvov: ¿me permite dirigirme a usted treinta años después de lo ocurrido?

Quizá usted no debía haberme echado de la academia. Para cuando aquello ocurrió, yo ya había trabajado con ustedes tres años. Los estudiantes tenían una actitud positiva hacia mí. Pese a enseñar de una manera no del todo profesional, los resultados no eran peores que los de otros profesores. Quizá incluso mejores. La inmadurez de mi capacidad pedagógica se completaba con amor. Eso suele ocurrir, créame, camarada comandante de división Lvov.

Usted llegó de improviso cuando yo daba mi clase al sexto grupo de radiotelegrafistas. Usted conocía extraordinariamente bien las matemáticas, conocía el trabajo de Estado Mayor, era un magnífico y severo comandante, de la antigua escuela de oficiales, la de la época

del ejército zarista. En la academia contaban que antes de la revolución usted, por celos, había matado a su esposa de un tiro. Si eso es así, habría que añadir que las personas como usted solo disparan a su esposa en caso de extrema necesidad.

Cuando usted entró de improviso en mi clase, por primera vez en tres años, me sentí confundido. Le hice mi reporte de una manera torpe —usted no podía tolerar la torpeza— y me volví a la pizarra. Usted se sentó en el extremo de la última mesa.

El tema de mi clase era la división de las magnitudes inversamente proporcionales. Es un tema escabroso, camarada comandante de división, que se asimila con dificultad en su forma general. Yo siempre lo había expuesto de una manera muy primitiva pero, palabra de honor, mis estudiantes me comprendían bastante bien. Su severa presencia me paralizó. Yo tendría que haber sido más astuto y, en lugar de abordar un nuevo tema, tendría que haber organizado un interrogatorio, llamando a los mejores alumnos a la pizarra. Pero justamente delante de usted yo no quise obrar con picardía.

Para colmo, aquella mañana la cabeza se me partía del dolor: la mitad de la noche me la había pasado oyendo las quejas de la esposa del comandante de batallón sobre su marido. Era una historia común y corriente en nuestra residencia de oficiales. El comandante se había casado con una camarera cuando aún era jefe de sección. La había cortejado durante tres sábados, llevando siempre en los bolsillos el permiso de salida, y al cuarto sábado se casaron. Él no tardó en ordenarle que dejara el trabajo. Ella lo hizo con mucho gusto. Más adelante las cosas ocurrieron de una manera ordinaria. El jefe de sección estudió, en sus ojales aparecieron nuevos rectángulos y distintivos, mientras que la esposa continuaba siendo la antigua camarera. Después de servir el desayuno a su marido por la mañana, se tumbaba de nuevo en la cama y seguía durmiendo hasta el mediodía. Despeinada, con la bata sucia, salía a la cocina comunitaria. Allí deambulaban otras esposas de oficiales de destinos similares. Por alguna razón, en nuestra academia se consideraba que las esposas de los oficiales no debían trabajar. En esto había incluso cierta distinción. El vestido de crespón de China,

las medias de hilo de Escocia y los zapatos de charol eran el uniforme con el que ellas se emperifollaban el 1 de mayo y el 7 de noviembre. En esencia, aquellas pobres mujeres eran profundamente infelices. La esposa del comandante de batallón lloró media noche en mi hombro, repitiendo siempre el mismo tema:

—Él no me tiene ningún respeto.

Yo era el único soltero de nuestro largo pasillo. Las esposas ofendidas buscaban consuelo en mí, lo mismo que sus maridos, entristecidos por la mediocridad de ellas.

A las cuatro de la madrugada logré convencer al comandante de batallón. Este salió de su cuarto, soñoliento, descalzo, con el capote echado directamente sobre la ropa interior.

Al acercarse a su mujer, dijo:

—Vamos, Toska, pero ¿qué es lo que pasa?... Ya está bien. Deberías sentirte cohibida ante el camarada profesor.

Tosia se puso a llorar aún más.

—Yo lavo toda la ropa... Preparo comida caliente... Y jamás me dices ni una sola palabra...

—Ten en cuenta —dijo el comandante de batallón— que comienzo a cansarme... —Se volvió hacia mí y me dijo entre dientes—: Al diablo con ella.

—Acérquese a ella —le susurré.

Con desgana se acercó un paso más.

—Vaya psicología que has desarrollado, palabra de honor... Traigo todo el sueldo, hasta el último centavo. Solo me quedo con lo necesario para pagar las cuotas del partido y para tabaco... ¡Tienes que buscarle tres pies al gato, Antonina!

Ella se hundió en el pecho de su marido.

—Habla conmigo, Kóstenka.

El comandante de batallón, discretamente, miró el reloj a través del hombro de su mujer.

—Está bien —suspiró—. De acuerdo. Anda, hablemos.

A la mañana siguiente, después de esa noche en vela, usted vino a mi clase, camarada comandante de división.

Durante cuarenta y cinco minutos, me contorsioné frente a usted junto a la pizarra, tratando de explicar a los alumnos la división de

las magnitudes inversamente proporcionales. Los estudiantes tuvieron lástima de mí, y usted se dio cuenta.

Lívido de ira, usted seguía sentado al extremo de la última mesa. Al día siguiente fui convocado al Estado Mayor...

—En sus documentos —dijo el comandante de división— falta el diploma que certifique que usted ha terminado sus estudios en un centro de enseñanza superior.

Yo callaba.

—¿Se ha extraviado? —preguntó el comandante de división.

—No —dije yo—. Nunca lo he tenido.

El comandante de división hablaba conmigo sin levantar la cabeza; sobre la mesa, ante sus ojos, yacía la delgada carpeta con mis documentos.

—Sírvese explicarme con qué fundamento ejerce usted el trabajo pedagógico.

Ya todo me daba igual. Contesté:

—Con el fundamento del amor por ese trabajo.

Me miró de soslayo.

—Tendría que enviarle a juicio por mentiroso. Usted se sirve, ilegalmente, del título de pedagogo. En lugar de haber ingresado en su debido momento en algún instituto para obtener un diploma...

—Camarada jefe de Estado Mayor —dije yo—, cuatro veces he tratado de ingresar en su debido momento. Pertenezco a la quinta categoría, soy hijo de comerciante privado.

Se mantuvo callado durante un largo rato. Llegué incluso a preguntarme si el comandante de división no se habría olvidado de mí.

Cansado de estar durante tanto tiempo en posición de firmes, comencé a cambiar el apoyo de un pie al otro, y a mirar las paredes del gabinete ascéticamente miserable.

—En su libro de trabajo —llegó hasta mí la voz del comandante de división— hay unas cuantas apreciaciones muy elogiosas. ¿Puedo suponer que son auténticas?

Asentí.

Me miraba sin desprender la vista de mí, pero no me miraba a los ojos, sino un poco más abajo, al pecho. Y su mirada era distraída y

pensativa, como si a través de mí viera algo completamente distinto de aquello sobre lo que debía pronunciar su juicio.

—Queda usted despedido —dijo por fin el comandante de división.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, escuché su voz irritada:

—Su despido será tramitado como un recorte de personal.

Quizá tuvo usted razón, Alexandr Vasílievich. Y gracias por no haberme estropeado el libro de trabajo.

Utilizando la terminología de las ciencias naturales, trato de analizar mi vida a nivel molecular. Cuando hago el análisis a nivel del organismo, veo que durante muchos años nos hemos diferenciado muy poco los unos de los otros. Existía la posibilidad de considerarnos «nivel medio». Para simplificar ese proceso, comenzamos a llamarnos «cuadros». A veces la terminología corresponde al principio mismo, emana de ese principio.

Los cuadros lo deciden todo, dijo Stalin. Él no hubiera podido operar con la fórmula «las personas lo deciden todo», porque el concepto «personas» era para él superfluo e incluso embarazoso. Las personas, en efecto, habrían podido decidirlo todo; en lo que se refiere a los cuadros, estos se pueden intercambiar mutuamente: hay que contarlos, pero no hay que tenerlos en cuenta.

Me parece que nunca antes había habido una necesidad tan masiva de comprender el pasado como la que se percibe ahora en la gente. Nuestro pasado es enigmático. Y es enigmático no tanto por los hechos, sobre los que llegarán nuevas revelaciones, sino desde el punto de vista de la psicología.

Para mí es precisamente así. De hechos, ya tengo suficiente. Estoy harto de ellos.

Lo que me falta de verdad es la metodología.

Los hechos no pueden explicar lo más importante para mí: la psicología de la gente.

Cuando retrocedemos en el tiempo, hacia lo más profundo, cada uno de nosotros se detiene en un punto, más allá del cual le es imposible continuar; para los jóvenes es más sencillo: ellos van ligeros, no están abrumados por la complicidad. No hablo de una complicidad criminal. El nivel molecular del análisis me permite

considerar la complicidad incluso en los pensamientos. «Esto ocurrió en mi presencia, y yo estuve de acuerdo»; a esto me refiero. Justamente es en ese punto donde nuestro paso se vuelve más lento, al ir retrocediendo por nuestra propia vida. En torno a ese punto, adoptamos la posición defensiva circular y disparamos hasta el penúltimo cartucho, porque el último lo guardamos para nosotros.

Para mí esto es la revolución. Lenin y el comienzo de los años veinte.

Y cuanto más fieramente me defiendo desde esta elevación, más enigmático es para mí lo que vino después.

La fe del hombre ignorante en Dios se ha ido acumulando durante milenios; se transmitía de generación en generación. La hipocresía de la religión era relativa: no prometía el reino de Dios en la tierra. Mentía hablando de la hojarasca del paraíso. El concepto de Dios era especulativo. Mejor dicho, a medida que iba aumentando la cultura de la humanidad, se volvía cada vez más especulativo.

Y, de repente, Dios se encontró junto a nosotros. Apareció en un país que se había vuelto casi completamente antirreligioso. Ese dios era concreto. Llevaba unas botas altas relucientes de puro limpias, una guerrera y una gorra con aspecto semimilitar. Los iconos de su imagen se editaban en tirajes de millones de ejemplares.

Incluso las habitaciones de los pisos comunales se convirtieron en casas de oración.

Las asambleas generales comenzaron a parecerse a las reuniones de los flagelantes.

Los sectarios se martirizaban ante los ojos de sus correligionarios.

Era un dios cruel. No castigaba en el otro mundo, sino en este. Y cuanto más castigaba, con mayor exaltación creían en él. Ninguno de los apóstoles lo traicionó: era él quien los traicionaba a todos.

Desde el nacimiento del cristianismo hasta el momento en que millones de personas tuvieron fe en Cristo, pasaron siglos. El nuevo dios apareció después de la muerte de Lenin, y la fe en él, temblorosa y ciega, se apoderó de cientos de millones de personas en el transcurso de quince o diecisiete años.

En las imprentas no había letras suficientes para la mención diaria de su nombre. Él lo sabía todo: le llamaron «corifeo de todas las

ciencias». Se seguían sus consejos para determinar la forma del ala de un avión, las mutaciones del trigo, el coeficiente de rendimiento de la locomotora diésel, las cuestiones de lingüística, los periodos exactos de la fisión del átomo, la temática de las películas, la historia, la filosofía, la literatura...

Él lo veía y lo oía todo, con los ojos y los oídos de los delatores. De ser una ocupación secreta y vergonzosa, la delación pasó a convertirse en un honorable deber cívico.

Era omnipotente y omnipresente; por la noche sus arcángeles sacaban a la gente de sus tibios lechos, la hacían descender de los trenes, la detenían en plena calle, la acechaban con órdenes de arresto en los teatros.

Por cosas como estas, los emperadores, ungidos de Dios, han sido odiados, asfixiados y derrocados. Por cosas como estas se les ha fusilado.

El nuevo dios era adorado.

Cantaban su gloria en canciones y en himnos, lo fundían en bronce, lo tallaban en mármol, lo pintaban al óleo, lo representaban en el escenario y en la pantalla. Con su nombre se llamaban ciudades y aldeas.

Se le estudiaba en los parvularios, en las escuelas y en las universidades.

La gente moría de hambre agradeciéndole la saciedad; muriendo a manos suyas, gritaban vivas en su honor.

Yo fui testigo de eso.

Y no puedo entenderlo.

La tentativa de explicar ese enigma en la psicología de la gente por medio del terror permanente no es consistente. El miedo por sí solo no hubiera tenido la fuerza suficiente para mantener a una población de doscientos millones, durante treinta años, en un estado de fervor religioso.

Hay otra explicación. Pero tampoco me parece exhaustiva.

Dicen que él fue el portavoz y el ejecutor de aquella idea cuya realización es un antiguo sueño de la humanidad. Y nosotros hicimos de ese dios el foco de nuestro amor por ese sueño.

Es posible que en un principio la situación haya sido precisamente esa. Pero ya unos cuantos años más tarde, la crueldad creada por él contradecía ese ideal, lo pisoteaba, lo inundaba de sufrimiento y sangre. La falta de correspondencia entre las palabras y los hechos podía haberla notado incluso un niño, pero las personas adultas y sensatas no se daban cuenta. O quizá la notaran pero decían que era necesario que fuera así.

A la historia no se le puede formular la pregunta: ¿qué habría ocurrido si...? Esa pregunta le está contraindicada. La historia está siempre determinada por leyes. Lo que ocurrió ocurrió: ella solo razona en esos términos.

No necesito esas leyes.

Quiero saber qué habría pasado si aquello no hubiera ocurrido.

Y qué pasará.

Expulsado de la academia militar, muy pronto encontré trabajo: el Instituto de Comunicaciones me nombró profesor de la FON: la facultad de destino especial.

Detrás de ese nombre misterioso no se ocultaba nada enigmático: en la FON estudiaban los directores de correos, los jefes de telégrafos y toda clase de jefes de comunicaciones.

Esos estudiantes, por su preparación, se diferenciaban muy poco de los estudiantes de la universidad comunista. Quizá solo por el hecho de que ellos conocían los asuntos de comunicaciones y ejercían ya un oficio determinado.

La FON tenía una característica específica: en los grupos de esta facultad solo había tres o cuatro estudiantes. Podía darse el caso de que el grupo estuviera formado por un solo estudiante, lo que resultaba muy costoso, puesto que para él solo había la misma cantidad de profesores que para un grupo normal.

Este sistema de enseñanza, en aquellos años, no existía solo en nuestro Instituto de Comunicaciones. Era un sistema muy difundido. Se había vuelto indispensable porque a los directores les resultaba cada vez más difícil dirigir los asuntos sin conocimientos elementales: el nivel cultural de los subordinados crecía de año en año, y los asuntos se volvían cada vez más complejos.

Era bastante aburrido trabajar en la FON, porque recordaba un poco el trabajo de preceptor. Los esfuerzos del profesor, un muelle tensado para actuar sobre decenas de personas, se concentraban y se exprimían sobre una sola persona. Mis alumnos de la FON estudiaban sin demasiado entusiasmo; solo necesitaban el certificado que garantizase que habían concluido los estudios.

No había suficientes aulas; a menudo los estudiantes venían a mi casa. Nuestras relaciones adquirirían un carácter demasiado familiar. Poner una mala nota dentro de las cuatro paredes de mi habitación, es decir, a un invitado, era más complicado: me producía cierta incomodidad. Y poco a poco comenzaba a parecerme que a aquellos estudiantes no les hacían demasiada falta mis truncadas matemáticas.

Como profesor, me volvía indiferente.

Cada vez se apoderaba de mí con mayor fuerza un sentimiento de insatisfacción conmigo mismo.

Pasaban los años y se enfriaba la pasión por la enseñanza, desaparecía la alegría por el descubrimiento y por el conocimiento; me convertía en un frío artesano.

Mi vida no marchaba bien. Parecía que ocurriera en dos planos que no se encontraban, y que en ambos hubiera algo que no funcionaba: yo no era un auténtico maestro y no tenía mi lugar en el mundo. La sensación de provisionalidad respecto lo que hacía, y a cómo vivía, me asfixiaba cada vez más profundamente.

... Es verdad, Zinaída Borísovna: de vez en cuando me entretenía con travesuras literarias.

Sasha escribía versos, eso usted lo sabe. En aquella época casi todos mis amigos escribían versos. ¿Sería acaso la época? Esa pasión, a mí, no me había rozado. Cuando me surgía el deseo de desahogarme por medio de la poesía, declamaba versos de otros, con eso tenía suficiente. Al leerlos en voz alta, era como si yo me transportara a esas estrofas y me enorgullecía de vivir en ellos, de haber podido expresarme de una manera tan magnífica.

La actitud que teníamos entonces respecto a la poesía era distinta de la actual. Yo no esperaba ni exigía de los versos que me explicaran la realidad que me rodeaba. Incluso me enamoraba de

poemas que no llegaba a comprender del todo. Un susurro poético me inquietaba como un sortilegio, como la magia.

No recuerdo las diferencias entre la poesía lírica y la patriótica. Entre la audaz y la pusilánime. Mis amigos y yo no teníamos necesidad de que se nos explicaran en rima las ventajas del nuevo orden social. Y tampoco era necesario que lo defendieran de nosotros. Seguramente experimentábamos la necesidad de que la poesía —si acaso debía explicar algo— nos explicara a nosotros mismos.

Éramos buenos lectores. No se nos ocurría siquiera que pudiéramos sugerirle al poeta acerca de qué y cómo debía escribir. El buen poeta, para mí, también ahora, es una especie de hechicero. Con qué hierbas se han añejado sus versos es, para mí, un secreto; si me enterara del secreto, la magia desaparecería.

Hasta mis oídos llegaban los sordos fragores de la lucha entre las corrientes literarias, lo incomprensible de sus nombres no me rozaba; yo amaba incluso a poetas enemistados entre sí. Mucho más tarde leí sus declaraciones teóricas de entonces y, como regla general, estas no hacían más que menoscabar la adoración que sentía por mis ídolos. Me parece que, por lo general, el lector experimenta una desilusión cuando conoce de cerca a un poeta querido. Los versos geniales son siempre mejores, más puros y más ensordecedores que el mismo genio, ya que en los versos están expresadas sus más altas cualidades.

¿Tengo derecho a reflexionar sobre esto, Zinaída Borísovna?

Sus cartas a propósito de Sasha Beliavski pusieron en movimiento algún mecanismo dentro de mí, que ahora funciona con independencia de mi voluntad. He perdido el control sobre él. El pasado se agita desordenadamente en mi interior. Parecería que en estas condiciones yo debería poder exponer con ligereza selenita los acontecimientos de mi vida. ¿Por qué entonces me resulta tan difícil escribir sobre ellos?

La literatura no se ha convertido en mi profesión. Soy un aficionado. Mi actividad literaria surgió de una manera fortuita.

Cuando vivía en Duderhof, en el campo, donde enseñaba matemáticas a los estudiantes de la academia militar, por las noches

me aburría soberanamente. No estaba permitido ausentarse a la ciudad. Es posible que este aburrimiento me llevara a escribir un breve manuscrito. Más tarde fue publicado, pero eso no cambió mis intenciones vitales. La profesión de maestro seguía atrayéndome igual que antes, aunque en ella me sentía cada vez más inseguro. La vanidad de literato no echó en mí raíces muy profundas: me agoté como autor después del primer manuscrito. Y mi vida pareció perder su orientación: sin convertirme en escritor, poco a poco dejé de ser maestro.

Como siempre ocurre, ahora lo comprendo mucho mejor y más profundamente que entonces. La intranquilidad que se había apoderado de mí en aquella época me condujo a una sola cosa: eché de menos aún más a Katia.

—Hemos estado hablando —dijo el director del Instituto—, y hemos decidido que la habitación que ha quedado libre en el piso de Sipovski podría serle asignada a usted.

Yo continuaba viviendo en la residencia de oficiales, de donde me expulsaban suave pero insistentemente.

—Aquí tiene la orden —dijo el director sin mirarme—. Debe ocupar la plaza cuanto antes. Supongo que sus muebles son propiedad del Estado.

Yo asentí.

—Cómprase un taburete o una silla, recoja sus trastos y mañana mismo ocupe su plaza. Ponga un candado en la puerta. ¿Tiene usted un candado?

Pregunté:

—¿Acaso la esposa de Grigori Mitrofánovich no sabe que usted me ha dado esta orden?

—No, no lo sabe. Y no debe saberlo. Hasta el minuto mismo en que usted lleve sus cosas a la pieza que ha quedado libre. De otra forma comenzará un escándalo y el Instituto la perderá. He tenido que arrancársela con los dientes al soviét del barrio.

—Yo no quisiera... —comencé a decir.

—No quisiera, pues no la tome —dijo el director—. El siguiente en la lista de quienes tienen una necesidad imperiosa de vivienda es el

bombero Alexéiev. Está registrado en el dispensario por dipsomanía. Sufre crisis tres veces al año. Inundará de vómito el piso de Sipovski.

Tomé la orden.

Esa misma noche llamé a la esposa de Grigori Mitrofánovich. Él y yo no nos conocíamos mucho: él trabajaba en la cátedra de economía política; a su esposa no la conocía en absoluto. Le conté la conversación que el director había mantenido conmigo y le aconsejé que fuera a una consulta jurídica y que tratara de conseguir que le devolvieran el gabinete de su marido arrestado, aunque solo fuera hasta que se dictara la sentencia.

—La orden es válida durante un mes —le dije—. Si no logra nada, por favor, comuníqueme lo que haya decidido.

Tres días más tarde recibí un telegrama: LE RUEGO QUE SE TRASLADE.

Así, sin haber comprado ni el taburete ni el candado, me trasladé al antiguo gabinete de Sipovski. Ya no tendría que acostumbrarme a vivir en el piso de una persona arrestada. Era la segunda vez que, al romper el ritmo de la vida cotidiana de las personas, parecía hacerles una especie de favor.

Conviví en un mismo piso con Evguenia Márkovna poco tiempo. Un mes y medio después de que me hubiera yo trasladado, recibió una notificación de la sección del barrio de la milicia, lo que no presagiaba nada bueno.

Fui con ella, pues se encontraba mal.

Junto a la sección del barrio, en la placita que está al lado del monumento a Lomonósov, esperé a Evguenia Márkovna, sosteniendo sobre mis rodillas a su hija de un año. Tuve que esperar mucho rato; después supe que Evguenia Márkovna se había sentido mal en la oficina del jefe. La ayudaron a reponerse dándole a beber agua y le entregaron la orden de abandonar Leningrado para ir a Kazajstán en el transcurso de los próximos tres días.

Los dos días siguientes, se vendieron los muebles a un precio irrisorio. Los almacenes de comisión estaban a reventar con los bienes de las personas arrestadas. Armarios, pianos y aparadores eran arrastrados por las escaleras, sacados con ayuda de cuerdas a través de los huecos de las ventanas.

En una habitación vacía, llena de basura y pisoteada por las botas de los cargadores, con las huellas de las fotografías arrancadas en el papel de la pared, Evguenia Márkovna y yo nos despedimos.

Por las puertas y las ventanas abiertas de par en par entraba una corriente de aire.

No recuerdo si era otoño o primavera.

En el patio era el año 1938.

Mi nuevo vecino en el piso fue Kesha Valdáiev. Me parece que se llamaba Innokenti Ivánovich; teníamos la misma edad y pronto pasamos a llamarnos por nuestros nombres y luego a tutearnos.

Kesha trabajaba en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores (NKVD), como guardaespaldas. Yo no sabía con exactitud a quién protegía y de quién, y tampoco tenía curiosidad por saberlo, aunque, en las escasas ocasiones en que iba al teatro, solía encontrarme con Kesha en el *foyer*: debía de medir unos dos metros de alto, era ancho de espaldas y con rostro preocupado, su poderoso cuerpo apartaba a los espectadores que paseaban durante el entreacto de alguien invisible para mí, alguien que había salido del palco del gobierno.

Kesha Valdáiev murió hace unos cinco años. Mucho antes de su muerte había sido desmovilizado con el rango de mayor de la seguridad del Estado. Los últimos años lo veía cada vez menos. Me parece que no era un mal hombre. Hijo de un cocinero, en el pasado había sido tornero en una fábrica, fue a dar al NKVD como resultado de una recluta del *Komsomol*; nunca fue instructor ni agente, sino que por su estatura y por su fuerza fue destinado de inmediato al grupo de guardaespaldas de los funcionarios del Smolni.

Kesha tenía algo de escrupuloso, algo que lo hacía quedarse boquiabierto en ese entonces. Ignoro qué había suscitado la confianza que Kesha me tenía, pero incluso cuando vivíamos en lugares opuestos de la ciudad, en vísperas de las fiestas siempre me enviaba entradas para la tribuna frente al Palacio de Invierno.

Solía invitarme a su casa. Aparte de mí, a la larga y fantásticamente provista mesa solo se sentaban los compañeros de trabajo de Kesha. Al mirarlos experimentaba una curiosidad tan

sangrienta que me impedía saborear la comida. Por aquel tiempo, ya no me hacía ninguna ilusión respecto a la índole de su trabajo. Yo hablaba con ellos de tonterías, escuchaba sus bromas, bailaba con sus esposas, pero había un pensamiento que me causaba un dolor sordo durante ese rato: ¿y ayer, y mañana por la mañana? ¿Qué hizo usted ayer y qué hará mañana por la mañana?

Muy tarde por la noche, Kesha y yo salimos a ventilar nuestras beodas cabezas. Quizá él estaba un poco más borracho que yo. Incluso a la luz de los faroles distinguía la palidez de su rostro.

Le pregunté:

—¿Estás cansado, Kesha?

—Uno se cansa —dijo él.

Estábamos en el malecón. La fiesta había terminado la víspera, pero la iluminación aún brillaba en algunos lugares. A esa hora tan avanzada no había transeúntes.

Kesha golpeó de pronto con su puño de acero el parapeto de granito. Y, lo más extraño: se echó a reír.

—¡Vaya con el trabajito! En tres días no he dormido más de cinco horas. ¿Y sabes por qué? Buscaba bombas, esas maquinillas infernales...

—¿Cuáles? —pregunté sin comprender.

—El diablo lo sabrá... Las busco desde que comencé mi servicio. En doce años no he encontrado ni un pimiento.

—¿Y es necesario? —pregunté.

—¡Por supuesto! —Kesha enseñó los dientes—. Las fábricas tienen un plan, nosotros también lo tenemos.

Yo callaba, esperando que al segundo siguiente se asustara de lo que acababa de decirme.

Pero no se asustó.

—¿Puedes explicarme —preguntó Kesha, acercándose su sonrisa rígida— por qué demonios nuestros órganos necesitan un plan? ¿Qué es lo que hay que planificar?

No me lo preguntaba a mí. Yo podía no responder.

Dejamos de vernos durante mucho tiempo. Llegó a mis oídos que Kesha había sido jubilado. Por su edad podía seguir en activo pero,

evidentemente, estaban retirándolo al correspondiente estrato de antiguo funcionario.

Nos encontramos por última vez el año 1956. Y nos peleamos.

Kesha vino a verme para hacerme una petición: su hijo iba a presentar los exámenes de ingreso en el instituto y, unas dos semanas antes del examen, había que repasar con él el programa. Sobre eso nos pusimos de acuerdo de inmediato. Sin embargo, pensando en que a Kesha le alegraban los acontecimientos del último año, le dije:

—¡Qué bueno, hermano, que hayamos vivido hasta estos días! Gracias a Dios hemos escuchado, por fin, la verdad.

Me lanzó una mirada reprobatoria.

—¿Y qué tiene de bueno? Nos hemos ido de la lengua frente al mundo entero.

—¡Pero si es verdad! Tú, Kesha, sabes mejor que yo que es la terrible verdad.

—¿Y qué? Yo lo sé. Pero no es necesario irse de la lengua. ¿Quién se siente mejor con esta verdad? ¿Piensas que por eso ahora habrá más fe? Nos hemos deshonrado a nosotros mismos ante el mundo entero.

Yo me indigné.

—¿O sea que, según tú, había que dejar a las personas inocentes en los campos y las cárceles?

—Debían haberlo hecho sin ruido. Sin charlatanería. Los metieron allí sin ruido, debían sacarlos también sin ruido.

—¿Y los que perecieron?

—¿Acaso van a resucitar por esto? —Kesha lanzó un suspiro sincero y profundo—. Han echado toda la culpa a los muchachos de los órganos. Hubo excesos, lo sé. Pero de todo esto resulta un descrédito general.

No era la primera vez que oía letanías de ese tipo, por eso miré a Kesha con aburrida ferocidad. Seguramente él lo sintió. Su rostro, que hasta entonces había sido rojo —sufría de hipertensión—, se volvió de un gris azulado que no auguraba nada bueno.

—¿Cómo te imaginas que sucedían las cosas? ¿Eh? ¿Que el instructor enviaba a una persona a la prisión porque le daba la

gana? ¿Que se le antojaba y le golpeaba en la jeta? ¡El instructor es un peón!, ¿entiendes? Un cero a la izquierda. Recibe órdenes y las cumple. Si tú hubieras servido allí, también habrías cumplido las órdenes.

—Yo no serví allí —dije.

—Pero otros sí lo hicieron —dijo Kesha—. ¿Tienes algo de beber?

Le serví medio vaso de vodka, también me serví, pero no bebí; él no se dio cuenta.

—Pero había orden —dijo Kesha—. La gente necesita un poder. Un poder fuerte. Que haya autoridad. Nuestro *muzhik* no puede vivir sin eso. Tampoco el trabajador.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo ¿qué?

—¿Y tú puedes?

—Yo tampoco puedo. Hay gente más inteligente que nosotros. Para eso están: para pensar a nivel de Estado. Sírvenme un poco más.

Le acerqué el vaso que yo no había bebido. Quería que se marchara cuanto antes. En él se habían producido ciertos cambios irreversibles. Antes no se emborrachaba, se volvía como de hierro con el vodka. Ahora sus movimientos se habían hecho inciertos, y los ojos diluidos por el alcohol habían perdido su color.

Le pregunté:

—Kesha, ¿tú golpeaste alguna vez a alguien?

—¡Ya verás, ya verás! —dijo Kesha y me amenazó con un dedo.

Nos peleamos justamente antes de que se marchara. Ya en el recibidor me abrazó para despedirse.

—Y gracias por mi Vovka. Habla con el director del instituto o con quien sea. Con astucia. Como lo hacen los judíos...

—¿Cómo dices?

—Bah, qué tiene eso de especial. — Kesha rio cándidamente—. Vuestro pueblo está muy unido, no como los estúpidos rusos. Vosotros siempre os cubrís unos a otros...

Le empujé, abrí la puerta y, sintiéndome avergonzado por él, por la gente que lo había deformado, por la época en que he vivido, eché a Kesha de mi casa.

Los asuntos de Ígor Astájov de pronto se arreglaron radicalmente: con ayuda de un ligero maquillaje se convertía enseguida en Stalin.

El teatro en el que trabajaba Ígor montó una obra histórica, y cuando él entraba en escena con la pipa en los labios, vestido con una guerrera y con el cabello corto, la audiencia lo recibía con ovaciones. Fue uno de los primeros actores que aprendió a interpretar ese papel. Y era tal la fuerza mágica que poseía el papel que sus particularidades parecían seguir irradiando a la compañía incluso fuera del espectáculo, detrás del escenario. El solo hecho de que en el camerino de Astájov colgara permanentemente de una percha aquella guerrera, que estuviera en la estantería esa gorra semimilitar, que en el suelo se encontraran aquellas botas de tacón alto, solo esto, obligó a la dirección del teatro a revisar su actitud respecto a Ígor.

Se convirtió en un artista de la categoría más alta.

No se podía decir que interpretara mal aquel papel, ya que su parecido físico con Stalin lo volvía intocable.

Aquellas escasas réplicas que Astájov pronunciaba en el escenario, con un apenas perceptible acento georgiano, aquellas escasas poses, familiares por los retratos y los documentales, que adoptaba durante el espectáculo le transportaban a otra esfera, donde el aire estaba enrarecido, donde al espectador le resultaba difícil pero dulce respirar.

En una gira por Moscú, Ígor fue recibido con más entusiasmo aún.

Fue invitado a filmar una película.

Ya no actuaba en ningún otro papel: los directores temían que pudiera ensuciar con rasgos cotidianos su papel maestro.

Cada vez era más difícil ir a su casa. Mis relaciones con Katia se congelaron... Habían llegado a aquel punto a partir del cual solo podían retroceder. Después de lo que había ocurrido en Batilimán, la afectuosidad de Astájov se había vuelto forzada. No sentíamos hostilidad el uno por el otro, a ambos nos unía un mutuo sentimiento de inferioridad. Katia había tomado de cada uno de nosotros lo que para ella era valioso e indispensable, y a partir de esa pedacería había creado para sí un solo hombre amado; desde entonces Ígor y yo ya no existíamos por separado.

Pero, a pesar de todo, para él era más sencillo que para mí: yo debía volver a mi casa, él se quedaba con ella.

A veces se apoderaba de mí un ardiente deseo de vengarme por mi falta de derechos. Pero cuando ocurría, me sentía aún peor. Cada una de mis venganzas me humillaba de manera más amarga.

Ahora puedo juzgar todo aquello desde lejos. Podría volver a vivir mi vida entera, pero hay una sola cosa que no tocaría: Katia. Ni el dolor, ni el éxtasis. No traicionaría ni siquiera el desprecio que sentía por mí mismo, un desprecio que se apoderaba de mí de tanto en tanto. No traicionaría mi mísero lugar junto a ella. Como dice Pushkin: «Que Dios le conceda ser amada así por otro».

...Y su vida cambió de manera sorprendente. En primer lugar, apareció una buena vivienda en Leningrado. Apareció un coche. A su casa comenzaron a llegar como invitados personas cuyos nombres estaban en boca de todos. Yo revoloteaba en silencio entre ellos. A veces sorprendía sus miradas curiosas, pero ninguna de aquellas personas se dignaba fijar su atención en mí.

No me resultaba fácil.

Yo era una persona ajena.

Y no porque viviera de un modo más pobre que toda aquella gente. Ni porque no comprendiera lo que ellos hablaban. Yo era ajeno a su manera de pensar. Esa gente del mundo del arte se había dejado llevar por un polvoriento torbellino de éxitos deshonestos y bienestar personal, a través del cual ya no distinguían las cosas pequeñas de la vida.

Aún no se habían vuelto cínicos. Todavía creían que no mentían. Se les encargaba reflejar una vida imaginaria, e incluso cuando se daban cuenta de que esa vida había sido inventada, se esforzaban por alcanzar un estado de sinceridad, suponiendo que había consideraciones más elevadas que justificaban que se les hubiera encomendado actuar justamente de esa manera. Y quienes hacían el encargo, al ver con cuánto gusto y fervor se ejecutaba todo aquello, primero premiaban a los ejecutantes y luego les exigían más mentiras.

Apareció una nueva raza de personas: los fanáticos bien pagados. Esta especie de fanatismo es particularmente peligrosa. Sus

practicantes están dispuestos a todo, porque tienen algo que perder. Su defensa está marcadamente escalonada: la hipocresía y el cinismo siempre están listos.

Ígor Astájov también se vio atrapado por ese torbellino; giraba junto con sus falsos amigos en torno al éxito, pero su natural ligereza no le permitía ocupar una posición determinada. Él era sencilla y llanamente feliz.

Los bienes materiales que de pronto le cayeron no cambiaron su carácter. Me parece que no creía en su talento. Astájov consideraba que había tenido suerte y que debía sacar provecho de ella. Extraía de su situación todo lo que le correspondía, pero era capaz de detenerse a tiempo si veía que estaba rebasando los límites.

Katia era más inteligente que él.

Ella quería algo más para Astájov. Disfrutando de la abundancia que le llegaba, veía en todo ello la mano del azar. Soñaba con que fuera algo merecido.

Como muchas mujeres, toda su vanidad la concentraba en el hombre con el que vivía. El trabajo de Astájov en el teatro y en el cine no le parecía lo bastante valioso. Pero justamente por eso trataba de demostrarse a sí misma, y a quienes le rodeaban, que un trabajo semejante requiere un talento especial.

No me gusta ese periodo de la vida de Katia. No me gusta recordarlo, como tampoco me gustaba entonces. En aquellos años, muchos de nosotros tocamos fondo. Para algunas personas era más profundo, para otras menos. Algunos vivían más holgadamente, otros se sentían incómodos.

Los Astájov se mudaron a Moscú.

Nos veíamos poco, la distancia crecía entre nosotros.

Una vez más —entonces sí por última vez— yo intenté salvarme. Aunque parezca extraño, los errores habituales son los más sencillos de cometer.

Me resultaba insoportable vivir solo. Necesitaba tener a alguien por quien apresurarme a llegar a casa, alguien a quien contar lo que me gustaba y lo que detestaba. Necesitaba preocuparme por alguien. Las reservas de preocupación por los demás, heredadas de mi padre, estaban intactas y se me desintegraban en las venas. Me

convencí a mí mismo de que aquello también podía hacerse sin amor. Y consideré la posibilidad de comenzar desde la etapa de la vida familiar a la que, por lo regular, se llega al final.

Le propuse matrimonio a la profesora de inglés Vera Mijáilovna Kruglova. Así, exactamente: le propuse matrimonio.

Le dije:

—Cásese conmigo.

Caminábamos del Instituto a casa y cuando llegamos a la parada del tranvía, junto a la catedral de Kazán, la frase había madurado. Casi nada la había precedido, excepto mi terrible soledad.

Vera Mijáilovna se encontraba ya en el escalón inferior del tranvía. Agitando la mano a guisa de despedida, respondió:

—Tenga cuidado, podría aceptar.

A menudo caminábamos juntos hasta esa parada. Allí ella tomaba el tranvía 12 e iba a su casa en Staro-Nevski. Y yo giraba en el canal Griboiédov. En el Instituto nos veíamos únicamente durante los descansos entre las clases... Si sumáramos todo el tiempo que habíamos pasado juntos, en un año no habrían sido más que unos cuantos días. Sin embargo, no suele contarse así. Se suele pensar que las personas se conocen desde hace un año.

No me equivoqué con Vera Mijáilovna. Aquello que me atraía en ella permaneció inquebrantable después, cuando nos juntamos. Me equivoqué conmigo mismo.

El sosiego y el sentido positivo que emanaban de ella tenían en mí un efecto curativo. La tensión que se había apoderado de mí en casa de los Astájov, la necesidad de acercarme a Katia, de justificar lo que ella había inventado en mí, todos esos esfuerzos hacían que yo me desgarrara y no quedara nada sano en mí. Con Vera, por el contrario, podía ser yo mismo. O eso creía.

Nos juntamos. Comenzó una vida que yo había construido lógicamente. Era un matrimonio de laboratorio. Todo en él estaba en su lugar. Los elementos que lo componían entraban de pronto en contacto. Dos personas no demasiado jóvenes —yo tenía algo menos de treinta años y Vera Mijáilovna cinco más que yo— con una experiencia vital y un carácter formados de manera independiente el uno del otro, sin recuerdos en común, con las pasiones dejadas

detrás de la puerta, y que se habían conocido «durante el trabajo», de paso. El mecanismo de relojería del matrimonio echó a andar con piezas ya usadas, pero no rodadas, que, además, habían sido ensambladas por las manos de un chapucero.

Cuando me presentaba a sus amigos, Vera Mijáilovna decía:

—Le presento a mi cónyuge.

Yo me estremecía: aquella palabra no formaba parte de mi vocabulario.

Hacíamos muchos esfuerzos por complacernos mutuamente. Yo le leía en voz alta mientras ella bordaba. No tolero leer en voz alta, pero a ella le gustaba. Y yo leía.

De regreso a casa, ella me relataba con detalle qué medio de transporte había utilizado y lo que había ocurrido durante el camino. Sus relatos eran largos, sin argumento, y en ellos no había ningún sentido. Ella se reía de cosas que para mí carecían de gracia. Y se afligía por cosas que a mí me dejaban absolutamente indiferente.

Al despertarme a veces en mitad de la noche, sentía, con la mitad derecha de mi cuerpo, que junto a mí, quién sabe por qué razón, yacía una persona extraña. Incluso Valia Sneguiriova me había resultado más cercana: teníamos en común la ciudad de nuestra juventud.

En verano, durante las vacaciones, llevé a Vera Mijáilovna a Járkov, para que la conocieran mis padres.

Mi madre ya se había resignado a todo: sus tres hijos le habían llevado a casa siete nueras. Eso había enseñado a mi madre a juzgar de manera evasiva. A veces decía tristemente:

—Mis nueras me producen un ligero escozor en los ojos.

Acogió a Vera Mijáilovna con su amabilidad habitual y con una triste curiosidad, bien disimulada.

Estuvimos diez días en Járkov. Presenté a mi nueva esposa a mis amigos de la infancia que se habían salvado. Tosia Zunin y Mishka Sinkov habían desaparecido sin dejar rastro.

Sasha Beliavski nos invitó a su casa.

El que antaño había sido un majestuoso dogo, *Rex*, yacía en su cama, destrozado por la parálisis. Trató de incorporarse para recibirnos, pero solo pudo levantar la parte anterior de su cuerpo,

coronada por una pesada cabeza huesuda. Después de agitarse en señal de saludo, volvió a echarse.

Todo había envejecido y se había empañado en casa de Sasha: las dos alfombras —en la pared y en el suelo—, el amarillento abrecartas de marfil y los espejos enturbiados. El tiempo solo había respetado a Serguéi Pávlovich, su provinciana elegancia y su presencia perfumada.

Tenía muchos deseos de que Vera Mijáilovna se afirmara en aquella casa, que compartiera mi enternecimiento. Pero sentía que no se habituaba a mi pasado. En realidad, yo no sabía nada de ella. Lo que me había relatado sobre sí misma no formaba un todo: era impersonal y anónimo.

De la visita a casa de Sasha, me quedaron recuerdos aislados: el tenso y delicado rostro de Vera Mijáilovna cuando Sasha leía poesías, el sonido ronco de la voz gutural de esta y fragmentos de nuestra conversación con él.

Pregunté:

—¿Qué hay de Tósik y de Mishka?

—Nada nuevo —respondió Sasha.

—¿No se sabe por qué?

—Dicen que por haber participado en no sé qué organización.

—¿Puedes creer una cosa así?

—Es cuestión de imaginación —dijo Sasha.

La conversación fue corta. Sin duda, ya desconfiábamos el uno del otro. Tanto él como yo creíamos en la inocencia de nuestros amigos de infancia, pero nosotros mismos —amigos de infancia— habíamos dejado de creer el uno en el otro.

Esa vil desconfianza, que hace volverte execrable para ti mismo, era absorbida por la sangre, ingerida con el aire. Impregnados de ese veneno que habría vuelto loco a un animal, los seres humanos continuaban viviendo con normalidad.

Con diligencia sospechábamos la traición de nuestro amigo, pero tomábamos vodka con él; los maestros sentían temor de sus alumnos. Los alumnos de sus maestros. Sintiendo terror y repugnancia por la delación, la gente se apresuraba a ser la primera en delatar, para adelantarse a los otros.

No hablo de ese delirio enfermizo que se arrancaba a la gente por medio de las torturas. Tampoco de las cartas anónimas o firmadas con seudónimos. Me refiero a aquella forma de delación, abierta y más contagiosa, que se convirtió en un género de la literatura y del arte, una rama de la ciencia, una forma de intervención pública.

Las denuncias se imprimían en verso y en prosa artística, conducían el pincel del pintor, el lápiz del dibujante, se ponían en música; las películas-deladoras enseñaban a los niños a vigilar atentamente a sus padres. En las memorias para optar al grado de candidato o de doctor en ciencias, los sabios delataban a sus colegas. No se limitaban a golpear a individuos aislados, sino que arrasaban con manzanas enteras, quemando por completo, con el napalm de la calumnia, zonas enteras de la ciencia.

Los acusadores subían a la tribuna abiertamente, con la cabeza muy erguida y el rostro colérico. Ya no era necesario contratarlos. Apartándose unos a otros con los codos, corrían en masa hacia las tribunas. Habían afilado el arte de la denuncia hasta obtener el brillo de un cuchillo; no lo hundían en la espalda, no lo clavaban en el pecho; ante nuestros ojos, cortaban con él la garganta de nuestros amigos.

No teníamos derecho a llorar. No teníamos derecho a continuar sentados sin expresión en el rostro. Debíamos aplaudir. La sospecha de todos contra todos se arraigaba en el cerebro, irradiaba los genes, cambiando su código; la sospecha ya era hereditaria.

Y, pese a todo, la gente trabajaba. Trabajaban olvidándose de sí mismos, de su beneficio. Arriesgaban su vida en nombre de la felicidad del género humano. Pero esa felicidad se alejaba en el horizonte, como un espejismo. Los hombres caminaban hacia ella como hormigas, cargados de trabajo, infatigables; cuando en su camino se encontraban con sus camaradas caídos, los evitaban pasando por un costado y continuaban hacia adelante con su carga.

Esa época mostró que el ser humano no conoce límites para sus capacidades, ni para el heroísmo, ni para la bajeza.

La cronología me estorba: se enreda entre las piernas tratando de crear un orden, allí donde este resulta embarazoso.

En la vida de todo hombre existen acontecimientos que están claramente ligados al tiempo. Pero sucede también así: había una vez un año, había una vez un mes y un día, había una vez un reino...

Katia abandonó a Ígor Astájov y acudió a mí. En adelante lo abandonaría muchas veces y vendría a mí, pero sucedió por primera vez aquel día.

El tren llegó por la noche.

La vi a través de la ventanilla del vagón que se arrastraba a lo largo del andén.

Ella rascó el cristal, me sonrió y yo me puse a caminar al lado del vagón.

Tenía poco equipaje: dos maletas. Siempre miraba sus manos en el momento en que aparecía en la plataforma: por la cantidad de maletas podía adivinar por cuánto tiempo había dejado a Astájov.

Aquella primera vez, de la estación nos dirigimos a un hotel. No teníamos dónde vivir. Mi esposa, Vera Mijáilovna, se había quedado en casa.

Finalmente caí en la trampa. Mejor dicho, nunca había salido de ella. Tal como se habían desarrollado nuestras vidas, ni ella ni yo éramos libres. Y no tenía fuerza para rechazar lo que me había deparado el destino. Era muy poco para mí, pero sin ese poco mi vida ya no tenía ningún significado. Sin eso yo no existía.

Salimos de la estación y caminamos por la perspectiva Nevski.

Yo no disponía de un piso para Katia, pero en ese momento tenía para ella una ciudad desierta al amanecer. Y confiaba en la ciudad.

Los cuatro caballos que había colocado en el puente Anichkov giraron hacia nosotros sus largas y bondadosas cabezas. Los familiares muchachos desnudos los sujetaban. Pero los caballos intentaban zafarse para ir al encuentro de Katia.

Como la perspectiva Nevski estaba desierta, yo la poblaba con mi caótica imaginación. Dos caudillos militares —Kutúzov y Barclay— nos esperaban junto a la catedral de Kazán con sus impermeables de bronce ligeramente caídos. Junto al Astoria caracoleaba Nicolás I.

Gracias al pasaporte moscovita de Katia alquilamos la habitación más barata. Las ventanas daban al patio del hotel y enfrente tenían un muro.

De nuevo el tiempo desapareció y los pensamientos dejaron de existir, todos excepto uno, loco: retener esa existencia sin sentido. A causa de lo incompleto de mi felicidad, perceptible a cada instante, perdía la cabeza. Sin creer que aquello podría durar, lo dejaba todo a un lado para que durara. Cambiaban las proporciones del mundo que me rodeaba. El «ahora», el «hoy», el «en este momento», no siendo necesarios, desaparecían. No veía y escuchaba más que a Katia.

El dinero se acabó muy pronto, el mío y el de ella. Yo tenía muchos libros, que había ido reuniendo durante quince años. Después de venderlos a los libreros de la perspectiva Liteini, nos fuimos al sur.

En mi escritorio, en un cajón del lado derecho, conservé durante mucho tiempo los sobres que su mano había escrito. Continuaron llegando incluso cuando ya nos habíamos separado. Su última carta la recibí al final de la guerra. Mi vecina de escalera, que había sobrevivido al asedio de milagro, me la entregó en el año 1945. No la leí. Era una carta muerta. Una carta ajena, como si no hubiera sido dirigida a mí, ni escrita por Katia. Las que se carteaban eran dos personas que yo no conocía, y no tenía derecho a introducirme en sus relaciones.

Unas tres veces al año, cuando ponía orden en mi escritorio, me encontraba con aquellos sobres sin abrir. Emergían como esquilas sin extraer, alrededor de las cuales se había formado una carne imperfecta. Ya no había dolor, pero en ese lugar había perdido la flexibilidad de las articulaciones.

Así, sin haberlas leído, quemé todas las cartas en el año 1949, cuando arrestaron a Katia.

Las quemé por cobardía.

No había ninguna lógica en lo que hice. La ola de represiones de la posguerra me había vencido. Los aullidos de los diarios y de las emisiones de la radio, así como la histeria de las asambleas generales, me habían llevado a un círculo cercado por banderines. Los tiradores, dispuestos por números, oyendo descuidadamente el ulular de los batidores, disparaban sin apuntar a lo que hacía ruido,

a la muchedumbre. Nosotros nos juntábamos, llenando los vacíos, y aguardábamos la siguiente salva.

Y resultó posible acostumbrarse a eso.

Los teatros funcionaban, famosos pianistas y violinistas tocaban en las sociedades filarmónicas, se encendían nuevos y gigantescos altos hornos, se levantaban represas de dimensiones nunca vistas, se celebraban bodas, los niños seguían naciendo, el sol salía y se ponía. Todo como si nada ocurriera.

Quizá solo por las noches los sueños atormentaban a las personas.

A ese hombre lo vi por primera vez en la polvorienta plaza de la aldea donde pasábamos las vacaciones. Estaba de pie, vestido con una vieja bata de satén descolorida por el sol, que se había puesto, visiblemente, sobre los calzoncillos y la camiseta; por el cuello abierto de la bata le sobresalían unos vellos canosos del pecho. Junto a los pies, calzados con simples pantuflas, había una amplia cesta que contenía cucuruchos de papel de periódico con verduras aromáticas: puerro, apio y eneldo.

El lugar que él elegía para su pequeño comercio era animado: justamente delante pasaba el autobús de línea y se detenía no lejos de allí.

En aquellos años, no había un mercado en nuestra aldea; el solitario vendedor acudía en ayuda de los veraneantes con sus verduras. Los precios que fijaba eran aceptables.

Yo mismo le compraba a veces sus cucuruchos. Es difícil estar de pie bajo el sol, en medio del polvo; me daba lástima aquel hombre de edad. Me asombraba que hubiera elegido un lugar que no era en absoluto seguro: al otro lado de la plaza se erguía el edificio de madera de la milicia local. Los jóvenes milicianos, educados en el espíritu de que el comercio privado engendra el tiburón del capitalismo, lo miraban con aire sombrío. Sin embargo, cosa extraña, no lo echaban de allí. Solo a veces se aproximaba a él el oficial de guardia, el teniente Tomilin, y con voz sorda pedía:

—Por lo menos podría ponerse los pantalones, camarada teniente coronel.

El vendedor se arreglaba la bata y contestaba con cortesía:

—Hace calor, Tomilin.

—Pero ¿será posible que no le dé vergüenza delante de la gente? —preguntaba Tomilin—. Tiene una pensión, condecoraciones del gobierno... Y ha organizado un bazar en pleno día, en el centro de un poblado.

Se quitó el rojizo sombrero de felpa y, descubriendo una calva húmeda y desagradablemente blanca, el comerciante suspiró.

—¿No puedes dejarme en paz, Tomilin? Vendo lo mío. No puedes reprocharme nada. Hay que leer los diarios, Tomilin. Todo para el hombre. Y el hombre necesita sopa. Y en la sopa debe haber verduras. Suplo una carencia en el funcionamiento del comercio del Estado.

—No tiene usted conciencia —dijo abatido el miliciano.

—Un nuevo fallo tuyo. No conoces las últimas directivas: la conciencia es un concepto sin partido; puede estar de nuestro lado, pero, y ocurre también, puede no estarlo.

El leído teniente coronel derrotaba sin dificultad alguna a aquel ignorante teniente.

Aquellas flojas batallas ideológicas se desarrollaron frente a mis ojos más de una vez. Mi actitud respecto al militar retirado que comerciaba con verduras era de compasión no exenta de repugnancia. Al no conocer las circunstancias de su vida, no me arriesgaba a juzgarle. Tanto más cuanto que era el único medio de encontrar verduras para la sopa en nuestra aldea.

Mis sentimientos hacia él se definieron por casualidad, un día que estábamos de pesca.

Nos encontramos en el lago, cerca de las «dachas blancas», como se llamaba a unas construcciones de color claro que se extendían por la orilla de ese enorme lago. Yo sabía que desde hacía mucho tiempo —unos quince años— eran la residencia de militares retirados.

Nuestras canoas se encontraban no muy lejos la una de la otra. Había pocos peces en el agua, ya que más de una vez los habían matado con dinamita, envenenado con cal o arrastrado con redes; los pequeños peces que se habían salvado por la voluntad de Dios

se desplazaban por todo el lago, e incluso con anzuelo resultaba difícil pescarlos.

El ligero viento crepuscular ya se había calmado, el sol se había puesto, pero el cielo, calentado por su fuego, no lograba serenarse.

Atraqué en una pequeña isleta pelada, ensuciada por las gaviotas. Ese pájaro, romántico en el vuelo, es asombrosamente desaseado en su vida cotidiana. Todos los guijarros y todas las rocas redondeadas de la isla estaban cubiertos por sus excrementos.

Cuando alcancé las piedras y encendí una pequeña fogata con trozos de juncos secos, las gaviotas levantaron el vuelo y se suspendieron sobre mi cabeza, gritándome con voces de vendedores de mercado; entre las piedras renqueaban sus zancudos y deformes polluelos, cubiertos no de plumas, sino de plumón.

Mi intención era quedarme a pasar allí la corta noche estival, hasta el amanecer.

Ya estaba completamente oscuro cuando llegó hasta mí el suave chirrido de un escámo; una canoa había atracado en la orilla.

El militar retirado salió de entre las tinieblas y se dirigió hacia mi hoguera. En esta ocasión iba vestido con un chaquetón acolchado y unas botas altas de goma.

—¿No molesto?

Se sentó sobre una piedra, al otro lado de la fogata.

Cruzamos dos o tres frases a propósito de la pesca; luego le pregunté:

—¿En qué ejército sirvió usted, camarada teniente-coronel?

Tras unos instantes de silencio, contestó:

—En los órganos.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde 1930. El año 1955 celebré mi aniversario. Me retiré debido a mi estado de salud.

—¿Cuál es su estado de salud? —pregunté.

—El hígado —respondió el teniente coronel—. El corazón. El sistema nervioso central. Las «dachas blancas» albergan toda una colección de inválidos.

Me miró a través de la llama de la fogata y, probablemente, sin distinguir la expresión de mi rostro, añadió:

—El insomnio, el muy canalla, me atormenta.

—¿Qué lo puede provocar? —pregunté.

—Duermes una hora y luego sufres hasta la mañana. Cuestión de edad... ¿Usted padece el mismo cuadro?

—No —dije—. Mi historia clínica es otra.

Éramos de la misma generación. Pero yo no quería que tuviéramos en común ni siquiera el insomnio.

—¿Es usted médico por casualidad? —preguntó el teniente coronel.

Sacudí la cabeza.

—Nuestra medicina está muy atrasada —suspiró el teniente coronel—. Sabemos amputar brazos y piernas, pero no hemos aprendido a remendar los pequeños nerviecillos. Dicen que en el extranjero han inventado unas píldoras. ¡Allí curan que da gusto! No son como nuestros cuadros del partido.

—Artículo 58, punto décimo —observé—. Por afirmaciones semejantes en el año 1949 usted encarcelaba a la gente.

Levantó hacia mí su rostro indiferente.

—Lo que tiene importancia es la situación histórica concreta.

—¿Significa que usted no se acusa de nada?

—¿En lo personal?

—Aunque solo sea en eso.

—A veces cometía algún error. Pero aplicaba las directrices generales correctamente.

Tomó en sus manos un polluelo que yacía sobre una piedra.

—Me tienen hartos ese tipo de preguntas.

—Los niños pequeños —dije— eran separados de sus padres encarcelados y entregados al orfanato con un número. Y a los recién nacidos los encarcelaban junto con sus madres.

—Actualmente todos se han vuelto muy listos —bostezó el teniente coronel—. Dicen cualquier cosa. ¿Cuál es su profesión?

—Soy maestro.

—¿Y qué enseñaba a los niños en la escuela? ¿A ser partidarios del poder soviético? Pues yo también era partidario. Durante veinticinco años fui guardián de sus ideas... Si hubiera trabajado mal, no me habrían concedido este merecido descanso. Soy

merecedor del más completo respeto por parte del Estado, quienes me hacen reproches son los civiles.

Colocó cuidadosamente el polluelo en su lugar y se perdió un momento en la oscuridad para orinar. Cuando regresó dijo:

—¡Estoy harto de estas conversaciones! Viajas en el tren y el primer idiota se pone a generalizar. Lo hemos hecho todo por él: hemos aceptado las infracciones, hemos restablecido la legalidad socialista, las normas leninistas. ¡Trabaja, estudia, construye una nueva sociedad! Pero para él, mocoso, todo es poco. Tuerce el gesto. Entona canciones antisoviéticas acompañándose con una guitarra... Si de mí dependiera...

Pregunté:

—¿Le encarcelaría?

—¿Para qué? Actualmente no hay una directiva en ese sentido. Se puede tener una conversación profiláctica. Pero puede llegar a tratarse de un demente. Y entonces hay que curarlo... ¿Nos echamos un sueñecito?

Desatraqué de la isla en la oscuridad. El teniente coronel dormía con el sombrero colocado debajo de su cabeza y apoyado en una piedra. El amanecer me encontró junto a las «dachas blancas», el ancla sujetaba mi barca en medio de la brisa de la mañana.

La orilla es inclinada en esos lugares y desde el lago se observaban los terrenos de las dachas. Los diligentes militares retirados ya habían comenzado a pulular por sus tierras. En pijamas, viejos pantalones de montar, con guerreras gastadas, se afanaban con ahumadores junto a sus colmenas, cavaban círculos alrededor de los manzanos, escardaban sus bancales.

Los peces picaban con cebo vivo en mis anzuelos. Yo no me fijaba en los flotadores. Las «dachas blancas» me ocultaban el mundo. Al observar a aquellas personas, que habían servido toda su vida en los órganos, intentaba adivinar quién de ellos habría sido el primero en derribar de un puñetazo a Isaak Bábel o a Vsévolod Meyerhold.

Me esforzaba por comprender qué veían ellos ahora, tan temprano por la mañana, cuando elevaban hacia el cielo sus ojos soñolientos.

¿Acaso el mismo sol?

¿Acaso hay una directiva que diga que se debe ver el sol?

He aquí, Zinaída Borísovna, una persona acerca de quien nada le pudo decir Sasha Beliavski: Yasha Gurin, mi amigo del asedio.

Antes de su muerte, nos habíamos tratado durante tres años, pero esa es una cuenta muy tonta, cuando se trata de Yasha Gurin.

Cada persona debería tener por lo menos un amigo así, un amigo cuya memoria no le permitiera cometer ni una sola mala acción. A mí mismo, en caso de extrema necesidad, se me puede convencer de cometer cualquier tontería, pero el delgaducho Yasha, hasta el día de hoy, sigue brillando frente a mí con sus candentes ojos de tuberculoso. Recuerdo el ligeramente húmedo apretón de su mano. No cesaba de secarse las palmas de las manos con un pañuelo arrugado y gimoteaba:

—Qué calamidad, otra vez están sudando.

Tenía una boca grande y bonachona, con anchos labios exangües.

Desconozco los detalles de su biografía. Un tiempo fui curioso: interrogaba a las personas sobre su vida y me formaba una idea acerca de ellas. Pero con el tiempo los detalles de la vida de una persona en particular dejaron de explicarme sus peculiaridades. He tenido, delante de mis ojos, biografías completamente distintas trituradas en las implacables muelas de la historia; el resultado era un picadillo tal que resultaba difícil reconocer la idea inicial de la naturaleza. Comencé a juzgar a las personas a partir del momento en que aprendía a conocerlas. Me resultaba importante saber qué era lo que había logrado conservar de su propia pedacería. Y si los pedazos se habían juntado nuevamente.

Sobre Yasha solo sabía lo que ocurría en mi presencia.

Cuando lo conocí, en el año 1941, se parecía a un *komsomol* de los años veinte. No era un parecido superficial. No se debía a la *kosovorotka* que le gustaba llevar. Más bien la *kosovorotka* se explicaba por su abandono: podía pasar sin lavarse mucho tiempo. Había logrado mantener, a través de esos años terribles, una fe de tal pureza que brillaba gracias a ella, como una linterna de bolsillo: sin cegar a nadie, nos indicaba dónde poner el pie para no tropezar.

A veces me parecía que él vivía más allá de lo que ocurría. Una mueca de asco le torcía la boca cuando se producía junto a él algo execrable.

Yasha Gurin era nuestro jefe. Dirigía una sección del comité de la radio antes de la guerra y se quedó en ese puesto durante el asedio. No fue aceptado para ir al frente porque la tuberculosis le había carcomido los pulmones; por lo tanto, fue dado de baja en el ejército.

Fui a parar al comité de la radio de una manera casual. Cuando era profesor de la FON, hice, por aburrimiento, dos o tres programas de radio cuyo contenido no recuerdo. A Gurin le pareció que en mí dormitaba la capacidad para representar de una manera cómica los pequeños vicios humanos.

Lo que yo escribía se transmitía una vez al mes, los domingos, por la red de radiodifusión de la ciudad.

La mañana del domingo 22 de junio no hubo emisión. Pensé que se habría estropeado mi viejo receptor —no emitía ni un sonido— y llamé a Gurin.

—Algo está ocurriendo —dijo—: hace media hora Moscú ordenó interrumpir nuestras transmisiones y mantener todos los aparatos a punto.

Mi instituto fue evacuado un mes más tarde. Yo me quedé en Leningrado.

La guerra no nos llegó de inmediato; comenzaron a bombardear la ciudad el 8 de septiembre.

Durante los dos meses y medio anteriores a esa primera noche de frente, en las personas tuvo lugar la cristalización de la valentía y del miedo. Esa cristalización continuó después. El asedio duró tanto tiempo que algunos de los más valientes tuvieron tiempo de desmoralizarse y los cobardes, a veces, ganaban entereza.

La psicología humana, desnudada hasta la impudicia por el hambre furiosa del asedio y por el fuego de la artillería, no siempre es indicativa. Sería demasiado cruel formarse un juicio de un ser humano determinado únicamente por los rasgos de su carácter que se revelaron en aquellas condiciones antinaturales.

La duración media de la vida humana es de sesenta o setenta años. En ese lapso, los repentinos horrores del asedio ocupaban solo un año. ¿Por qué tendríamos que considerar precisamente ese año como el más típico para caracterizar a una persona? La bajeza que

se revelaba en uno era, con frecuencia, algo previsible en su propia naturaleza. Pero también ocurría que una persona fuera reducida a esa bajeza por haber sufrido una completa metamorfosis. Se volvía repulsiva. Era repugnante mirarla. Sin embargo, ya no era la misma persona. Y, quizá, la única consecuencia que se podía extraer de eso era que con una persona así no se podía pasar el asedio. No se podía confiar en ella cuando, como una fiera, estaba irremediablemente hambrienta. Pero ¿acaso ese es el estado normal de la humanidad?

Durante el invierno del año 1941 al 1942 yo no pensaba de esa manera. Juzgaba a la gente y la gente me juzgaba por las implacables leyes que había instaurado el asedio. La excepcionalidad del asedio vagó durante mucho tiempo por nuestras venas. Puestos en contra de nuestra voluntad en aquellas condiciones inimaginables, unidos por un mismo destino canallesco, a menudo teníamos una actitud despectiva hacia quienes no habían bebido de aquel cáliz.

Yo conocí a personas que, habiéndose comportado maravillosamente durante los largos días y noches del sitio de Leningrado, se derrumbaban en el momento en que podían comer hasta el hartazgo.

Yasha me dijo:

—Al enemigo hay que abatirlo con lo que tengas a mano. También con la risa. Tú vas a escribir folletines satíricos sobre los fascistas. Tres veces a la semana. ¡Los habitantes de Leningrado tienen que reír cuando escuchen tus folletines!

Recibí de Gurin esa tarea irrealizable al poco tiempo de haber comenzado la guerra. Se me asignó un redactor. Hoy día es un profesor de la Universidad de Leningrado; en aquel entonces era simplemente Yura.

Yura era el primero en escuchar lo que yo escribía. Al terminar de leer mi folletín, levantaba los ojos y veía el aburrimiento en el rostro de mi redactor.

—No tiene gracia —decía Yura. Se acercaba a la puerta y desde el umbral decía—: Cuando tenga gracia, llama, yo te abriré.

Giraba la cerradura, la puerta se cerraba.

Entre todos los tormentos que padecí durante el asedio, este, el de escribir algo gracioso, me hizo llorar.

Yo leía con atención los trágicos boletines del *Informbureau*, oía el desesperado aullido de las sirenas de la alarma antiaérea, y después de eso hacía pedazos a Hitler y Goebbels.

Los hacía polvo, de ellos no quedaba sino una mancha húmeda.

Pero sus ejércitos ya estaban en Srédnaia Rogatka y sus cañones martilleaban la ciudad desde lo alto de Vorónia Gorá.

Los reproductores estaban conectados permanentemente a la red de la ciudad. En los pisos helados, de un extremo a otro, en la oscuridad, sobre las calles cubiertas de cristal triturado, sonaba un metrónomo. Ese sencillo aparato, que antaño marcaba el ritmo de una melodía, medía la inminencia de nuestro destino.

En las primeras semanas de la guerra, en el comité de la radio no se imaginaban aún con qué palabras podían llenar las horas de transmisión. Se transmitían boletines del frente, se hacía sonar el metrónomo, luego salían al aire los pequeños y ya probados cisnes de Chaikovski, el invitado hindú de Rimski-Kórsakov enumeraba sus riquezas, que a nadie servían ya; las frías pasiones de la ópera se diluían en el inquietante cielo.

Si la guerra se iba a convertir en la existencia cotidiana de la ciudad, esa cotidianidad aún no había llegado.

—¡La radio debe hablar! —se exaltaba Yasha Gurin—. No tiene derecho a callar. ¡La gente no puede vivir solo de malos boletines!

No era a nosotros a quienes debía convencer.

—Camarada Gurin —le detenía Kovaliunets, el instructor del comité regional—. No me gusta su estado de ánimo.

—Ni a mí —asentía Yasha.

—¿En qué se basa para calificar de malos los boletines? El proceso en curso es el de atraer al enemigo.

Yasha se secó las palmas de las manos con el pañuelo hecho un burujo. Sonrió.

—Si hemos de hablar honradamente, camarada Kovaliunets, habría sido mucho más agradable no haberlo atraído hasta Púlkovo.

Hacía mucho tiempo que esa fórmula, relativa a atraer al enemigo, nos tenía hartos. Por lo regular la utilizaban las personas que pronto habían de abandonar la ciudad.

No era tan sencillo encontrar en los programas de radio el tono que, aunque fuera solo en parte, correspondiera a la vida de la gente de Leningrado. En un principio todo nos parecía fuera de lugar. La acostumbrada animación arrogante era humillantemente falsa. El desaliento era ya suficiente incluso sin la radio. Yasha Gurin hacía todo lo posible para que en los programas estuviera presente la verdad. Esta no podía ser completa; y quizá no debía serlo. La verdad del asedio resultó ser tan repentina y terrible que el mismo Dios se habría preocupado por maquillarla de alguna manera. No se le podía arrebatar la esperanza a Leningrado. La ciudad tenía derecho a admirar su propia valentía.

Ahora no exagero. Es probable que tuviera suerte; me rodeaban amigos estoicos.

Yo vivía cerca del comité de la radio y mientras sus trabajadores no pasaron a un régimen militar, algunos venían a mi casa a descansar después de las guardias de veinticuatro horas. Dormían amontonados en el suelo, colocándose debajo abrigos, mantas y trapos.

Por alguna feliz circunstancia, mi teléfono aún funcionaba. A veces, por la noche, Yasha conseguía llamar a Moscú. Allí vivía su esposa; ninguno de nosotros la conocía.

—¡Lialia! —gritaba en el teléfono—. Liálechka, todo está bien... Mentira, Liálechka, vivimos normalmente...

Y antes de colgar el auricular, nos miraba con aire confundido y pronunciaba en voz más baja:

—Lialia, te amo.

En el año 1944, cuando ya se había roto el asedio, Yasha fue alistado como soldado: tuberculoso, dado de baja, sin haber recibido instrucción.

Todo ocurrió de pronto. Comenzó así.

La orquesta del comité de la radio daba un concierto público en la sala grande de la Sociedad Filarmónica.

Yasha persuadió a los músicos de que todo debía ser como en tiempo de paz: salieron al escenario con puños blancos, vestidos de frac y con pajaritas negras en sus delgados cuellos.

En la sala hacía un frío atroz.

El público, abrigado con pellizas, abrigos, capotes y botas de fieltro, soltó un «ah» de admiración y se levantó cuando los artistas aparecieron en el escenario. Les ofreció una ovación en el momento mismo en que los músicos tomaron sus instrumentos.

Yasha era quien aplaudía con más furor. Esos aplausos le calentaron durante unos cinco minutos: él era el único asistente en todo aquel enorme recinto que no llevaba abrigo. Con un traje mal planchado, una camisa arrugada pero limpia, una corbata y calzado con unos zapatos abrigados con saliva, Yasha estaba de pie a un costado, cerca del palco del extremo, y aplaudía con todas sus fuerzas.

En el entreacto, el instructor Kovaliunets le dijo:

—Camarada Gurin: está usted acentuando su «yo» en vano. En el palco se encuentran personas que toda la ciudad conoce y respeta. A ellos les parece indispensable conservar la ropa de abrigo, sin diferenciarse del pueblo. ¿A qué viene ese alarde suyo?

Yasha lo miró con sus grandes ojos que no comprendían nada.

—¡Pero yo pedí a los músicos que vinieran de frac! Por respeto a eso...

Los dientes le castañeteaban de frío y unas manchas rojas le cubrían las hundidas mejillas.

—¿Y a usted qué le importa?

Al cabo de unos días, cuando Yasha volvía del comedor del comité de la radio, vio en el tablero de anuncios un papel recién clavado: «Gurin Y. L. queda despedido por reducción de personal».

Yasha no fue a pedir explicaciones al presidente del comité de la radio.

Se dirigió a la autoridad militar y veinticuatro horas más tarde ya estaba en el frente, como combatiente político.

La noticia de su muerte no llegó enseguida. Gurin ya yacía en su tumba de soldado cuando aún se llevaban a cabo tímidas gestiones

para que regresara. Yura, el redactor, reunió firmas en una petición para llamar a Gurin al comité de la radio.

El presidente comentó:

—Esto es lo único que nos faltaba en nuestra heroica ciudad: icartas colectivas! En las condiciones del asedio una carta colectiva es un delito que merece ser castigado según las leyes del tiempo de guerra.

Extendió al redactor la lista con la petición.

—Tenga. Usted no ha escrito esto, yo no lo he leído.

Después de rebuscar en el cajón del escritorio, suspiró:

—Yasha era un buen colaborador.

Durante años y años, en nuestro país, hemos luchado por obtener el derecho a relatar en primera persona los hechos históricos de los que hemos sido testigos.

No debía usarse el pronombre «yo». Había que escribir «nosotros». «Yo» se consideraba falto de autenticidad. Solo se debía hablar en nombre del pueblo.

Para muchos eso facilitaba la tarea, ya que en los logros del pueblo, difícilmente verificables, es fácil ahogar la pena de un individuo aislado. De la misma manera, con el indiscutible talento e inteligencia del pueblo, no es complicado encubrir la propia tontería y mediocridad.

No estoy exponiendo hechos históricos. Es propio de los ancianos recordar su vida. La mía se ha desarrollado de tal manera que no he tomado parte activa en la creación de la historia de mi pueblo. Mis actos no han tenido ningún significado histórico. Se realizaban sobre el fondo de aquello que ocurría alrededor. Que yo me fundiera con ese fondo o que me destacara no tenía la menor importancia.

Eso lo comprendí por primera vez después de la guerra. El asedio de Leningrado agudizó bruscamente el sentimiento de complicidad. El destino de las personas dejó de ser individual. A pesar de que mi trabajo en el comité de la radio fuera insignificante, a mí me parecía que era necesario para «nosotros».

A través de mi destino se podía ver el de la ciudad. Yo coincidía con la ciudad en la desesperación y la esperanza.

La guerra y el asedio me habían enseñado la comunión de intereses, la buena cooperación; yo suponía que ese sentimiento se reforzaría con la victoria. ¡Debía reforzarse, habíamos soñado tanto con eso!

Nos parecía que significábamos algo. La guerra había borrado mis viejas dudas. Estaba seguro de que comenzaría una nueva cuenta. El respeto a las víctimas del pueblo exigía una nueva cuenta.

Yo quería una responsabilidad personal en lo que ocurría.

Yo quería que mi opinión se tomara en cuenta.

En agosto del año 1946 nos reunieron en el instituto Smolni. Me encontraba ahí por primera vez.

Un sentimiento extraño se apoderó de mí cuando me vi en el amplio y largo pasillo, delante de las enormes puertas que conducían a la sala. Me pareció que me atragantaba de reminiscencias literarias. Todo ese edificio era para mí una cita. Durante unos cuantos minutos, hasta el momento en que supimos para qué nos habían convocado, recordé cuanto había oído acerca del instituto Smolni.

Se abrió la puerta de roble que daba a la sala, entré en aquella cita, y no he podido escapar de ella desde entonces.

Un hombre robusto, de estatura mediana, con un amplio traje bien cortado, con un bigotito pequeño en su redondo y rollizo rostro, subió al estrado. Yo había visto muchas veces los retratos de ese hombre. En ese momento, en vivo, resultó que tenía piernas: yo estaba acostumbrado a verle de cintura para arriba. En los círculos de la más alta intelectualidad incluso se acostumbraba llamarle Andréi Alexándrovich. Sin apellido. Cuando su retrato de cintura para arriba colgaba en las paredes de las casas, o era llevado en las pancartas de los manifestantes, entonces era Zhdánov. Con piernas era Andréi Alexándrovich y en forma de busto Zhdánov.

En ese momento, ante una numerosa asamblea, apareció vivo, completo y entero Andréi Alexándrovich Zhdánov. Lo que para nosotros sonaba no como nombre, patronímico y apellido, sino como un título, como la más alta distinción.

Atravesó el estrado del extremo derecho al izquierdo, pasó frente a la larga mesa del presidium y, al llegar a la tribuna desde donde Lenin había proclamado el poder soviético el año 1917, colocó sobre ella un montón de libros, cargados de pequeñas señales de papel blanco. Su rostro tenía un aire sombrío, incluso indignado; y el montón de libros no podemos decir que lo hubiera colocado, más bien lo había lanzado sobre la tribuna.

Pronunció su discurso caminando de un lado a otro, sin alejarse mucho de la tribuna, pero sin subir a ella. Sus pasos también eran coléricos, contrariados. Hablaba sin dificultades, espontáneamente, sin mirar ningún papel. A veces se acercaba con viveza a la tribuna, cogía por un costado alguno de los libros que había traído, lo abría en el lugar que estaba señalado por el pequeño papel y leía con repugnancia la estrofa de un poema. Luego arrojaba de nuevo el libro a la tribuna.

Escuché aquel discurso sin sentir exagerado respeto por Zhdánov, pero tampoco habiendo formulado una protesta *a priori* contra él. Lo escuchaba como se escucha a cualquier persona. Quería comprender qué significaba. Mi profesión de maestro y la seca materia que yo enseñaba, las matemáticas, me habían enseñado a escuchar el significado, sin rodearlo de ningún tipo de aureola que le fuera ajena.

El tema versaba sobre una literatura que yo conocía bastante bien y que amaba. Los relatos de Zóschenko y los versos de Ajmátova. El punto de vista de Zhdánov acerca de ellos me dejó pasmado. Me pareció tan monstruoso que miré a mi alrededor unas diez veces durante el discurso, tratando de comprender qué pensaban los que me rodeaban.

Sus rostros eran impenetrables.

En ese momento, ante mis ojos se producía por primera vez algo irreal: unos cuantos centenares de mujeres y de hombres instruidos ejercían sobre sí mismos un esfuerzo antinatural; llegó a parecerme más un esfuerzo muscular que cerebral: había que paralizar los músculos para no levantarse del lugar, para no gemir, para no perder el juicio. Más tarde me acostumbré a ese tipo de reuniones, pero entonces aquello me ocurría por primera vez. En mí y a mi alrededor

se llevaba a cabo un invisible trabajo de destrucción: algo crujía, se dividía y se rompía; los fragmentos intentaban formarse de nuevo, como soldados, uno detrás de otro, pero la formación se quebraba.

Y, sin embargo, seiscientos representantes de la inteligencia, muchos de los cuales estaban ligados por un infinito respeto personal a Zóschenko y a Anna Ajmátova, seiscientas personas que habían pasado los horrores de la reciente guerra estaban sentadas imperturbables en su lugar en esa sala y escuchaban con respeto a ese hombre prematuramente gordo, de rostro redondo y bigotes de dandi, que caminaba con irritación delante de ellos y decía sus repugnantes y groseras estupideces.

La confusión en la sala era tan grande que incluso aquellos pocos oradores que se apresuraron a saltar a la tribuna después de Zhdánov no pudieron movilizar a tiempo toda su hipocresía; sus pequeños discursos eran tan míseros que rallaban en la bajeza.

Salí del instituto Smolni pasadas las doce de la noche.

Durante el regreso en el tren miraba con envidia a la gente que llenaba el vagón: ellos aún no sabían nada. Y me daban lástima: aún estaban por conocer las cosas al día siguiente.

Viajaban chicos y chicas, que tendrían que meterse en la cabeza lo que yo acababa de escuchar.

Viajaban niños de pecho, para los cuales esto sería algo completamente natural.

Viajaban viejos, que tendrían que morir con esto.

Al día siguiente, y por muchos años, aquello adquiriría la fuerza de una ley.

A partir de esa noche, para mí se perdió la lógica sana de la vida.

Todo lo que sucedió después de esa reunión en el instituto Smolni ya ha dejado su huella en los destinos de los escritores Zóschenko y Ajmátova. Pero no era el futuro de la literatura lo que me inquietaba; con el tiempo, todo volvería a su cauce (eso era algo que yo podía imaginar, aunque no sin dificultad).

Lo asombroso era la rapidez y la sencillez con las que la gente había hecho suyo un punto de vista ajeno, absurdo y cruel. Era asombrosa la pasión con que, espontáneamente, ampliaba ese

punto de vista, lo propagaban en todas direcciones, golpeando con él la cabeza de sus camaradas vivos y muertos.

Hay que tener una opinión muy fea acerca de la humanidad para imaginarla capaz de perpetrar, voluntariamente, una infamia. He sido maestro durante mucho tiempo, y siempre he tenido la clara sensación de que el aula o el auditorio en el que entraba estaba formado por gente buena. Por gente predestinada a realizar actos honestos. Era algo que, digamos, la misma naturaleza había programado en ellos. Cuando miro a una persona adulta, siempre pienso: ¿cómo sería en su infancia? Me parece que en las mejores personas la infancia se corresponde con la edad adulta, como en la geometría se corresponden las figuras semejantes. En un buen hombre, aun en la edad adulta se traslucen sus rasgos infantiles.

Un canalla adulto, torpe, inspira pensamientos tristes. Antes de que él apareciera en el mundo bajo la forma en la que lo vemos, la naturaleza había trabajado millones de años en él. Había empleado todo su arte, mágico y paciente, en la creación y el perfeccionamiento de ese organismo. Lo condujo a través de miles de especies: fue una ameba, un pez, un delfín, un mono; todo lo mejor era seleccionado por la naturaleza para su amadísima criatura, coronación de la creación. El enigma de la proteína, de la cual está constituido, aún no se ha revelado. La estructura mágica de su cerebro, los miles de millones de ingeniosas células que son su esencia, asombran a la imaginación. ¿Qué habría que hacer con uno mismo, qué trabajo tan maligno había que realizar en ese organismo para reducir a cero todos los esfuerzos titánicos de la buena y diligente naturaleza? ¿Para qué necesita él todo eso? ¿Para qué le sirve esa fina —como la tienen todos— organización de la materia gris, para qué ese sistema nervioso que trabaja a la velocidad del pensamiento? Incluso la camisa blanca, incluso la corbata y la piel afeitada de la cara son algo superfluo. Ya podría ir —ique el diablo se lo lleve!— desnudo, cubierto de pelo, con un hacha de piedra, podría vivir en algún macizo boscoso, en la taiga, en una cueva, en las pampas, podría considerarse el jefe entre las fieras —ial fin y al cabo, es un troglodita!—, en lugar de enredarse entre los pies de la humanidad.

Muy pronto, Zinaída Borísovna, en cuanto ponga orden en mis asuntos, iré a visitarla a Samarcanda. ¿Qué asuntos son? Ninguno. Un triste acostumbrarse a la propia vejez.

A veces me parece que lo que escribo conduce al autoenvenenamiento. La infección se propagaba en mi interior, hasta que se apoderó de mí.

¿Sabe usted, Zinaída Borísovna, lo que es la noche de un viejo? Pienses lo que pienses, no encuentras sosiego. Como si tuvieras montado en el cráneo el receptor más sensible. Ese receptor tiene una doble alimentación: está conectado a la red de mi pasado y a las agotadas baterías de mi conciencia. No tiene selector de frecuencia. No hay un botón para bajar el volumen. Con un esfuerzo de voluntad, trato de pasar de una onda a otra. No es *La voz de América*, es mi voz.

El sueño no llega.

Pensemos en algo ajeno a nosotros. En la pesca. En Latgale, en un lugar llamado Zéineshki, los peces picaban bien. Mis aparejos de pesca eran bastante malos. Los peces picaban con cangrejo. Las anguilas se pescan con lochas, se pescan muy bien con lochas. No hay que perder la ilusión. O sea que les gustan bastante las lochas. Luego llegó el cartero y trajo los diarios. Allí se hablaba de los médicos-asesinos. Terminemos aquí con esta onda.

¿En qué nos habíamos detenido? La última vez nos detuvimos en los logaritmos. El logaritmo es el exponente de la potencia a la que hay que elevar la base para obtener una cifra dada. Recordemos. 030 103. 047 712. El pequeño libro de las tablas de Przhevalski. Esto es Gauss. Está también Neper. Hay muchas, muchas cosas. Existe la secante. También la cosecante. A ellas no les ocurrirá nada. Ciudadano Gauss, ¿se reconoce usted culpable? Me reconozco culpable. Quise, junto con el ciudadano Neper, restablecer el capitalismo en la Rusia soviética.

Quizá es el silencio lo que me impide quedarme dormido. Si se oyera algún grillo. ¿A dónde se habrán ido los grillos? ¿Qué son los grillos? ¿Saltamontes? ¿O el saltamontes es una cosa distinta? Los saltamontes son, me parece, las cigarras. Sería interesante saber

cuántas generaciones de cigarras se han sucedido desde entonces en...

Fui a visitar a Ígor Astájov en el año 1954. Vivía en el sudoeste de Moscú, en un edificio nuevo. Nunca nos habíamos tuteado. Pero después de la larga separación, lo hicimos. En esa nueva casa estaba su nueva esposa. No recuerdo su rostro; se limitó a servir la mesa y a permanecer sentada silenciosamente en un extremo. No fui yo quien comenzó a hablar de Katia. Comenzó Ígor. Luego se levantó y se acercó al aparador, sobre el que estaba una pequeña caja de madera en forma de cofre.

—¿La reconoces? —preguntó Ígor.

La reconocí cuando abrió la tapa y sacó las cosas. El pequeño sombrero que ella llevaba puesto la noche que la encontré en Tashkent. Un sombrero rojo de fieltro con cintas de color claro. Y un rabito en el centro. Una especie de bonete.

—Y esto no es todo aún —dijo Ígor.

Sacó del cofre una camisa de seda de color azul.

—¿No se habrán equivocado? —pregunté—. ¿No te habrán devuelto una camisa ajena? Les quedó mucha ropa interior de mujer.

—No lo creo —dijo Ígor—. Para cosas como estas tenían orden. Bebe. Todavía tienes que enterarte de algunas cosas.

Bebí. Su esposa tocó con la mano la tetera y se la llevó a la cocina para calentarla. La calentó durante mucho tiempo, casi hasta que yo estaba a punto de marcharme.

—Ahora hay gente nueva —dijo Ígor—. Muchachos bastante desorientados. El que me llamó se frotaba todo el tiempo la jeta con las manos, como si se le hubiera congelado. Me propuso: «Salgamos a pasear al sol». Fuimos desde la Lubianka hasta el jardincito que está junto al teatro Bolshói, y nos sentamos. «Seguramente usted sabe», me dijo, «que Ekaterina Fiódorovna ha sido rehabilitada. Créame que me resulta amargo comunicárselo, pero por desgracia la rehabilitación ha sido a título póstumo.» Le pregunté a ese joven si ella había estado presa mucho tiempo. Me contestó que no. Un mes y medio. Entonces le pregunté la causa de la muerte. Él contestó: «Se suicidó». ¿Sabes? —añadió Ígor—, yo todavía le pregunté cómo. Él me contestó que los medios no se recogían en los documentos.

Luego sacó de su portafolio estas cosas de Katia y me las dio. El cofrecito no era de ella, sino mío. Simplemente coloqué allí las cosas.

Esta es la onda más larga en mi maldito receptor. Y la frecuencia es aceptable: cada noche.

Ahora con toda seguridad no llegará el sueño. Quizá si leo algunos versos. «Al descubrir un motín a bordo, arranca la pistola de detrás del cinturón...» Algo largo y tranquilo. Pushkin: «Servía excelentemente, noblemente, su padre vivía de deudas, daba tres bailes al año, y al final se arruinó». Pasternak: «Todo acaba por aburrir, tan solo tú tienes el don de no dejarte ver en demasía, los días pasan, los años pasan, y miles, miles de años...».

De todas formas lo firmarás, perra. A ver, muchachos, mostradle a esta puta dónde está la quinta esquina en nuestra habitación.

¿Qué hacía yo en ese momento? ¿Cómo me atreví a hacer algo en ese momento? Todos hacían alguna cosa, y yo también. ¿Tal vez en ese momento, cuando ella buscaba la quinta esquina en una habitación cuadrada, yo estuviera riendo en algún lugar? ¿O quizá en ese momento me encontraba en el teatro? ¿O quizá en ese momento vivía?

Y, ahora, lleváosla, que reflexione. Y tú reflexiona, ¿me oyes? De nada sirve darle largas al asunto. Tu padre murió en la cárcel y tú también morirás allí.

Llamé a Zinaída Borísovna desde Dushanbé y le comuniqué el número del tren y el número del vagón.

A decir verdad, estaba muy inquieto ante la perspectiva de ese encuentro. Nos habíamos carteadado a lo largo de cinco años. Las cartas habían sido cada vez menos frecuentes: todos los temas se habían agotado desde hacía tiempo. Pero la existencia misma de Zinaída Borísovna había removido en mí todo mi pasado. Es posible que eso hubiera ocurrido también independientemente de ella — según las leyes de mi edad de jubilado—; sin embargo, la existencia de una persona que conoce los detalles de tu vida te crea, existes para ese interlocutor. Tenía alguien a quien dirigirme.

Y, cuando me dirigía a ella, elaboraba cuidadosamente en mi interior una imagen suya. No habría podido describir, en palabras, cómo era ella, pero tampoco lo intentaba. No tenía ninguna importancia para mí. Y, sin embargo, en mi imaginación inquieta revoloteaba que en su espíritu, no encarnado, algo me era familiar. Ese algo estaba constituido por pequeños fragmentos de mi vida y de las de mis antiguos amigos.

Las cartas de Zinaída Borísovna no estimulaban demasiado la fantasía. Ella no escribía nada sobre sí misma. Mis distraídas y corteses preguntas sobre su persona quedaban sin respuesta. Solo sabía que trabajaba en la Universidad de Samarcanda, en la cátedra de lenguas extranjeras.

Ahora comprendo que sus cartas a veces me asombraran. Pero ese asombro quedaba grabado con una fecha posterior. Cuando yo recibía sus cartas, estas no me sorprendían. Cuando las leía, no me hacía preguntas, sino que obtenía respuestas. No me importaba Zinaída Borísovna: ni quién era, ni de dónde venía, ni cómo era. Yo tenía en Samarcanda una especie de catalizador, sin el cual no habrían entrado en contacto las caprichosas sombras del pasado.

... Aterricé en Dushanbé en el avión que venía de Moscú, y ese mismo día la llamé a Samarcanda.

La conversación fue corta.

Más corta de lo que yo esperaba.

Quizá eso ocurrió porque, acostumbrado al tono de las cartas, me desconcerté al oír una voz desconocida. Quizá me imaginaba que esa voz me sería familiar; y, en cambio, me resultaba perfectamente desconocida. Una voz que no estaba poblada por ninguna asociación. Al colgar el teléfono pensé que Zinaída Borísovna tendría el mismo sentimiento.

Cuando el lento tren de Dushanbé, semivacío y polvoriento, entraba en la estación de Samarcanda, no había nadie en el andén. Yo me encontraba de pie en la plataforma, a espaldas de la responsable del vagón, junto a los escalones, y no distinguí de inmediato a una mujer que caminaba no lejos de allí, a lo largo del tren. Ella me miraba, pero al principio yo no le presté atención. Supongo que la tomé por alguna de las trabajadoras de la estación.

Esa mujer —con un largo abrigo negro, muy usado, abrochado solo con los dos botones de arriba, junto a la garganta, y descuidadamente abierto a la altura del estómago, con grandes botas de hombre— caminaba ya a la altura de mi vagón.

Busqué con los ojos a Zinaída Borísovna, que había prometido recibirme, pero no vi a nadie junto al tren.

Esa mujer seguía caminando y ya había puesto la mano en el pasamanos del vagón.

La miré con más atención y ella me sonrió con su poco agraciado rostro.

No comprendo por qué, pero no quería que ella fuese Zinaída Borísovna.

Me acordé de Sasha Beliavski cuando era joven, de su elegancia y de su refinamiento intelectual, y no me sentí capaz de asociarlo, ni siquiera para mis adentros, con esta mujer. Su sonrisa la hacía especialmente poco atractiva. No la deformaba la vejez, sino el descuido. Había algo desaseado no solo en su vestimenta, sino también en su rostro. Llevaba un sombrero tonto y ridículo, demasiado pequeño para su cabeza grande, colocado de costado sobre los cabellos sin peinar. Le faltaban algunos dientes en la boca groseramente salida.

Me di cuenta de todo eso de inmediato, maldiciéndome por ser tan quisquilloso.

Nos presentamos junto al vagón.

Zinaída Borísovna suponía que yo me alojaría en su casa, pero yo manifesté mi deseo de ir a un hotel.

Mi negativa la entristeció.

—Espero muchísimo de nuestro encuentro —dijo Zinaída Borísovna—. Usted era el amigo más cercano de Sasha.

Me acompañó al hotel y esperó a que me dieran una habitación. No podía demorarse más: le habían dado solo una hora y media de permiso en el trabajo.

—¿Tiene que dar alguna conferencia? —pregunté.

Ella contestó:

—No doy conferencias. Trabajo como auxiliar en la cátedra. Tiene que venir sin falta a la universidad. Quizá podríamos tener un

intercambio de experiencias.

Yo farfullé algo. Ya desde la estación, me pareció que ella no escuchaba con demasiada atención lo que yo decía.

—Usted ha cambiado poco —dijo Zinaída Borísovna—. Me lo imaginaba así por lo que me contaba Sasha... De modo que vendrá a verme por la noche.

Durante todo el día estuve callejeando por Samarcanda.

Indiferente a la arquitectura antigua, paseaba por las losas de piedra de los patios de las antiguas mezquitas, me detenía junto a las tumbas.

Una fría admiración se apoderó de mí.

No lograba comprender la grandeza de aquellas construcciones. No quiero imponer a nadie mi punto de vista, pero, al hallarme en Samarcanda, me sentía demasiado cansado de la sangrienta historia de la humanidad. La grandeza conseguida a ese precio me inspiraba repugnancia. Decapitaban, flagelaban, envenenaban, lapidaban y se levantaban a sí mismos monumentos de una belleza inimaginable. Los amos me tenían hartos, aunque poseyeran un gusto artístico insuperable.

Yo sé que debía admirar el trabajo de aquellos maestros anónimos, pero tampoco lo conseguía sinceramente. A través de toda esa belleza veía el talento asiático para la sumisión y la esclavitud. La monotonía de la crueldad humana, que se remontaba a la noche de los tiempos, me había acorralado allí en Samarcanda. No se ha inventado nada nuevo. Todo ha existido ya.

Por la noche fui a visitar a Zinaída Borísovna.

Vivía en una de aquellas calles que no habían sufrido ningún cambio en los últimos cien años. Casas impersonales de un piso bajaban por una colina polvorienta y sin adoquinar. Estaban muy juntas, separadas solo por grandes puertas de madera clausuradas, en las que habían abierto puertecillas más pequeñas. Nada recordaba la segunda mitad del siglo xx, excepto las antenas de los televisores. ¿Y acaso significan mucho esas antenas? Extraviado en medio de las décadas, no te puedes formar una imagen verídica de la vida juzgando únicamente por ellas.

—He copiado para usted los poemas de Sasha —dijo Zinaída Borísovná—. Están en este cuaderno. Y aquí tiene sus fotografías. En el sobre grande se encuentran las cartas que me escribió. Mírelas mientras pongo la mesa.

Me senté en un viejo sillón de felpa junto a la estufa de azulejos. Zinaída Borísovná se dirigió al vestíbulo, donde un infiernillo ronroneaba sobre un taburete. Pero, por el camino, se sentó de pronto en una silla redonda que estaba junto a un piano abierto, y golpeó las teclas con los dedos, tocando un acorde.

—He hecho afinar este instrumento especialmente para su llegada —dijo ella.

Y salió de la sala.

Me puse a examinar lo que ella había extendido delante de mí sobre una pequeña mesa. No era mucho; bastante menos que lo que cabía suponer.

Yo conocía los poemas de Sasha: todos ellos estaban fechados en la época en que aún nos veíamos en Járkov. Unas cinco fotografías eran también de ese periodo, quizá tan solo un poco posteriores. No me atreví a examinar detenidamente el delgado paquete que contenía las cartas: lo entreabrí y vi en él cuatro sobres, escritos con la clara caligrafía de Sasha. La dirección del remitente, en todos ellos, era la de Járkov. Cuando di la vuelta al paquetito con torpeza cayó sobre la mesa una hoja de una carta. Comenzaba así: «Querida Zina, en vano me reprochas de nuevo...».

No seguí leyendo. Zinaída Borísovná entró en la sala. Preguntó:

—¿Le sorprende que Sasha me haya escrito tan poco?

Me miró con atención.

—Debió haber leído sus cartas. No las considero un secreto.

Nos sentamos a tomar té. La sensación de incomodidad y de desencanto me oprimía cada vez más. Sin embargo, Zinaída Borísovná no se daba cuenta. Se comportaba con calma y con seguridad. Cuando la conversación recaía en Sasha, en el tono de su voz había un aire posesivo, como si ella tuviera razones para poseer su recuerdo.

Yo no me podía imaginar una cosa así. Conforme se abría frente a mí, conforme abordaba los detalles, más forzada se adivinaba su

relación con Sasha. Sus impresiones y sus puntos de vista juveniles, que tenían veinticinco años de antigüedad, se habían conservado en ella como en una nevera: estaban allí, intactos, sin consumir.

—¿En qué año se conocieron? —le pregunté.

—En 1935. Sasha estaba haciendo el posgrado, y fue a Feodosia de vacaciones. Yo vivía en Feodosia. Pero seguramente él se lo habrá contado...

—Nos veíamos muy poco —dije.

—Y a él no le gustaba escribir —añadió ella riendo—. Todos sus amigos se quejaban. Incluso Ólechka Kolotilova...

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Dios mío! —exclamó Zinaída Borísovná—. ¿Usted no se acuerda de Ólechka Kolotilova? Vivía a dos pasos de su casa. En la calle Sadóvaia, esquina con la Chornoglázovskaia. La Chornoglázovskaia va así, y la Sadóvaia así. Sus ventanas daban justamente a la puerta cochera de ellos. Espere, le mostraré su fotografía.

En la fotografía estaba Ólechka Kolotilova: una viejecilla pequeña y seca. Desde luego, era pequeña: estaba de pie en alguna placita, y apenas se elevaba del respaldo del banco en el que apoyaba la mano. Las palomas comían a sus pies.

—¿La ha reconocido? —preguntó Zinaída Borísovná.

—No —respondí.

—Es usted una persona extraña. Sasha los recordaba a todos.

Quise decirle que Sasha había muerto hacía ya un cuarto de siglo y que nadie puede saber quién habría quedado en su fatigada memoria si hubiera vivido hasta ahora, pero no me decidí.

—¿Hace mucho que vio a Kolotilova por última vez? —pregunté.

—¿A Ólechka? Nunca la he visto —dijo Zinaída Borísovná—. Pero eso no importa, puesto que nos escribimos con regularidad.

—¿Y en Járkov —pregunté—, cuando usted vivía en Járkov?

—Nunca he vivido allí —contestó Zinaída Borísovná—. Acabo de contarle que Sasha y yo nos conocimos en Feodosia.

Percibí en su voz un tono de indignación por mi torpeza.

Pero había algo que en realidad yo no llegaba a comprender. Y eso comenzaba a irritarme, aunque me daba perfectamente cuenta de que mi irritación era indecorosa.

Sobreponiéndome, dije:

—Perdóneme, Zinaída Borísovna. Por desgracia, desde mucho antes de la guerra, Sasha y yo no nos veíamos muy a menudo. Y es posible que usted esté exagerando mi cercanía con él. El destino nos apartó mucho en aquellos años.

Ella me miró sorprendida.

—Pero si la juventud se conserva en el hombre para siempre.

—¡Ojalá! —dije yo—. La mía está muy llena de cosas inservibles.

—Yo vivo solo de ella.

Una mujer desconocida, anciana y fea estaba sentada conmigo a la mesa del té. Solo en ese momento vi cuán insólito era todo lo que nos rodeaba. En esa sala todas las cosas eran casuales, y era como si literalmente hubieran sido arrancadas a la realidad pasada. Apenas las mirabas, sus antiguos nombres acudían a la mente: *chiffonnier*, otomana, guardarropas, pianoforte, pero aun llamándose así, ya estaban pasadas de moda. No me gustan los muebles modernos: para mí son demasiado comerciales y no poseen un carácter personal, no están animados. Pero esa habitación representaba el otro extremo: las cosas habían perdido a sus antiguos dueños, la vida las había abandonado gota a gota y yacían allí muertas, sin poder unirse unas con otras.

—Para usted es más sencillo —dije yo—. Usted se veía con Sasha hasta que él se marchó a la guerra.

—No —dijo Zinaída Borísovna—. Después de Feodosia no volvimos a vernos ni una sola vez.

Comprendiendo la profundidad de mi falta de tacto, pregunté:

—¿Cuánto duró eso?

—¿Por qué dice «duró»? Eso dura hasta ahora. Nunca tuve a nadie excepto a Sasha. Cuando él murió, sus amigos se convirtieron para mí en seres queridos.

—¿A quién de ellos ha visto? —pregunté.

—A nadie. Usted es el primero.

No podía imaginarme una vida así.

—¿Cómo sabe tanto de nosotros?—le pregunté.

—He escrito cartas. Me han contestado. ¿No me ha contestado usted también? Pues así los demás.

—Pero ¿por qué —pregunté yo—, por qué no vino ni una sola vez a nuestro Járkov antes de la guerra?

—No se pudo —dijo Zinaída Borísovna—. Sasha no quería.

Era asombroso: su voz no traslucía, ni por un instante, una nota de aflicción. Me contestaba en un tono triunfal, como si sus relaciones con Sasha hubieran tenido que ser precisamente así.

Según todas las leyes humanas, era digna de compasión. Yo lo comprendía lógicamente, pero a pesar de que suelo ser bastante compasivo, en ese momento no conseguía reunir en mi alma ni una partícula de compasión por ella. Zinaída Borísovna no me agradaba. No podía imaginármela distinta de como la veía ahora. Era injusto rayando en la crueldad, pero me sentía bloqueado. No podía dejarla entrar en mi pasado.

—No piense que fue solo una aventura de un lugar de veraneo —dijo Zinaída Borísovna—. Sasha me leía sus versos, hablábamos mucho de diversos temas. Si no hubiera sido por la guerra, las cosas habrían sido distintas... ¿Quiere que toque para usted lo que nos gustaba?

Y, sin esperar mi consentimiento, llevó su pesado cuerpo desde detrás de la mesa hasta el taburete redondo del piano.

—Siéntese más cerca —me pidió Zinaída Borísovna—. Tengo que ver la expresión de su rostro.

Comenzó a tocar y a cantar. No sé lo que se podía leer en mi rostro.

Martilleaba las teclas con sus gruesos dedos, el piano resonaba bajo sus pesadas manos. Y, por encima de aquella resonancia, se dejaba oír su torpe canto.

Y en el punto álgido de la vergüenza que sentía por ella, pensé de repente: también yo debo de resultarle ridículo a alguien. Y también pensé: ¿acaso es ridículo que una mujer a la que no amas, y a la que abandonaste, veinte años después, cuando hace mucho que tú ya no estás en este mundo, haya reunido a su alrededor todo lo que ha quedado de ti?

Y, por primera vez, vi a Zinaída Borísovna con piedad y admiración.

Ella, abriendo enormemente la boca, desfalleciendo, terminaba de gritar: «Abre poco a poco la puerta...».

Yo la abrí y dejé que ella avanzara hacia Sasha.

Ya no tengo alumnos. Mi pasión por la enseñanza está dirigida a mi interior. Me encuentro ante mí mismo. Ahora los dos tenemos la misma edad.

—¿Cómo se ha desarrollado tu vida? —pregunto.

—Felizmente —respondo.

—¿Qué quieres decir con esa palabra que no expresa nada?

—Que estoy vivo.

—¿Y nada más?

—¿Sabes una cosa? —Me irrito—. Me tienes hartos.

—Es recíproco. Estamos hasta la coronilla el uno del otro, pero no tenemos otra. A fin de cuentas, debe haber alguien a quien tenga el derecho de hacerle preguntas.

—Venga. Hazlas.

—Comencemos por el principio. ¿Cómo se ha desarrollado tu vida?

—Casualmente.

—Pero confío en que no habrás traicionado a nadie para eso.

—Depende de lo que para ti signifique traicionar.

—Así no llegaremos a nada. Contesta con precisión: ¿has traicionado o no has traicionado?

—Si hay que ser exacto, he traicionado.

—Por lo que sé, no te refieres a una traición directa, sino a lo que suele llamarse tolerancia. ¿Simplemente callabas?

—Sí.

—¿Y ocurría que a veces callabas aunque internamente protestaras, aunque en tu fuero interno te indignaras?

—Sí. Muchas veces. Y el corazón se me rompía en pedazos.

—Entonces, ¿por qué te quedabas callado? ¿Por miedo?

—No solo. Principalmente pero no solo. Me oprimía la falta de sentido de cualquier tipo de protesta. Mi protesta no habría cambiado nada.

—Es una teoría cómoda —observé yo.

—Vete al diablo —exclamé—. Sabes perfectamente que era así. Personas mucho más importantes que yo también callaban. Y no creo que actuaran así solo por salvar su propio pellejo. Si hubieran protestado, habrían muerto sin sentido ni gloria alguna, mientras que al continuar vivos, tenían la posibilidad de hacer algo útil. Ellos hacían su trabajo bien, de manera honrada.

—¿Te satisface ese punto de vista? —pregunté.

—No —respondí.

—Entonces ¿por qué lo defiendes?

—Porque no puedo inventarme nada mejor. Todo lo demás es mucho más ruin.

—¿Para qué inventar? Lo que ocurrió ocurrió. ¿Para qué sigues escarbando en lo mismo? Comienza de cero, vive desde el principio.

—Pero yo no sé dónde comienza ese principio. Ni si hay alguno en la historia.

—Curioso. Me pareces un hombre envenenado por su propia biografía.

—Escucha —dije—. Ahora es mi turno de hacer preguntas.

—Por favor —dije.

Uno de nosotros era un bribón, mientras que el otro trataba con todas sus fuerzas de ser educado. El que pasaba por ser bribón preguntó lastimeramente:

—Pero ¿tú crees en algo?

—Mira...

—¡No te andes con rodeos! Contesta directamente. Como si de tu respuesta dependiera tu vida. ¿Crees en algo?

—Creo, pero no puedo formularlo.

—¡Curiosa fe, que no se puede formular!

—Es decir, se puede —dije—, pero, una vez formulada, no tiene un aspecto muy convincente. Aunque, quizá sea mejor así. ¡La humanidad ha conocido tantas fórmulas! Desde las más monstruosas hasta las más elevadas. Y yo he llegado a una conclusión que, posiblemente, te parecerá amarga... Yo sencilla y llanamente creo en el bien.

—¿En qué sentido? —preguntó el bribón.

—En el sentido de que vencerá.

—¿Y tú pretendes reunir correligionarios bajo esa bandera?

—¡No quiero reunir correligionarios de ningún tipo! ¡Te lo había advertido! No doy una formulación a mi fe. No tengo una bandera. Pero si me quitan lo que tengo, lo que me ha quedado a pesar de todo, estaría completamente perdido. Sin esa fe me habría perdido mucho más de lo que estuve antes...

—¡Charlatanería! Quiero saber lo que te ha quedado.

—Todo aquello con lo que comencé. No tengo nada más, ¿comprendes? ¡Nada! He examinado todo lo que hay en el mundo, todo lo que ha inventado la humanidad. Nada me conviene, excepto aquello en lo que he creído desde el principio. Ya sé lo que me dirás ahora. Me dirás: tu vida no se ha correspondido con ese principio. Qué importa. ¡Debía haberse correspondido! Ha ocurrido algo que no logro comprender. No puedo pensar que lo que ha ocurrido era algo que debía suceder. Bajo mis pies hay un pedazo de materia sólida que me sostiene. No lo toques, por favor.

—Pero si no lo toco —dije yo—. ¡Que seas feliz!

—¿A dónde vas? —pregunté.

—No sé. Tampoco tengo a dónde ir.

Pasaron los años. Cien, doscientos. No he olvidado nada. La memoria humana tiene una cualidad defensiva: solo olvida aquello que merece ser olvidado. Como en las viejas fotografías de aficionados. Se descoloran los detalles...

Consumiéndose por el tiempo, y arrugándose en las esquinas, los recuerdos pierden su color, como las viejas fotografías. Los detalles se difuminan...

No conservo ni una sola fotografía de Katia. No nos regalamos fotos de recuerdo; en aquel tiempo la pasión por quedar grabados en papel brillante aún no era total. En nuestra juventud la gente rara vez se fotografiaba.

Quizá es bueno que no haya conservado ninguna foto de Katia; la distancia entre esa foto y yo habría aumentado. Me habría sido imposible imaginarme a mí, tal y como soy en este momento, junto a ella. Sin su fotografía, me es más sencillo imaginarme joven: los dos existimos solo en mi recuerdo. Somos iguales. No hemos

envejecido uno al lado del otro. No tengo que hacer ningún esfuerzo para verla hermosa. El tiempo no la ha destruido.

Ella me ha otorgado los poderes de un mago: me basta con hacer un poco de magia en mi memoria y Katia, una y otra vez —las veces que se lo ordene—, viene a mi encuentro. No importa si es en Járkov, Leningrado o Batimilán. Ella viene a mi encuentro por una tierra desconocida, por el planeta.

No puedo recordar cómo va vestida, no recuerdo uno solo de sus vestidos, no me hacen falta los detalles. Retumba el trueno, brilla el sol, cae la lluvia, ruge la tormenta —y todo eso junto, al mismo tiempo—; y no me importa que no ocurra así. Cuando la veo venir a mi encuentro, olvido incluso el siglo en que ha ocurrido. Solo me importa una cosa: que llegue a mí.

He olvidado el color de sus ojos y de sus cabellos. En mi memoria no se ha conservado ni siquiera un retrato oral. Si me describieran los rasgos de su rostro, yo no los reconocería. Para mí, ella era indivisible. Toda, tal como era. Tal, que yo estaba dispuesto a huir de ella al fin del mundo. Tal, que estaba dispuesto a arrastrarme detrás de ella hasta el fin del mundo.

Un vecino de mi casa, un antiguo instructor político de un batallón de fusileros, que en la actualidad es profesor de filosofía de uno de los institutos de Leningrado, desde hace diez años pasa sus vacaciones de verano haciendo excursiones. Con una mochila a la espalda, con unas botas bastas, que no conocen el desgaste, llega en tren hasta Velikie Luki y luego, a pie, deambula por rutas que solo él conoce.

Allí, en esos lugares, cayó todo su batallón. Mi vecino conserva un recuerdo preciso del lugar de los combates, y da vueltas y vueltas en busca de las tumbas de sus compañeros de armas. Hace mucho tiempo que estas están recubiertas de hierba, de trigo y de broza; sobre los huesos reducidos a polvo, se levantan ya las construcciones rurales, pero él continúa excavando y excavando la tierra, como el zapador en busca de minas. En diez años no ha encontrado demasiadas tumbas. Pero eso se ha convertido en la idea central de su vida. Pasa de cualquier manera el otoño, el

invierno y la primavera en el instituto, en espera de que lleguen las vacaciones de verano. Entonces se echa la mochila a la espalda, se calza las probadas botas, toma el bastón y se pone en marcha, desarmado, hacia la guerra.

En los soviets rurales, en las direcciones de los koljoses, en las isbas de las aldeas reconstruidas, ya conocen hasta la saciedad a este fastidioso caminante. Al principio eran atentos con él: los lugares de entierro que él descubría en las tierras desiertas fueron cercados con vallas, se puso cemento en las lápidas de las tumbas, y alrededor se plantaron varas de alerce. Se pronunciaron discursos de importancia regional, el diario local publicó una nota con una borrosa fotografía de un mitin aldeano... Según todos los conceptos aceptados, el asunto se agotó.

Sin embargo, el antiguo instructor político viajó a esas regiones también el año siguiente, y también el verano siguiente y poco a poco hartó a la gente. El batallón que cayó allí hace veinticinco años era una unidad de reservistas; trasladado al servicio activo, había sido movilizado desde Nóvgorod, y los soldados que habían muerto no eran parientes de nadie de aquel lugar, de modo que la gente se cansó de sufrir por huesos ajenos. Los viejos —testigos que no habían sido segados por la guerra— eran muy pocos; nadie recordaba nada ni podía decir cómo se había desarrollado el combate en defensa de la aldea.

Pero el caminante continúa yendo de un lado a otro por la región, aburriendo con sus preguntas y sus peticiones, además en pleno verano, la época del trabajo más intenso en el campo. Se comenzó a pensar y a decir que era una especie de demente, una persona estafalaria. La guerra lo había quemado, y no podía volver en sí...

A fuerza de encontrarme con él en el patio de nuestra casa, y de conversar un poco en las ligeras noches primaverales en el pequeño jardín, he comprendido que padecemos la misma locura.

Los dos erramos entre tumbas imposibles de encontrar.

Posfacio

Izraíl Méttter y la generación Stalin

Hay libros que están destinados, en su intrínseca categoría de pequeños y fugaces diamantes escondidos, a ser los únicos que aparecerán, con toda probabilidad y de forma fulgurante, en versiones de otras lenguas. Perdidos, huérfanos y a la intemperie de razones culturales de más peso, se olvidarán pronto, eso en el caso de que alguna vez alguien los llegue a tener en la mano. Pero el que se decida a leerlos hará ya de entrada, en la selva-cementerio de la avalancha incesante, y al azar total de la corriente, una elección decisiva e inolvidable.

Tal es el caso del bellísimo libro de un casi total desconocido en nuestro país, el ucraniano Izraíl Méttter (Járkov, 1909–San Petersburgo, 1996). Con una veintena de títulos en su haber (entre narrativa, obras de teatro y guiones cinematográficos), cuando le llegó la fama internacional, una vez caído el Muro, de forma sorprendente para su edad, llegó a convertirse en una especie de escritor de culto en varios países europeos. Y lo fue gracias a una obra singular y emocionante donde las haya, *La quinta esquina*, acabada de escribir en 1967, pero no publicada hasta bastantes años después, en 1989. A ella se tendrían que añadir otros libros suyos no menos excelentes, como es el caso de *Genealogía* (1992), publicado antes de su muerte, donde recogía recuerdos de su familia.

La quinta esquina, su perturbadora y casi perfecta obra de rememoraciones hechas desde la edad adulta, carece, como todas las obras destinadas a no dejar indiferente, de ubicación en el tiempo y el espacio. Méttter, autor de origen judío, posee esa fuerza elegíaca que da la inteligencia y la lucidez a la hora de sentir. Sin olvidar, claro, las virtudes, que las tiene y muy visibles, de dominio muy personal y original de la escritura. Con unos cuantos pilares básicos de su propia y real biografía vivida en una época llena de

convulsiones, con una niñez y una juventud que tuvieron como trasfondo traumático la revolución rusa y más tarde, de forma terrible y autocanibal, el estalinismo, Méttter pasará cuentas a su culpa y a su pasado, que es todo uno, desde el momento que, por uno más de los dadaísmos revolucionarios, a causa de la profesión de su padre (antiguo pequeño empresario), se le cierran repetidamente las puertas de la universidad, su destino natural. De formación obligadamente autodidacta, y trampeando lo que puede, Méttter se haría profesor de matemáticas, dando clases a chicos campesinos y obreros en Siberia o a jóvenes militares en Leningrado (hoy San Petersburgo), hasta que llegó la segunda guerra mundial y en pleno cerco a la ciudad de Leningrado se le contrató para realizar colaboraciones satíricas antinazis en la radio de ese mítico y triste asedio, de novecientos días de duración, acaecido entre 1941 y 1944. Terminada la guerra, Méttter escribiría guiones para el famoso autor de cómics soviético Arkadi Raikin.

Con muchos de sus amigos muertos y otros objeto de depuraciones durante la aberración estalinista, una de las grandes obsesiones de Méttter, pasados los años, será precisamente el interrogarse, e interrogar a los que va encontrando en su camino, sobre su grado de culpa o colaboración («intentaba adivinar quién de ellos había sido el primero en derribar de un puñetazo a Isaak Bábel o a Meyerhold»), sobre el grado de complicidad directa o indirecta de todos, y en especial de aquellos que detentaron los órganos represivos en la época del terror. Méttter se tropieza en su camino con jubilados del ejército («guardianes de ideas», dirán ellos con altivez) que no se arrepentirán jamás, que no responden ni ante Dios ni ante su pueblo, solo ante «el Estado» y sus razones. Solo los particulares parecen llamados a hacerse preguntas, ellos se niegan: «¡Estoy harto de oír conversaciones! —dirá uno de los interpelados—. Viajas en tren y cualquier idiota se pone a generalizar, lo hemos hecho todo por él: hemos restablecido la legalidad socialista, las normas leninistas...».

Consciente de que «un hombre sin pasado es como un insecto que vive un solo día», aparte de la tragedia general de su pueblo que, como él dice, entre otras cosas, convirtió la delación en una

práctica familiar, en un cauce o arte natural de supervivencia («habían afilado el arte de la denuncia hasta obtener el brillo de un cuchillo»), Méttér tiene la habilidad de conjugar perfectamente la emoción de una vida privada con la información de unos desastres públicos, haciendo resonar con unos resortes poéticos e irónicos muy poco corrientes los recuerdos de una juventud que se busca, en permanente y desafiante diálogo con lo que será su edad futura, su rechazada vejez. En todo ello se instalarán como centro vibrante de toda la narración los episodios de un amor loco e imposible, «como una religión», e incluso «una profesión», que duró en toda su agonía, día a día, más de quince años, hasta la desaparición de la bella e inconstante Katia a manos de la policía.

Esos «mundos inexplorados» que solo pueden ver los enamorados, esas tonalidades exageradas y desorbitadas, impresionistas, serán las que Izraíl Méttér consiga transmitir de forma conmovedora. El inevitable y común «susurro poético» que Méttér dice que unía a toda su generación fue quizá el aprendizaje para ver de nuevo y recordar desde el futuro. Porque ¿cuál es el secreto que hace distinguir, al que recuerda, una música que vuelve de otra menos verdadera y que nos explica con menos intensidad? «Lo más difícil —dice Méttér—, cuando se recuerda la juventud, es limpiarse los pies en su umbral y entrar en ella desnudo, desprovisto de la experiencia y de los pensamientos actuales.» La experiencia abotarga y nos hace unos desconocidos respecto a los que un día fuimos. Por ejemplo, una de las cosas que más representa la juventud de Méttér es la ausencia de fotografías entre los de su generación. Él mismo no conservará ninguna foto de la inolvidable —inolvidable ya, también, en nuestras mentes— Katia. Así que ambos habrán por fin vencido en su recuerdo la lucha sin cuartel contra el tiempo, logrando mantenerse intactos hasta la eternidad. Ella, sin tumba siquiera donde ir a llorarla, caminará doblemente errante por esa misma eternidad que no la ha conseguido destruir. Lavará con su imagen congelada la culpa específica que Méttér no logra arrancarse de su conciencia: qué hacía él en el momento justo en que a ella la estaban torturando y obligándole a buscar «la quinta esquina». Uno de los juegos preferidos por los verdugos de la KGB: buscar la quinta

esquina en una habitación. Algo monstruosamente imposible, es evidente.

MERCEDES MONMANY

1 Directorio Político Unificado del Estado. (*N. de la T.*)

«Es preciso creer en la posibilidad de la dicha para ser feliz.»

LEV TOLSTÓI

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de [*La quinta esquina*](#).

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Izraíl Méttter nació en 1909 en Járkov (Ucrania). Su origen judío y la actividad paterna –su padre había conseguido poner en marcha una pequeña fábrica de macarrones justo antes de la revolución– le impidieron, según la legislación vigente, cursar estudios regulares. Consiguió, no obstante, gracias a una formación autodidacta, hacerse profesor de matemáticas, profesión que ejerció hasta la segunda guerra mundial.

Durante la guerra colaboró en la radio con textos antifascistas y posteriormente escribió guiones para el famoso autor de cómics Arkadi Raikin. Fue autor de más de una veintena de libros entre novelas, obras de teatro y guiones cinematográficos. Entre su producción destacan los libros *Mukhtar* (1960), que sería llevado al cine con bastante éxito, *La quinta esquina* (1989) y *Genealogía y otros relatos* (1992). Murió en 1996 en San Petersburgo.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *La quinta esquina*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[*El fiel Ruslán*](#), Gueorgui Vladímov

[*Todos los colores del sol y de la noche*](#), Lenka Reinerová

[*Bajo una estrella cruel*](#), Heda Margolius Kovály

[*Un mundo aparte*](#), Gustaw Herling-Grudziński

Table of Content

[Posfacio](#)

[Colofón](#)

[Nota biográfica](#)

[Recomendaciones Asteroide](#)